Rés Yn 9639

TESORO

DEL

PARNASO ESPAÑOL,

Ó

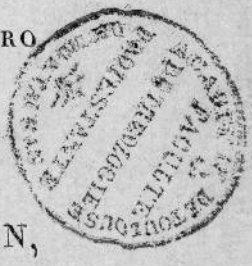
POESÍAS SELECTAS,

Desde el tiempo de Juan de Mena,
hasta el fin del Siglo XVIII,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO TERCERO.



PERPIÑAN,
EN LA IMPRENTA DE J. ALZINE.
1817.

CONTINUACION

DE LAS POESÍAS

DE LOPE DE VEGA.

CANCION I.

O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sur entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo,
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas:
En tí solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Quando de las humanas
Tinieblas ví del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,
Aquellas tres hermanas,

Que nuestro humano velo
Texiendo llevan por inciertas vias,
Las duras penas mias
Trocáron en la gloria,
Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo;
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien mas leyere en ella,
Que es dulce libertad lo ménos della.

Yo pues, señor exênto
De esta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo;
Soberbio pensamiento
Jamas ha derribado
La vida humilde y pobre que entretengo;
Quando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
Y con libre albedrío
Lloro el ageno mal, y espanto el mio.

Quando la aurora baña
Con helado rocío
De aljófar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña
Riberas deste rio
A dar el nuevo pasto á mi ganado:
Y quando el sol dorado

Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debaxo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
O ya gozando el aura,
Donde el perdido aliento se restaura.

Quando la noche obscura
Con su estrellado manto
El claro dia en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pie de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento;
Y el corazon contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso Rey me representa.

Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roxa sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada:
Aquí de la enramada
Parra que el olmo enlaza
Melosas uvas cojo,
Y en cantidad recojo,

Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este rio.

No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama:
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama:
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algun Rey la envidiara,
Y de tí, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros,
Sustentos pobres, pero bien seguros.

Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento,
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento;
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goze yo del suelo
Al ayre, al sol, al hielo
Ocupado en mi rústico exercicio,
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisongeo,
Ni soy camaleon del que gobierna:
Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De agena gloria, ni de fama eterna:
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel dia,
En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado,
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

CANCION II.

Por la florida orilla
De un claro y manso rio
De salvia y de verbena coronado,
Al tiempo que se humilla
Al planeta mas frio
Con templado calor el sol dorado,
Libre, solo y armado
De acero olvido y nieve,
Pasaba peregrino
Ya fuera del camino
Del juvenil ardor que el pecho mueve,
Quando al salir Apolo,
Un niño ví venir desnudo y solo.

Rubio el cabello de oro
Con una cinta preso,
Que los hermosos ojos le cubria,
Y como Alarbe ó Moro,
De inumerable peso
Un carcax que del cuello le pendia,
Y como quien vivia
De saltear los hombres
Un arco puesto á punto:
Mas quando le pregunto
Que me diga sus títulos y nombres,
Respóndeme arrogante
Niño en la vista, y en la voz gigante:

Yo soy aquel que suelo
Con apacible guerra,
Con alegre dolor y dulces males,
Desde el supremo cielo
Hasta la baxa tierra,
Herir los dioses, hombres y animales:
Transformaciones tales
Jamas Circe las supo,
Porque un hechizo formo
Con que mudo y transformo
Qualquiera ser que de mi fuego ocupo;
Y al alma que condeno
La hago yo vivir en cuerpo ageno.

Fácil tengo la entrada,
Difícil la salida,
Ablándame el desprecio y cansa el ruego,

Ni hay alma tan helada,
O en piedra convertida,
Que no enternezca mi amoroso fuego.
Por eso rinde luego
Las armas arrogantes
De que vas victorioso:
Que el rayo mas furioso
Se templa con mis flechas penetrantes,
Y lloran mis agravios
Igualmente los fuertes y los sabios.

Yo respondíle entónces:
Mal me conoces, niño,
Mira que soy un Capitan valiente
Que en mármoles y bronces,
Con esta que me ciño,
Hago escribir mis hechos á la gente:
¿Como tu fuego ardiente,
O tus blandos suspiros
Pueden temer los brazos
Que han visto en mil pedazos
Burlar tanto esquadron entre los tiros
De la pólvora fiera,
Que vence el fuego de su misma esfera?

Yo al duro helado invierno,
Y al verano abrasado
De iguales armas y valor vestido,
Llevando á mi gobierno
El esquadron formado,
Tanta varia nacion he combatido,

Que tengo convertido
En duro acero el pecho :
Por eso en paz te torna ,
Que mi espada no adorna
Las puertas de tu templo sin provecho ,
Ni pueden tales ojos
Humillarse á tus lágrimas y enojos.

Así le replicaba ,
Quando de entre unas yedras
Una hermosura celestial salia ,
Que no lo que miraba ,
Pero las mismas piedras
En ceniza amorosa convertia :
Amor que ya me via
Con pensamientos vanos
Apercibir defensa ,
A la primera ofensa ,
Me derribó la espada de las manos
Y en viéndome tan ciego
Lloré , rendíme y abraséme luego.

En esto al verde llano
Un carro victorioso
Dos tigres ya domésticos traxéron :
Asió el amor la mano
De aquel rostro amoroso ,
Y juntos á su trono se subiéron :
Y los que allí me viéron ,
Entre sus pies me atáron ,
Y al fin sus ruedas fieras

Mis armas y banderas
Por despojos vencidos adornáron,
Llevándome cautivo
Adonde agora lloro, muero y vivo.
Mas todo vencimiento es mas victoria:
Y aquesta pena es gloria,
Con solo que me mire Isabela un dia,
Y entre sus ojos arda el alma mia.

CANCION III.

Ya mis ruegos oyéron,
Lidia, los cielos, y mis votos justos
Alegre fin tuviéron,
Pues truecas en disgustos
Tus verdes años y tus verdes gustos.
En fin envejecístes,
En fin llegó el estío de tus años:
La fama que tuvístes
En propios y en estraños
Creció nuestras venganzas y tus daños.
Amanecia en tu cara
Un sol, que el mundo en vivo fuego ardia,
Corrió la edad avara,
Pasó ligero el dia,
Y vino en su lugar la noche fria.
Cerróse el lirio ufano
Con la tiniebla del oscuro cielo,
Y el almendro temprano
Marchito con el yelo
Sembró de flores el desierto suelo.

Esfuérzaste lozana
A parecer muchacha á los que miras,
Mas ya tu frente cana
Nos dice que suspiras
Quando al espejo miras, y te admiras.

Ha hecho diferentes
La edad, que sola el alma inmortaliza,
Tu bella boca y dientes,
Y el ver atemoriza
Carbon las perlas, y al coral ceniza.

¿Adonde huyó la nieve
Que derretia el fuego de tus ojos?
Mas ay! que el tiempo breve
Sellando tus despojos
Pasó la nieve á los cabellos roxos.

La grana en Tiro sola
Venciéron tus mexillas, ya no vences
La inútil amapola,
Para que te avergüences
De tus engaños, y á llorar comiences.

La cándida azucena,
La tersa plata y el marfil bruñido,
La limpia y blanca arena,
Al cuerpo que has tenido
Comparadas, dexáron ofendido

Mas ya todo lo pierdes,
Y allí tus esperanzas se perdiéron,
Porque si de hojas verdes

Las

Las plantas se vistiéron,
Los hombres nunca son lo que ántes fuéron.

Podrás, hermosa Lidia,
Que de tus gustos es remedio en parte,
De Circe, y de Canidia
Si quieres enseñarte,
Cobrar la fama, y aprender el arte.

Y ya que la hermosura
No tiene aquí poder, cuya violencia
Volvió de piedra dura
Tanta mortal presencia,
Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.

Que ya los que penamos
Por esos ojos que ninguno crea,
Con risa nos vengamos
De la sierpe Lernea,
Que Hércules mató, y el tiempo afea.

CANCION IV.

La verde primavera
De mis floridos años
Pasé cautivo, amor, en tus prisiones,
Y en la cadena fiera
Cantando mis engaños,
Lloré con mi razon tus sinrazones:
Amargas confusiones
Del tiempo que ha *tenido*
Ciega mi alma, y loco mi sentido.

Mas ya que el fiero yugo
Que la cerviz domaba
Desata el desengaño con tu afrenta;
Y al mismo sol enxugo
Que un tiempo me abrasaba,
La ropa que saqué de la tormenta;
Con voz libre y exênta
Al desengaño santo
Consagro altares y alabanzas canto.

Quanto contento encierra
Contar su herida el sano,
Y en la patria su cárcel el cautivo,
Entre la paz la guerra,
Y el libre del tirano,
Tanto en cantar mi libertad recibo.
¡O mar! ¡o fuego vivo!
Que fuiste al alma mia
Herida, cárcel, guerra, tiranía.

Quédate, falso amigo,
Para engañar aquellos
Que siempre están contentos y quejosos;
Que desde aquí maldigo
Los mismos ojos bellos,
Y aquellos lazos dulces y amorosos,
Que un tiempo tan hermosos
Tuviéron, aunque injusto,
Asida el alma y engañado el gusto.

HIMNO.

Al Amor.

Amor poderoso en el cielo y tierra,
Dulcísima guerra *de aquestos sentidos*,
¡O quantos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!

Con vanos deleytes y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años.

Tirano violento de tiernas edades,
El bien persuades y al mal precipitas,
El fin solicitas del mismo á quien quieres:
¡Tan bárbaro eres!

Huid sus engaños, haced resistencia
A tanta violencia, ó locos amantes,
Que son semejantes al áspid en flores
Sus vanos favores.

Templa las flechas en agua de olvido,
Amor bien nacido, de iguales extremos,
Porque cantemos tus loores divinos
En sáficos himnos.

ESTANCIAS.

Riberas del humilde Manzanáres
Apacentaba una Pastora hermosa,
Que trasladada del famoso Henáres
Honraba su corriente sonorosa:
Donde con voces tiernas y dispares
Se queja Filomela lastimosa,
Hay una fuente cristalina y fria
En cuyo espejo el sol comienza el dia.

Tirano de su gusto y hermosura
Un rústico Pastor era su dueño,
Que toda la aspereza y espesura
Del bosque inculto retrató en su ceño:
Al rayo de su luz hermosa y pura
Desvelado Lisardo pierde el sueño,
Celebrando su nombre en versos graves
Como al salir del sol cantan las aves.

O mas hermosa Pastorcilla mia,
Que entre claveles cándida azucena
Abre las hojas al nacer el dia,
De granos de oro, y de cristales llena:
¿Que fuerza, que rigor, que tiranía
A tanta desventura te condena?
¿Mas quando á tantas gracias importuna
No fué madrastra la cruel fortuna?

¿Vísteis por dicha, Ninfas, la belleza
En este valle de sus verdes cielos,

Si aquel alma de roble, y su aspereza
Esta licencia permitió á sus zelos?
Aquí vímos, responden, su tristeza
Murmurada de tantos arroyuelos,
Que á las aguas, las plantas y las flores
Dió vida, dió esperanzas, dió colores,

En esta fuente, cuya márgen pisa
Tal vez con breve estampa el pie de nieve,
En la del agua retrató su risa
Y con sus rosas su hermosura bebe:
Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
Pues á mirarse Fílida se atreve,
Pero turbó el cristal llorando enojos
El claro aljófar de sus verdes ojos.

No pudiendo Lisardo resistirse
A tanto amor, y por ventura amado,
Con dulces ansias intentó morirse
Sobre las yerbas del florido prado:
Que imaginando un Angel consumirse,
Que debiera vivir bien empleado
Por lo ménos gozándola un discreto,
Su desesperacion puso en efeto.

Las Ninfas y Pastores que le oyéron,
Viendo que su Pastor se les moria,
Baxáron á llorarle, y le cubriéron
De quantas flores en el prado habia;
Y en el papel de un álamo escribiéron
Para memoria de aquel triste dia,

Ninfas de Manzanáres, y Pastores,
Ya no hay amor, que aquí murió de amores.

Oyó las quejas la Serrana hermosa,
Y llegando al lugar adonde estaba,
Al frio labio le aplicó la rosa,
Que los divinos suyos animaba;
Y fué aquella virtud tan poderosa,
Que le dió vida al tiempo que espiraba,
Y desde entónces Ninfas y Pastores
A desmayos de amor aplican flores.

ROMANCES.

I.

Enfrente de la cabaña
De la divina Amarílis,
Pastora de tiernos años,
Y de pensamientos libres:
Mas gallarda y mas hermosa
Que el alba quando se rie,
Y que las perlas que llora
Sobre rozas y jazmines:
Mas que el sol recien nacido
Entre dorados matices,
Mas que la diosa á quien llevan
Las palomas, ó los cisnes:
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,

Para Amarílis humilde.
Altivo de pensamientos,
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encogido de esperanzas
Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas
De aquellos rayos eclipse,
Que como están entre yerbas,
No la luz, la fuerza impiden.
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se incline
Dando tornos á su fuego
Que Fabio á su cielo asiste.
Vase perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está,
Como la contemple y mire.
No sabe quando anochece,
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Quando amanece Amarílis.
Allí los pasa elevado,
Que como en ella imagine,
No hay interes que le mueva,
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores,
Despues que á Amarilis sirve,
Que no piensan que aquel cuerpo
Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos

Abrazados de las vides,
Porque la desconfianza
No hay estado que no envidie;
Y dando entre tierno llanto
Suspiros del alma, dice:
Ay! ¡Que así está mi pastora
Entre los brazos de Tirse!
Torna á llorar con mas fuerza,
Y la ribera repite,
Tirse, Amarilis y Fabio;
Tirse alegre, Fabio triste.
Humilde soy para tí,
El tierno pastor prosigue:
Pero si es riqueza el alma,
Pastora, el alma me pide.
Tú eres perlas, tú eres oro;
Tú diamantes, tú rubíes,
Quien no te sirve con alma,
Mas te ofende que te sirve.
Yo miéntras rijo este cuerpo,
Si no eres tú quien le rige,
Alma te doy, si eres Cielo,
Razon es que el alma estimes.
Dixo, y en un olmo verde
Estas palabras escribe:
Quanto es Amarílis bella,
Es Fabio en amarla firme.

II.

En una peña sentado,
Que el mar con soberbia furia
Convertir pensaba en agua
Y la descubrió *mas dura*,
Fabio miraba en las olas
Como la playa les hurta
A las que vienen la plata,
Y las que se van la espuma.
Contemplando está las penas
De amor y de olvido juntas,
El olvido en las que mueren,
Y el amor en las que duran,
Verdades de largo amor
No hay olvido que las cubra,
Ni diligencias humanas
A desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
Las deidades importunan,
Porque se rien los cielos
De los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está mas firme,
Que pensando que se muda.
Naturaleza se alabe
De discretas hermosuras,
Pero quando son tiranas,
No se alabe de ninguna.

Tomó Fabio su instrumento,
Y dixo á las peñas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas.

III.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el Aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mi mismo
No puedo venir mas léjos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De quantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.

La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo;
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dixo un Filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo mas es ménos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos,
¿Como pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de ménos.
Dixéron, que antiguamente
Se fué la verdad al Cielo:
Tal la pusiéron los hombres,
Que desde entónces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los agenos,

La de plata los estraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quien no dará cuidado,
Si es Español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dixo Dios, que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento:
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y Filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos Polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oygo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fuéron sus dueños.

¡O bien haya quien los hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengáron los pequeños.
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Quando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto:
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleytos.
Ni murmuráron del grande
Ni ofendiéron al pequeño,
Nunca como yo firmáron
Parabien, ni Pascuas diéron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

ODAS.

A la Barquilla.

I.

Pobre Barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola.
¿Adonde vas perdida?
¿Adonde, dí, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas,
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Quando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas;

Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es, que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla,
Hasta dexar la concha.
Dirás, que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volviéron venturosas.
No mires los exemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quien te engañó, Barquilla?
Vuelve, vuelve la proa,
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Que xarcias te entretexen?
Que ricas vanderolas
Azote son del viento,
Y de las aguas sombra?
¿En que gabia descubres,
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva

Del mar incultas orlas?
¿En que celages fundas,
Que es bien echar la sonda,
Quando perdido el rumbo
Erraste la derota?
Si te sepulta arena,
¿Que sirve fama heroyca?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Que importa que te ciñan
Ramas verdes ó roxas,
Que en selvas de corales
Salado cesped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que xarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasáron ya los tiempos,
Quando lamiendo rosas
El Céfiro bullia
Y suspiraba aromas.
Ya fieros uracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos

De la vulcana forja,
En vez de torres altas
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo, ¿que importa?
Quando de roxo nácar
Se afeytaba la Aurora,
Mas peces te llenaban,
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol, que adoro,
Enxuta ya la ropa
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba Esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleyto, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca,
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre el arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fixas luces doras,
¡O dueño de mi barca!

Y en dulce paz reposas:
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás me lleve
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue,
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡*Mas ay que no me escuchas*!
Pero la vida es corta,
Viviendo todo falta,
Muriendo todo sobra.

II.

Para que no te vayas,
Pobre Barquilla á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
¿Pero tan grave peso
Como podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas,
No fuera tan difícil.
De viento fuéron todas,
Para que no te fíes
De grandes Oceanos,
Que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peynando las arenas

Con círculos sutiles.
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos,
Porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo,
No ay monte que se empine
Al Cielo mas gigante,
Adonde tantos gimen.
Traydoras son las aguas:
Ninguna se confie
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gabias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas,
Por Scilas y Caribdis;
Es justo que descanses,
Y en este troneo firme
Atado como loco
Del agua te retires.
No intentes nuevas tablas,
Ni al viento desafies,
Que ruinas del tiempo
Ninguna enmienda admiten.
Miéntras te cuelgo al templo,

Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas
Airado el viento silve.
No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies
Porque le adornen xarcias,
Y velas le entapicen.
A climas diferentes
La herrada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes.
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Záfiros y amatistes.
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren.
Y tú de solo el cielo
Cubierta, no porfies
A volver á las ondas,

De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
Siendo al furor de Aquíles
Enéas el silencio,
Y la virtud Anquíses.
Quando tu dueño y mio
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el Alba
Sus cándidos perfiles
Riendo en azucenas,
Llorando en alelíes.
Quando á buscar regalos,
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del Reyno de Anfitrite;
Ni temias tormentas,
Ni encantadoras Circes,
Que ya para Sirenas
Era mi amor Ulíses.
Y aun me viéron á veces
Sus cristalinas sirtes
Búzano de las perlas,
Y de los peces lince.
¿Que pesca no le truxe,
Quando la noche viste
De sombras estos montes,
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,

Sino en texidas mimbres,
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pie mide
Los edificios altos,
Y las chozas humildes,
Se la robó la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos Iris.
Aquellas esmeraldas,
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten.
Aquellos que tuviéron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre:
Ya de su voz no tienen,
Que propiamente imiten
Dulcísimos pasages,
Los ruyseñores tiples.
No sé qual fué de entrámbos,
Bellísima Amarílis,
Ni quien murió primero,

Ni quien agora vive.
Presumo, que trocamos
Las almas al partirte:
Que pienso que es la tuya
Esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
Con lágrimas repite
Mi voz tu dulce nombre,
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia
Que de verme y oirme,
No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas
Las Focas y Delfines
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre,
Que alegre conocísteis.
Aquel, que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama,
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas

Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces
Ayer pedazos hice;
Supiéronlo Barqueros,
Enojados me riñen.
Qual toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;
Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de que sirven?
Qual le compone versos:
Qual porque no le pisen
Le cuelga de las ramas
Transformacion de Tisbe.
Mas yo, que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
A quanto me dixéron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre
Será posible unirse

Este

Este mar al de Italia,
Y el Tajo con el Tibre.
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia, que la sigue.
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique.
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfie,
Tan dulces pensamientos
Serán despues Fenices.
En bronce sus memorias,
Con eternos buriles,
Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡O luz, que me dexaste,
Quando será posible
Que vuelvè á verte el alma,
Y que esta vida animes!
Mis soledades siente;
¡Mas ay! que donde vives
De mis desos locos
En dulce paz te ries.

III.

¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas.
Las otras, que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Como sin alma vivo
En esta seca arena?
¿O como espero el dia
Si está mi Aurora muerta?
¿O pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que pues ya viven juntas,
Entrámbas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella:
Que aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
Alma Vénus divina,
Que dia y noche muestras
La senda del aurora,

Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia;
Pues sabes que te iguala
Su luz, y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa
Tus xarcias y tus velas.
No ya cendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Marítimos hinojos,
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas,
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Texidas orlas eran,
Y los laureles verdes
Secos tarayes sean:
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan.
Y rómpaste de suerte,
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada,
Que los Pastores dexan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda el viento,
De tafetan cometas.

No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas Ninfas,
Quando la vela tiendas,
A la embreada quilla
Arrimen las cabezas.
Deshechos uracanes
Te saquen y te vuelvan;
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ó barqueros,
Que en aquestas aldeas
Dexais vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan;
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimosas quejas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos,
Y le tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,

Ni venga, ni me vea,
Que volverá de verme
Con inmortal tristeza.
Cortad cipres funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De míseras elegías.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exêquias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa
Aquí tengo dos vasos,
Donde esculpidas tengo
La desdeñosa Dafne,
Y la amorosa Leda.
Aquella verde lauro,
Y con las plumas esta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena.
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros mios,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
Las Driadas y Oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,

Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.
Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poca tierra
La divina Amarílis,
Honor y gloria nuestra.
Aquella, cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales
Orfeos de almas eran:
Cuyas hermosas niñas
Tenian, como Reynas,
Doseles de su frente,
Con armas de sus cejas.
Aquella cuya boca
Daba leccion risueña
Al mar de hacer corales,
Al alba de hacer perlas.
Aquella, que no dixo
Palabras estrangeras
De la virtud humilde
Y la verdad honesta.
Aquella, cuyas manos,
De vivo azar compuestas,
Eran nieve en blancura
Cristal en trasparencia.
Cuyos pies parecian
Dos ramos de azucenas,
Si para ser mas lindas

Nacieran tan pequeñas.
La que en la voz divina
Desafió Sirenas,
Para quien nunca Ulises
Pudiera hallar cautela.
La que añadió al Parnaso
La Musa mas perfecta,
La virtud y el ingenio,
La gracia y la belleza.
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama,
Ni ver su gentileza.
Venid á consolarme,
Si puede ser que sea;
Mas no vengais, barqueros,
Que no quiero perderla.
Que si mi vida dura,
Es solo porque sienta
Mas muerte con la vida,
Mas vida, que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solia,
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
Mas poco me aprovecha,
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena.

Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Quanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
A fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema
Lo que imagino abrazo,
Por ver si efecto engendra.
Pero en desdicha tanta,
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba
Desengañados quedan.
¡Que alegre respondia
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogia de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda,
Que en el silencio eterno
A nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias

En soledad me dexan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
(¡Que locura tan nueva!)
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace y pida
La sombra que me niega:
Y entre estas soledades,
Con ansias tan estrechas,
No miro su retrato,
Y muérome por verla.
Que no pueden los ojos
Sufrir, que muerta sea
La que tan lindo talle
Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa,
Que dure mas el arte
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo,
(Como me mira atenta)
Que pues que no me habla
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise:
De las paredes cuelga

De mi cabaña pobre :
¡ Mas que mayor riqueza !
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores,
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta :
La muerte porque huye,
La vida porque espera.
Quando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amáron vivas,
Olvidan y se alegran,
Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mí los tiempos
A su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa,
Aun suya, me consuela,
Ya pienso que la agravio,
Y dexo de tenerla.
Así lloraba Fabio
Del mar en las riberas
La vida de Amarílis,

La muerte de su ausencia,
Quando atajáron juntas
Con desmayada fuerza
El corazon las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor que le escuchaba,
Dixo : la edad es esta
De Píramo y Leandro,
De Porcia, Julia y Fedra :
Que no son de estos siglos
Amores tan de véras,
Que ni el morir los cura,
Ni el tiempo los remedia.

SONETOS.

I.

Ardese Troya, y sube el humo escuro
Al enemigo cielo, y entretanto
Alegre Juno mira el fuego y llanto ;
¡ Venganza de muger, castigo duro !

El vulgo aun en los templos mal seguro,
Huye cubierto de amarillo espanto,
Corre cuajada sangre el turbio Xânto
Y viene á tierra el levantado muro.

Crece el incendio propio al fuego estraño,
Las empinadas máquinas cayendo,
De que se ven ruinas y pedazos :

Y la dura ocasion de tanto daño,
Miéntras vencido Páris muere ardiendo;
Del Griego vencedor duerme en los brazos.

II.

Tenid piedad de mí que muero ausente;
Hermosas Ninfas de este blando rio,
Que bien os lo merece el llanto mio
Con que suelo aumentar vuestra corriente.

Saca la coronada y blanca frente,
Tórmes famoso, á ver mi desvarío;
Así jamas te mengüe el seco estío,
Y esta montaña tu cristal aumente.

¿Mas que importa que el llanto me recibas
Si no vas á morir al Tajo, donde
Mis penas pueda ver la causa dellas?

Tus Ninfas en tus ondas fugitivas,
Y tu cabeza coronada esconde,
Que basta que me escuchen las estrellas.

III.

Judit.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto

Revuelto con el ansia el roxo velo
Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco el fuerte arnes afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea;

Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

IV.

Con nuevos lazos como el mismo Apolo
Hallé en cabello á mi Lucinda un dia,
Tan hermosa que al cielo parecia
En la risa del alba abriendo el polo.

Vino un ayre sutil y desatólo
Con blando golpe por la frente mia,
Y dixe á Amor, que para que tenia
Mil cuerdas juntas para un arco solo.

Pero él responde, fugitivo mio,
Que burlaste mis brazos, hoy aguardo
De nuevo echar prision á tu albedrío.

Yo triste que por ella muero y ardo
La red quise romper: ¡que desvarío!
Pues mas me enredo quanto mas me guardo.

V.

A la pérdida del Rey D. Sebastian.

¡O nunca fueras, Africa desierta,
En medio de los trópicos fundada
Ni por el fértil Nilo coronada
Te viera el Alba quando el sol despierta!

¡Nunca tu arena inculta descubierta
Se viera de cristiana planta honrada,
Ni abriera en tí la portuguesa espada
A tantos males tan sangrienta puerta!

Perdióse en tí de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte,
Perdióse su corona y su riqueza:

Pues tú que no mirabas su estandarte,
Sobre él los pies, levantas la cabeza
Ceñida en torno del laurel de Marte.

VI.

Quando pensé que mi tormento esquivo
Hiciera fin, comienza mi tormento,
Y allí donde pensé tener contento,
Allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo
Me truxo sangre el triste pensamiento,
Los bienes que pensé gozar de asiento
Huyéron mas que el ayre fugitivo.

¡Cuitado yo! que la enemiga mia
Ya de tibieza en yelo se deshace,
Ya de mi fuego se consume y arde.

Yo he de morir, y ya se acerca el dia;
Que el mal en mi salud su curso hace,
Y quando llega el bien es poco y tarde.

VII.

Guzman el Bueno.

Al tierno niño, al nuevo Isac Cristiano
En el arena de Tarifa mira
El mejor padre con piadosa ira,
La lealtad y el amor luchando en vano.

Alta la daga en la temida mano,
Glorioso vence, intrépido la tira,
Ciega el sol, nace Roma, amor suspira,
Triunfa España, enmudece el Africano.

Baxó la frente Italia, y de la suya
Quitó á Torcato el lauro en oro y bronces,
Porque ninguno ser Guzman presuma:

Y la fama principió de la tuya,
Guzman el Bueno escribe, siendo entónces
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.

VIII.

Antes que el cierzo de la edad ligera
Seque la rosa, que en tus labios crece,

Y el blanco de ese rostro que parece
Cándidos grumos de lavada cera,

Estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en tu beldad florece,
Que con el tiempo se ama y se aborrece,
Y huirá de tí quien á tu puerta espera.

No te detengas en pensar, que vives,
O Laura, que en tocarte y componerte
Se entrará la vejez sin que la llames.

Estima un medio honesto, y no te esquives
Que no ha de amarte quien viniere á verte,
Laura, quando á ti misma te desames.

IX.

Qual engañado niño, que contento
Pintado paxarillo tiene atado,
Y le dexa en la cuerda confiado,
Tender las alas por el manso viento:

Y quanto mas en esta gloria atento,
Quebrándose el cordel quedó burlado,
Siguiéndole en sus lágrimas bañado
Con los ojos y el triste pensamiento;

Contigo he sido amor, que mi memoria
Dexé llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un cabello:

Llevóse el viento el páxaro y mi gloria;
Y dexóme el cordel entre las manos
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

X.

Daba sustento á un paxarillo un dia
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el paxarillo
Al libre viento en que vivir solia.

Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dixo, y de sus mexillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardia.

¿Adonde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?

Oyóla el paxarillo enternecido,
Y á la antigua prision volvió las alas,
Que tanto puede una muger que llora.

XI.

Suelta mi manso, mayoral estraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro,
Suelta la prenda que en el alma adoro
Perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro,
Toma en albricias este blanco toro
Que á las primeras yerbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino
Pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas, que no soy dueño, Alcino,
Suelta y verásle si a mi choza viene,
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

XII.

Canta páxaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto el cazador, que con desvelo
Le está acechando la ballesta armada.

Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico convertida en yelo;
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.

Desta suerte el amor canta en el nido:
Mas luego que los zelos que recela
Le tiran flechas de temor, de olvido:

Huye, teme, sospecha, inquiere, zela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

XIII.

Esparcido el cabello por la espalda,
Que fué del sol desprecio á maravilla,
Silvia cogia por la verde orilla
Del mar de Cádiz conchas en su falda.

El agua entre el hinojo de esmeralda
Para que entrase mas su curso humilla,
Texió de mimbre una alta canastilla,
Y púsola en su frente por guirnalda.

Mas quando ya desamparó la playa,
Mal haya, dixo, el agua, que tan poca
Con su sal me abrasó pies y vestidos.

Yo estaba cerca y respondí: mal haya
La sal que tiene tu graciosa boca,
Que así tiene abrasados mis sentidos.

XIV.

Merezca yo de tus graciosos ojos,
Que de los mios, dulce Tirsi, creas
Aquestas puras lágrimas, y seas
Templado en el rigor de tus enojos.

La arena y yerba en áspides y abrojos
Se me conviertan quando tú me veas
Mis plantas ocupar en obras feas,
O por necesidad, ó por antojos.

Fálteme el bien y el mal me venga junto,
Si en el mudar mi firme pensamiento
Engaño contra tí mi pecho fragua.

Esto juraba Alcida, Tirsi al punto
Hizo de aquella fé testigo al viento,
Y escribió las palabras en el agua.

XV.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto,
Catorce versos dicen que es soneto,
Burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro quarteto,
Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los quartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

XVI.

Así en las olas de la mar feroces,
Bétis, mil siglos tu cristal escondas,
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas
De mil navales edificios goces;

Así tus cuevas no interrumpan voces
Ni quillas toquen, ni permitan sondas
Y en tu campo tan fértil correspondas,
Que rompa el trigo las agudas hoces;

Así en tu arena el Indio márgen rinda,
Y el avariento corazon descubras,
Mas barras que en tí mira el cielo estrellas;

Que si pusiere en tí sus pies, Lucinda,
No, por besallos, sus estampas cubras,
Que estoy zeloso y voy leyendo en ellas.

EPÍSTOLA.

Serrana hermosa, que de nieve helada
Fueras, como parece en el efecto,
Si amor no hallara en tu rigor posada;

Del sol y de mi vista claro objeto,
Centro del alma que á tu gloria aspira,
Y de mi verso altísimo sujeto;

Alba dichosa que en mi noche espira,
Divíno basilísco, lince hermoso,
Nube de amor por quien sus nubes tira;

Salteadora gentil, monstro amoroso,
Salamandra de nieve, y no de fuego,
Para que viva con mayor reposo;

Hoy que á estos montes y á la muerte llego
Donde vine sin tí, sin alma y vida,
Te escribo de llorar cansado y ciego.

Pero dirás que es pena merecida
De quien pudo sufrir mirar tus ojos
Con lágrimas de amor en la partida.

Advierte que eres alma en los despojos
Desta parte mortal, que á ser la mia,
Faltara en tantas lágrimas y enojos.

Que no viera quien de tí partia,
Ni ausente ahora, á no esforzarle tanto
Las esperanzas de un alegre dia.

Aquella noche en su mayor espanto
Consideré la pena de perderte,
La dura soledad creciendo el llanto;

Y llamando mil veces á la muerte,
Otras tantas miré que me quitaba
La dulce gloria de volver á verte.

A la ciudad famosa que dexaba
La cabeza volví que desde léjos
Sus muros con sus fuegos me enseñaba:

Y dándome en los ojos los reflexos,
Gran tiempo hácia la parte en que vivias,
Los tuvo amor suspensos y perplexos.

Y como imaginaba que tendrias
De lágrimas los bellos ojos llenos,
Pensándolas juntar crecí las mias.

Mas como los amigos de esto agenos
Reparasen en ver que me paraba,
En el mayor dolor fué el llanto ménos.

Ya pues que el alma y la ciudad dexaba,
Y no se oia del famoso rio
El claro son con que sus muros lava;

A Dios, dixe mil veces, dueño mio,
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvio.

No suele el ruiseñor en verde selva
Llorar el nido de uno en otro ramo
De florido arrayan y madreselva,

Con mas doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces paxarillos
Por quien en llanto el corazon derramo.

Ni brama, si le quitan sus novillos,
Con mas dolor la vaca, atravesando
Los campos de agostados amarillos:

Ni con arrullo mas lloroso y blando,
La tórtola se queja, prenda mia,
Que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía,
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,
Todo es llorar desde la noche al dia:

Que con solo pensar que está deshecho
Mi nido ausente, me atraviesa el alma,
Dando mil ñudos á mi cuello estrecho.

Que con dolor de que le dexo en calma,
Y el fruto de mi amor goza otro dueño,
Parece que he sembrado ingrata palma.

Llegué Lucinda, al fin, sin verme el sueño
En tres veces que el sol me vió tan triste,
A la aspereza de un lugar pequeño:

A quien de murtas, y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
Del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que sin remedio
Llegaba el fin de mi mortal camino,
Habiendo apénas caminado el medio.

Y quando ya mi pensamiento vino,
Dexando atras la sierra, á imaginarte
Creció con el dolor el desatino:

Que con pensar que estás de la otra parte,
Me pareció que me quitó la sierra
La dulce gloria de poder mirarte.

Baxé á los llanos de esta humilde tierra
A donde me prendiste y cautivaste,
Y yo fuí esclavo de tu dulce guerra.

No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida márgen, qual solia
Quando con esos pies su orilla honraste:

Ni el agua clara á su pesar subia
Por las sonoras ruedas, ni baxaba,
Y en pedazos de plata se rompia.

Ni Filomela su dolor cantaba,
Ni se enlazaba parra con espino,
Ni yedra por los árboles trepaba:

Ni pastor estrangero, ni vecino
Se coronaba del laurel ingrato,
Que algunos tienen por laurel divino.

Era su valle imágen y retrato
Del lugar, que la corte desampara
Del alma de su espléndido aparato.

Yo, como aquel que á contemplar se para
Ruinas tristes de pasadas glorias,
En agua de dolor bañé mi cara.

De tropel acudiéron las memorias,
Los asientos, los gustos, los favores,
Que á veces los lugares son historias.

Y en mas de dos que yo te dixe amores,
Parece que escuchaba tus respuestas,
Y que estaban allí las mismas flores.

Mas como en desventuras manifiestas
Suele ser tan costoso el desengaño,
Y sus veloces alas son tan prestas:

Vencido de la fuerza de mi daño
Caí desde mí mismo medio muerto,
Y conmigo tambien mi dulce engaño.

Teniendo pues mi duro fin por cierto,
Las ninfas de las aguas, los pastores
Del soto, y los vaqueros del desierto,

Cubriéndome de yerbas y de flores
Me lloraban diciendo: aquí fenece
El hombre que mejor trató de amores:

Y puesto que Lucinda le merece,
Que su vida consiste en su presencia,
El tambien con su muerte la engrandece.

Entónces yo, que haciendo resistencia
Estaba con tu luz al dolor mio,
Abrí los ojos que cerró tu ausencia.

Luego desamparando el valle frio
Las ninfas bellas, con sus rubias frentes
Rompiéron el cristal del manso rio :

Y en círculos de vidrio transparentes
Las divididas aguas resonáron,
Y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores tambien desamparáron
El muerto vivo, y en la tibia arena
Por sombra de quien era me dexáron.

Yo solo acompañado de mi pena
Volvíme el alma, en el dolor quejoso,
Que de pensar en tí la tuvo agena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
Del Bétis rico al Tajo caudaloso.

Este que miras es retrato suyo,
Que así el esclavo que llorando pierdes
A tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides, ó de mí te acuerdes,
Si te olvidare miéntras tengo vida,
Marchite amor mis esperanzas verdes.

Cosa que al cielo por mi bien le pida
Jamas me cumpla, si otra cosa fuere
De aquestos ojos donde estás querida :

En tanto que mi espíritu rigiere
El cuerpo que tus brazos estimáron,
Nadie los mios ocupar espere.

La memoria que en ellos me dexáron
Es alcayde de aquella fortaleza
Que tus hermosos ojos conquistáron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,
Y que es de acero el pensamiento mio
Con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío
Con Flora, que te tuvo tan zelosa,
A cuyo fuego respondí tan frio.

Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
Y que con serlo sin remedio vive
Envidiosa de tí, de mí quejosa.

Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
Y que me solicita, y *me regala*
Por mas desprecios que de mí recibe.

Mas yo que de tu pie donayre y gala
Estimo mas la cinta que desechas,
Que todo el oro con que á Creso iguala;

Solo estimo tenerte sin sospechas,
Que no ha nacido ahora quien desate
De tanto amor lazadas tan estrechas,

Quando de yerbas de Tesalia trate,
Y discurriendo el monte de la Luna
Los espíritus ínfimos maltrate.

No hay fuerza en yerba, ni en palabra alguna
Contra mi voluntad, que hizo el cielo
Libre en adversa y próspera fortuna.

Tú sola mereciste mi desvelo,
Y yo tambien despues de larga historia
Con mi fuego de amor vencer tu hielo.

Viva con esto alegre tu memoria,
Que como amar con zelos es infierno,
Amar sin ellos es descanso y gloria.

Que yo sin atender á mi gobierno,
No he de apartarme de adorarte ausente,
Si de tí lo estuviese un siglo eterno.

El sol mil veces discurriendo cuente
Del cielo los dorados paralelos,
Y de su blanca hermana el rostro aumente;

Que los diamantes de sus puros velos,
Que vienen fixos en su octava esfera,
No han de igualarme aunque me maten zelos.

No habrá cosa jamas en la ribera
En que no te contemplen estos ojos,
Miéntras ausente de los tuyos muera.

En el jazmin tus cándidos despojos,
En la rosa encarnada tus mexillas,
Tu bella boca en los claveles roxos:

Tu olor en las retamas amarillas,
Y en maravillas, que mis cabras pacen,
Contemplaré tambien tus maravillas.

Y quando aquellos arroyuelos que hacen
Templados á sus quejas consonancia
Desde la tierra donde juntos nacen,

Dexando el sol la furia y arrogancia
De dos tan encendidos animales,
Volviese el año á su primera estancia;

A pesar de sus fuentes naturales
Del hielo arrebatadas sus corrientes
Cuelgan por estas peñas sus cristales;

Contemplaré tus concertados dientes,
Y á veces en carámbanos mayores . . . . . .
Los dedos de tus manos transparentes.

Tu voz me acordarán los ruiseñores
Y de estas yedras, y olmos los abrazos
Nuestros hermafroditicos amores.

Aquestos nidos de diversos lazos
Donde ahora se besan dos palomas,
Por ver mis prendas burlarán mis brazos.

Tú si mejor tus pensamientos domas,
En tanto que yo quedo sin sentido,
Dime el remedio de vivir que tomas.

Que aunque todas las aguas del olvido
Bebiese yo, por imposible tengo
Que me escapase de tu lazo asido,

Donde la vida á mas dolor prevengo.
¡Triste de aquel que por estrellas ama,
Sino soy yo porque á tus brazos vengo!

Donde si espero de mis versos fama,
A tí lo debo, que tú sola puedes
Dar á mi frente de laurel la rama,
Donde muriendo vencedora quedes.

SILVA MORAL.

El siglo de oro.

Fábrica fué de inmensa arquitectura
Este mundo inferior que el hombre imita;
Pues como punto indivisible encierra
De su circunferencia la hermosura.

. . . . . .

Y copiosa la tierra
De quanto en ella habita
Con tantos peregrinos ornamentos,
Llenos los tres primeros elementos
De peces, fieras y aves, que vivian
De toda ley esentos,
Si bien al hombre en paz reconocian.
Aun no pálido el oro,
Porque nadie buscaba su tesoro,
Y el diamante tan bruto aunque brillante,
Que mas era peñasco que diamante.
Los árboles sembrados de colores,
Y los prados de flores
Entre bosques sombríos,
Buscando los arroyos sonorosos
En arenosas calles,
Por las obliquas señas de los valles,
Los rios caudalosos.
Y los soberbios rios,
Vestidos de cristales transparentes,
Sin volver la cabeza á ver sus fuentes,

Anhelando á Oceanos,
Perdiendo en él sus pensamientos vanos.
Y sin temor alguno
De verse el tridentífero Neptuno,
Oprimido del peso de las naves;
Abriendo sendas por sus ondas graves,
Los hijos de los montes,
Excelsos pinos y labradas hayas,
Para pasar por varios orizontes
A las remotas playas
De climas abrasados,
Frígidos ó templados.
Ni el cabello animoso relinchaba
Al son de la trompeta:
Ni la cerviz sujeta
Al yugo el tardo buey el campo araba:
Que sin romper *la cara de la tierra*,
Con natural impulso producia
Quanto su pecho generoso encierra.
Que como la primera edad vivia
Con desórden florida y balbuciente,
Daba pródigamente,
Con fértil abundancia,
Al mundo su riqueza,
Porque como muger naturaleza
Es mas hermosa en la primera infancia.

No haciendo distincion de tiempo alguno,
Daba flores Vertuno,
Con diferentes frutas primitivas:

Las parras y pacíficas olivas,
Y la Dodónea encina por la rubia
Céres, que no tenia
Necesidad de lluvia,
Y de su misma caña renacia:
Matizando los prados de violetas,
De rosas y de cándidas mosquetas.
No de otra suerte que la alfombra pinta
El Tracio con la seda de colores,
En cada rueda de labor distinta
Caracteres arábigos, y flores:
Que la naturaleza aun no pensaba
Que el arte su pincel perfeccionaba.

A la parte Oriental Euro tendia
Las alas vagarosas,
El Austro y Mediodia,
Y Boreas fiero á las distantes Osas
Por el Septentrion temor ponia.
El sol por sus dorados paralelos
Comenzaba el camino de los cielos:
Cuya eclíptica de oro no sabia,
El nombre de los signos que tenia,
Ni en su campo pensó que espigas de oro
Paciera el Aries, y rumiara el Toro.
La casta luna en su argentado plaustro.
No se mostraba al Austro
Lluviosa, alternativas las dos puntas,
Una á la tierra y otra al claro cielo,
Sino pidiendo con las manos juntas
Calor al sol para su eterno hielo.

Los hombres por las selvas discurrian
Amando solo el dueño que tenian
Sin interes, sin zelos :
¡O dulces tiempos! ¡ó piadosos cielos!
Alli no adulteraba la hermosura
El marfil de su cándida figura,
Ni la fingida nieve
Y el bastardo carmin daban al arte
Lo que naturaleza no se atreve ;
Ni á Vénus bella en conjuncion de Marte
Al cielo el sol zeloso descubria ;
Ni en Chipre se vendia,
Amor artificial. ¡O siglo de oro,
De nuestra humana vida desengaño,
Si vieras tanto engaño,
Tan poca fe, tan bárbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto y puro,
Todo limpio y seguro,
Tanto que parecia
Una misma armonía
La del cielo y el suelo,
Que aspiraba á juntarse con el cielo.,

En este tiempo de los altos coros
Hermosa virgen con Real ornato,
Baxó á la tierra, que adoró el retrato
De Júpiter divino, y por los poros
De sus fértiles venas
Vertió blancos racimos de azucenas,
Y las fuentes sonoras

Provocaban las aves
A canciones suaves
En las del verde abril frescas auroras,
Que del son de las aguas aprendiéron,
Quantos despues cromáticos supiéron.
Venia la castísima doncella
Vestida de una túnica espléndente,
Sembrada de otras muchas siendo estrella,
Y una corona en la espaciosa frente,
Cuya labor y auríferos espacios
Ocupaban jacintos y topacios:
Los coturnos con lazos carmesíes
Forjaban esmeraldas y rubíes,
Que descubria el céfiro suave,
De la fimbria talar con pompa grave,
Y un ardiente crisólito la planta,
Para estamparla en tierra pura y santa.
No sale de otra suerte por el cielo,
Con frente de marfil y pies de hielo,
La cándida mañana
Guarnecida de plata sobre grana
La capa de zafiros,
De las sombras somníferos retiros.

Los hombres admirados
De ver tanta hermosura,
Preguntáron quien era:
No habiendo visto por los tres estados
Del ayre exâlacion tan viva y pura,
Ni páxaro tan raro que pudiera

Ceñir la frente de tan rica esfera,
Ni dar tales asombros;
Resplandecer sus hombros
Con alas de oro, y plumas de diamantes,
No conocidos ántes;
Y aun presumir la admiracion pudiera,
Que el sol baxaba de su ardiente esfera
A vivir con los hombres como Apolo
Viéndose arriba, como sol, tan solo.
Entónces de sí misma esclarecida
La hermosa Reyna á su piadoso ruego,
Por una rosa de rubí partida
En el jardin Angélico nacida,
Yo soy, les dixo, *la Verdad*, y luego
Como dormida en celestial sosiego
Quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
Miéntras con ella la Verdad estuvo,
Que quanto en ella vive
Su misma luz y claridad recibe.

Pero felicidad tan soberana
Poco duró por la soberbia humana,
Porque en payses de diversos nombres,
Por quanto el mar abraza,
En esta universal del mundo plaza,
El número creciendo de los hombres,
Desvanecido el suelo,
Presumió desquiciar la puerta al cielo.
Y haciendo ya ciudades,
Y fábricas de inmensos edificios

Con armas en los altos frontispicios,
Comenzáron con bárbaras crueldades,
Intereses, envidias, injusticias,
Los adulterios, logros y codicias,
Los robos, homicidios, y desgracias;
Y no contentos ya de Aristocracias,
Emprendiéron llegar á Monarquías.
La púrpura engendró las tiranías:
Nació la guerra en manos de la muerte,
Los campos dividiéron fuerza, ó suerte:
Dispusó la traycion el blanco acero
Para verter su propia sangre humana;
Y fué la envidia el agresor primero,
Y procedió la ingratitud villana
Del mismo bien á tantos vicios madre,
Infame hija de tan noble padre.
Bañó la ley la pluma
En pura sangre para tanta suma,
Que excede su papel todas las ciencias:
¡Tales son las humanas diferencias!
Pero por ser los parrafos primeros,
Y ser los hombres, como libres, fieros,
No siendo obedecidas,
Quitáron las haciendas y las vidas
A sus propios hermanos y vecinos,
Y hiciéron las venganzas desatinos,
Porque dormidos los Jueces sabios
Castiga el ofendido sus agravios.
Robaban las doncellas generosas

Para

Para amigas á título de esposas,
Traydores á su amigo,
Y todo se quedaba sin castigo:
Que muchos que temiéron,
Por no perder las varas, las torciéron;
Y muchos que tomáron,
Pensando enderezallas, las quebráron.
¡O favor de los Reyes!
Del sol reciben rayos las estrellas:
Telas de araña llaman á las leyes,
El pequeño animal se queda en ellas,
Y el fuerte las quebranta.
¡Ay del señor, que sus vasallos dexa
Al cielo remitir la justa queja!

Viendo pues la *divina verdad* santa
La tierra en tal estado,
El rico idolatrado,
El pobre miserable,
A quien ni aun el morir es favorable,
Miéntras mas voces da ménos oido,
El sabio aborrecido,
Vencedor el dinero,
Escuchado y premiado el *lisongero*,
Josef vendido por el propio hermano,
Lástima y burla del estado humano,
Y entre la confusion de tanto estruendo
Demócrito riendo,
Eráclito llorando,
La muerte no temida,

Y para el sueño de tan breve vida
El hombre edificando,
Ignorando la ley de la partida,
Con presuroso vuelo,
Subióse en hombros de sí misma al cielo.

LA GATOMACHIA,

POEMA BURLESCO.

SILVA I.

Yo aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquellos de ganados y de flores,
Las armas y las leyes
Que conservan los Reynos y los Reyes;
Ahora en instrumento ménos grave
Canto de amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero tarataántara templado
Con el silvo de pífano sonoro.
Vosotras Musas del Castalio Coro,
Dadme favor en tanto
Que con el genio que me dísteis canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos gatos valientes:
Que como otros están dados á perros,

O por agenos, ó por propios yerros,
Tambien hay hombres que se dan á gatos
Por olvidos de Príncipes ingratos,
O porque les persigue la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.

Tú, Don Lope, si acaso
Te dexa divertir por el Parnaso
El Holandes pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas,
Por donde con la armada peregrinas,
Suspende un rato aquel valiente acero,
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha mi famosa *Gatomachia:*
Así desde las Indias á Valaquía
Corra tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama;
Desde que viste la morisca puerta
De Tunez y Biserta
Armado y niño en forma de Cupido,
Con el Marques famoso
Del mejor apellido,
Como su padre por la mar dichoso.
No siempre has de atender á Marte airado
Desde su tierna edad exercitado,
Vestido de diamante,
Coronado de plumas arrogante:
Que alguna vez el ocio
Es de las armas cordial socorro,

Y Vénus en la paz como Santelmo,
Con manos de marfil le quita el yelmo.

Estaba sobre un alto caballete
De un tejado sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada,
Como si fuera gata de convento:
Su mesmo pensamiento
De espejo la servia,
Puesto que un roto casco le traia
Cierta urraca burlona,
Que no dexaba toca ni valona,
Que no escondia por aquel tejado,
Confin del corredor de un Licenciado.
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiera el músico de Tracia:
De suerte que qualquiera que la oyera
Que era solfa gatuna conociera,
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
Por un balcon de rosas y alelíes,
Y Flora con dorados borceguíes
Alegraba risueña la ribera:

Tiestos de Talavera
Prevenia el verano,
Quando Marramaquiz, gato Romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha su escudero,
Que al sol salia Zapaquilda hermosa
Qual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubí tan vivo que parece llama,
Y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena
Enamoraba el viento.

Marramaquiz atento
A las nuevas del page,
(Que la fama enamora desde léjos)
Que fuera de las naguas de pellejos
Del campanudo trage,
Introducion de sastres y roperos,
Doctos maestros de sacar dineros,
Alababa su gracia y hermosura,
Con tanta melindrífera mesura;
Pidió caballo, y luego fué traida
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra,
Que tuviéron las monas y los gatos;
Púsose borceguíes y zapatos
De dos dediles de segar abiertos,
Que con pena calzó por estar tuertos;

Una cuchar de plata por espada,
La capa colorada
A la Francesa, de una calza vieja,
Tan igual, tan lucida y tan pareja
Que no será lisonja
Decir que Adonis en limpieza y gala,
Aunque perdone Vénus, no le iguala:
Por gorra de Milan media toronja,
Con un penacho roxo, verde y bayo,
De un muerto por sus uñas papagayo,
Que diciendo: Quien pasa? cierto dia,
Pensó que el Rey venia,
Y era Marramaquiz que andaba á caza,
Y halló para romper la jaula traza.
Por cuera dos mitades, que de un guante
Le atáron por detras y por delante,
Y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona,
Y no ménos galan que enamorado,
Bigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mensuradas,
De color de esmeraldas diamantadas:
Y á caballo en la mona parecia
El Paladin Orlando, que venia
A visitar á Angélica la bella.

La recatada ninfa, la doncella,
En viendo el gato se mirló de forma
Que en una grave dama se trasforma;
Lamiéndose á manera de manteca

La superficie de los labios seca,
Y con temor de alguna carambola
Tapó las indecencias con la cola:
Y baxando los ojos hasta el suelo
Su mirlo propio le sirvió de velo,
Que ha de ser la doncella virtuosa
Mas recatada, miéntras mas hermosa.
Marramaquiz entónces con ligeras
Plantas batiendo el tetuan Caballo,
Que no era Pie de hierro, ó pie de gallo,
Le dió quatro carreras,
Con otras gentilezas y escarceos,
Alta demostracion de sus deseos,
Y la gorra en la mano,
Acercóse galan y cortesano,
Donde la dixo amores.
Ella con los colores
Que imprime la verguenza
Le dió de sus guedejas una trenza.
Y al tiempo que los dos marramizaban,
Y con tiernos singultos relamidos
Alternaban, sentidos
Desde unas claraboyas que adornaban
La azotea de un Clérigo vecino,
Un bodocazo vino
Disparado de súbita ballesta,
Mas que la vista de los ojos presta,
Que dándole á la mona en la almohada,
Por dedentro morada,
Por defuera pelosa,

Dexó cáer la carga, y presurosa
Corrió por los tejados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corria.

No de otra suerte que en sereno dia
Balas de nieve escupe, y de los senos
De las nubes relámpagos y truenos,
Súbita tempestad en monte ó prado,
Obligando que el tímido ganado
Atónito se esparza,
Ya dexando en la zarza,
De sus pungentes laberintos vana,
La blanca ó negra lana,
(Que alguna vez la lana ha de ser negra)
Y hasta que el sol en arco verde alegra
Los campos que reduce á sus colores,
No vuelven á los prados, ni á las flores;
Así los gatos iban alterados
Por corredores, puertas y terrados
Con trágicos maullos,
No dando como tórtolas arrullos,
Y la mona la mano en la almohada,
La parte occidental descalabrada,
Y los húmidos polos circunstantes
Bañados de medio ambar como guantes.

En tanto que pasaban estas cosas,
Y el gato en sus amores discurria,
Con ansias amorosas,
(Porque no hay alma tan helada y fria

Que amor no agarre, prenda y engarrafe)
Y el mas alto tejado enternecia,
Aunque fuesen las tejas de Xetafe,
Y ella con ñiti, ñafe
Se defendia con semblante airado;
Aquel de cielo y tierra monstro alado,
Que vestido de lenguas y de ojos,
Ya decrépito viejo con antojos,
Ya lince penetrante,
Por los tres elementos se pasea
Sin que nadie le vea,
Con la forma elegante
De Zapaquilda discurrió ligero
Uno y otro hemisfero,
Aunque con las verdades lisongera,
Y en quanto baña en la terrestre esfera,
Sin excepcion de promontorio alguno,
El cerúleo Neptuno,
Plasmante universal de toda fuente,
Desde Boótes á la austral corona,
Y de la Zona frígida á la ardiente.
Esto dixo la fama que pregona
El bien y el mal, y en viendo su retrato
Se erizó todo gato,
Y dispuso venir con esperanza
Del galardon que un fino amor alcanza.

Los que viniéron por la tierra en postas,
Truxéron por llegar á la ligera
Solo plumas y banda, calza y cuera:
Los que habitaban de la mar las costas,

(Tanto pueden de amor dulces empresas)
Viniéron en artesas,
Mas no por eso ménos
Hasta la cola de riquezas llenos;
Y otros por bizarría,
Para mostrar despues la gallardía
En cofres y baules,
Sulcando las azules
Montañas de Amfitrite,
Y alguno que á disfraces se remite,
Por no ser conocido,
En una caxa de orinal metido.
Con esto en muchos siglos no fué vista,
Como en esta conquista,
Tanta de gatos multitud famosa
Por Zapaquilda hermosa.
Apénas hubo teja, ó chimenea
Sin gato enamorado,
De bodoque tal vez precipitado,
Como Calisto fué por Melibea;
Ni raton parecia,
Ni el balbuciente hocico permitia
Que del nido saliese,
Ni queso, ni papel se agujereaba
Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
Ni poeta por todo el universo
Se lamentó que le royesen verso;
Ni gorrion saltaba,
Ni verde lagartija
Salia de la cóncava rendija.

Por otra parte el daño compensaba,
Que de tanto gatazo resultaba,
Pues no estaba segura
En sábado morcilla, ni asadura,
Ni panza, ni quajar, ni aun en lo sumo
De la alta chimenea
La longaniza al humo,
Por imposible que alcanzarla sea,
Exênto en la porfía á la esperanza,
Que todo quanto mira, tanto alcanza.

Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente;
De hocico agudo, y de narices romo,
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
Que Mizifuf tenia
Por nombre; en gala, cola, y gallardía,
Célebre en toda parte
Por un Zapinarciso y Gatimarte.
Este luego que vió la bella gata
Mas reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y dia
Paseaba el tejado en que vivia,
Con pages y lacayos de librea,
Que nunca sirve mal quien bien desea:
Y sucedióle bien pues luego quiso,
¡O gata ingrata! á Mizifuf Narciso,
Dando á Marramaquiz zelos y enojos;
No sé por qual razon puso los ojos
En Mizifuf, quitándole el primero

Con

Con súbita mudanza,
El antiguo favor y la esperanza.

¡O quanto puede un gato forastero,
Y mas siendo galan y bien hablado,
De pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas,
No hay que fiar de gatas melindrosas.
¿Quien pensara que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel e inexôrable,
Y que al galan Marramaquiz dexara
Por un gato que vió de buena cara,
Despues de haberle dado
Un pie de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
¡O quan poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En que muger habrá firmeza alguna?
¿Quien tendrá confianza,
Si quien dixo muger, dixo mudanza?

Marramaquiz con ansias y desvelos
Vino á enfermar de zelos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente Merlin que le curaba,
Gato de cuyas canas, nombre y ciencia
Era notoria á todos la experiencia,
Mandó que se sangrase;
Y como no bastase,
Vino á verle su dama,
Aunque tenia en un desvan la cama,

A donde la carroza no podia
Subir por alta y por estrecha via,
Pero en fin apeada
Entró de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Despues de sosegado el accidente,
El con maullo habló, ella con mirlo,
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
Pero por alegrarle la sangria,
Le traxo su criada Bufalía
Una pata de ganso y dos ostiones.
El se quejó con tímidas razones
En su lenguage mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo.
Quejas, que traducidas de él y de ella
Así decian: » Zapaquilda bella,
¿Por que me dexas tan injustamente?
¿Es Mizifuf mas sabio, mas valiente,
Tiene mas ligereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
Entre quantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto merece que un invierno helado,
De tejado en tejado
Me hallase el alba al madrugar el dia,
Con espada, broquel y bizarría,
Mas cubierto de escarcha,
Que soldado español que en Flandes marcha
Con arcabuz y frascos?
Si no te he dado telas y damascos,

Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,
Por no ofender, ingrata, á tu belleza
Las naguas que te dió naturaleza.
Pero en lo que es regalos, ¿quien ha sido
Mas cuidadoso, como tú lo sabes?
En quanto en las cocinas atrevido
Pude garrafiñar de peces y aves?
¿Que pastel no te truxe, que salchicha?
¡O terrible desdicha!
Pues no soy yo tan feo,
Que ayer me ví, mas no como me veo,
En un caldero de agua, que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
Y dixe: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
¡O zelos, ó impiedad, ó amor, reñilda.
No suele desmayarse al sol ardiente
La flor del mismo nombre, la arrogante
Cerviz baxar humilde, que la gente
Por la loca altitud llamó gigante;
Ni queda el tierno infante
Mas cansado despues de haber llorado
De su madre en el pecho regalado,
Que el amante quedó sin alma. ¡O cielos,
Que dulce cosa amor, que amarga zelos!
Ella como le vió que ya exhalaba
Blandamente el espíritu en suspiros,
Y que piramizaba
Entre dulces de amor fingidos tiros,
Para que no se rompa vena ó fibra,

El mosqueador de las ausencias vibra,
Pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí, que aquel favor bastara
Para libralle de la muerte dura,
Y luego con melífera blandura
Le dixo en lengua culta:
» Si tu amor dificulta
El que me debes, en tu agravio piensas
Tan injustas ofensas,
Que aunque es verdad que Mizifuf me quiere
Y dice á todos que por mí se muere,
Yo te guardo la fe como tu esposa. »
Cesó con esto Zapaquilda hermosa.
Sellando honesta las dos rosas bellas,
Que siempre habláron poco las doncellas,
Que como las viudas y casadas
No están en el amor exercitadas.

Baxaba ya la noche,
Y las ruedas del coche
Tachonadas de estrellas,
Brilladores diamantes y centellas
Detras de las montañas resonaban:
Los páxaros callaban,
Dexando el campo yermo,
Quando los pages del galan enfermo
En el alto desvan hachas metian,
Que á alumbrar la carroza prevenian.
Entónces los amantes,
(Que son los cumplimientos importantes)
Ella por irse, y él quedarse á solas,
Se hiciéron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
De los crueles zelos
De Mizifuf, Marramaquiz valiente,
Aquellos que han cortado tantas vidas,
Y que en los mismos cielos
A Júpiter, señor del rayo ardiente,
Con disfraz indecente,
Fugitivo de Juno,
Su rigor importuno
Tantas veces mostráron,
Que en fuego, en cisne, en buey le transformáron
Por Europa, por Leda y por Egina;
Con pálida color y banda verde,
Para que la sangría se le acuerde,
Que amor enfermo á condoler se inclina,
Paseaba el tejado y la buharda
De aquella ingrata quanto hermosa fiera.
¿Quien ama fieras que firmeza espera,
Que fin, que premio aguarda?

Zapaquilda gallarda
Estaba en su balcon, que no atendia
Mas de á saber si Mizifuf venia,
Quando Garraf su page,
Si bien de su linage,
Llegó con un papel y una bandeja,
Ella la cola y el confin despeja,
Y la bandeja toma

Sobre negro color labrada de oro
Por el Indio Oriental, y con decoro
Mira si hay alguno que primero coma:
Ofensa del cristal de la belleza,
Propia naturaleza
De gatas ser golosas,
Aunque al tomar se finjan melindrosas.
Y ántes de oir al page
Ve las alhajas que el galan envia,
Que joya, que invencion, que nuevo trage:
En fin vió que traia
Un pedazo de queso
De razonable peso,
Y un relleno de huevos y tocino,
Atis en fruta que produce el pino
Entre menuda rama
En la falda del alto Guadarrama,
Por donde van al bosque de Segovia;
Y luego en fe de que ha de ser su novia
Dos cintas que le sirvan de arracadas,
Gala que solo á gatas regaladas,
Quando pequeñas, las mugeres ponen,
Que de rosas de nácar las componen.
Tomó luego el papel y con sereno
Rostro, apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decia:
» Dulce Señora, dulce prenda mia,
Sabrosa, (aunque perdone Garcilaso,
Si el consonante mismo sale al paso)
Mas que la fruta del cercado ageno,

Ese queso, mi bien, ese relleno,
Y esas cintas de nácar os envio,
Señas de la verdad del amor mio ».

Aquí llegaba Zapaquilda, quando
Marramaquiz zeloso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traicion! colérico arremete,
Y echa veloz de ardiente furia lleno
Una mano al papel y otra al relleno:
Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido,
A quien el ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte que formando esferas
Por la region del ayre vagoroso,
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar vencejos
Ménos apasionado y mas ocioso.
No de otra suerte el jugador ligero
Le vuelve la pelota al que la saca
Herida de la pala resonante,
Quéjase el ayre que del golpe fiero
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza el que interviene el pie delante;
El gatazo arrogante,
Sin soltar el relleno despedaza
El papel que en los dientes

Con la espuma zelosa vuelve estraza,
Y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos rios quien se ahoga,
Que asiéndose de rama, yerba ó soga,
La tiene firme de sentido ageno;
Así Marramaquiz tiene el relleno,
Que ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de los zelos.
¡O quanto amor un alma desespera,
Pues quando ya se ve sin esperanza,
En un relleno tomará venganza!
¿Mas quien imaginara que pudiera
Dar zelos el amor en ocasiones
Con rellenos de huevos y piñones?
¡Mas ay de quien le habia
Hecho para la cena de aquel dia!

Huyóse en fin la gata, y con el miedo
Tocó las tejas con el pie tan quedo,
Que la Amazona bella parecia,
Que por los trigos pálidos corria
Sin doblar las espigas de las cañas,
Que de tierras estrañas
Tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que á la gata desalientan,
La hiciéron prometer, si la libraba,
Al niño amor un arco y una aljaba,
De aquel zeloso Rodamonte fiero,
Hasta pasar las furias del Enero,

El qual juró olvidarla, y en su vida,
Desnuda, ni vestida
Volver á verla, ni tener memoria
De la pasada historia,
Y buscar algun sabio
Para satisfaccion de tanto agravio:
Pero fuéron en vano sus desvelos,
Que amor no cumple lo que juran zelos,
Y tanto puede una muger que llora,
Que vienen á reñirla y enamora.
Creyendo que el alma, en sus zelosas iras,
Por una lagrimilla mil mentiras.
Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
Que no me acuerdo el folio,
Estas heridas del amor protervas
No se curan con yerbas,
Que no hay para olvidar á amor remedio
Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.

Garraf en tanto que esto se trataba,
Estropeado á Mizifuf llegaba,
Maullando tristemente
En acento hipocóndrico y doliente,
Como suelen andar los galloferos
Para sacar dineros,
Manqueando de un brazo
Colgado de un retazo,
Y débiles las piernas,
Una cerrando de las dos linternas,
Por mirar á lo vizco,

Luego en el corazon le dió un pellizco
La mala nueva que adelanta el daño,
Haciendo el aposento al desengaño,
Y díxole: ¿que tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?
Entónces él moviendo tremolante
Blanda cola detras, lengua delante,
Le refirió el suceso,
Y que Marramaquiz papel y queso,
Y relleno tambien le habia tomado,
Como zeloso airado,
Como agraviado necio,
Con infame desprecio,
Con descortes porfía,
Y que de tan estraña gatería
Zapaquilda admirada
Huyó por el desvan la saya alzada:
Que lo que en las mugeres son las naguas
De raso, tela, ó chamelote de aguas,
Es en las gatas la flexible cola,
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
Con su cuerpo afligido,
De miedo helado y de licor teñido
Descalabró los ayres,
Y con otros agravios y desayres,
Que prometió vengarse por la espada
De haberle enamorado á Zapaquilda,
Y hablarla en el tejado de Casilda,
Una tendera que en la esquina estaba:

Y dixo que pensaba
En desprecio y afrenta de sus dones,
Hacer de los listones
Cintas á sus zapatos.
¡O zelos! si entre gatos
De burlas y de veras
Formais tales chimeras,
¿Que haréis entre los hombres
De hidalgo proceder, y honrados nombres?

No estuvo mas airado
Agamenon en Troya,
Al tiempo que metiendo la tramoya
Del gran Paladion de armas preñado,
Echáron fuego á la Ciudad de Enéas
De ardientes hachas y encendidas teas,
Causa fatal del miserable estrago
De Dido y de Cartago,
Por quien dixo Virgilio,
Que llorando decia,
Destituida de mortal auxilio:
¡Ay dulces prendas quando Dios queria!
Ni Barbaroxa en Tunez,
Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez,
Este bravo Español: y Griego el otro,
Que Mizifuf como si fuera potro,
Relinchando de cólera en oyendo
El fiero y estupendo
Furor de su enemigo:
Mas prometiendo darle igual castigo

Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo,
Que á un pecho noble, á un ínclito sugeto,
Mayor obligacion mas zelo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.

Marramaquiz en tanto
Desesperado por las selvas iba,
Para buscar el sabio Garfiñanto,
Al tiempo que el aurora fugitiva
De su cansado esposo
Arrojaba la luz á los mortales,
Y el sol infante en líquidos pañales
De celages azules
Mandaba recoger en sus baules,
Para poder abrir los de oro y rosa,
El manto de la noche temerosa,
Aunque era todo el manto de diamantes,
En el záfiro nítido brillantes,
Ojos del sueño, el hurto y el espanto.
Este gatazo y sabio Garfiñanto,
Cano de barba y de mostachos yerto,
De un ojo resmeliado, y de otro tuerto,
Bien que de ilustre cola venerable,
Y que sabia con rigor notable
Natural y moral filosofía,
Por los montes vivia
En una cueva oculta,
Cuya entrada á las fieras dificulta,

Como

Como el de Polifemo un alto risco.
No se le daba un prisco
De riquezas del mundo, que estimaba
Solo el sol que Alexandro le quitaba,
A aquel que de los hombres puesto en fuga
Metido en un tonel era tortuga.
Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y lugares,
Por estudios ó acciones militares.
Sabia Garfiñanto Astrología,
Mas no pronosticaba,
Que decia que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movia,
A cuya voluntad está sujeto
Quanto crió, que todo fué perfecto:
No sacaba Almanaques,
Ni decia que en Troya y los Alfaques
Verian abundancia
De pepinos y brevas,
Muchas lentejas en Paris y en Tébas,
Y que cierta cabeza de importancia,
Sin decirnos á dondé, faltaria,
Que por mugeres Vénus prometia
Pendencias y disgustos,
Como si por sus zelos ó sus gustos,
Fuese en el mundo nuevo.
Pero volviendo á nuestro sabio Febo,
Despues de consultado

Dixo á Marrmaquiz, que su cuidado
En vano á Zapaquilda pretendia,
Y que solo seria
Remedio, que pusiese en otra parte,
Vengándose con arte,
Los ojos, divirtiendo el pensamiento:
Que amar era cruel desabrimiento
Mas que traer un áspid en las palmas,
En no reciprocándose las almas,
Que Amor se corresponde con Anteros,
Y mas si lo negocian los dineros.

Destituido el gato
Ya de mortal socorro,
Se fué calando el morro,
Y dióle una salchicha
Por no mostrarse á Garfiñanto ingrato,
Que no pagar la ciencia
Es cargo de conciencia,
Mas dicen que de sabios es desdicha.
Pensando en quien pusiese finalmente
De toda la gatesca bizarría
La dulce enamorada fantasía
Para verse de amor convaleciente,
Se le acordó que enfrente
De su casa vivia un boticario,
De cuyo cocinante vestuario
Una gata salia
Que la bella Micilda se decia,
Y sentada tal vez en su tejado

Miraba como dama en el estrado
Los nidos de los sabios gorriones
Dexando pulular los embriones,
Y en viendo abiertos los maternos huevos
Comerse algunos de los ya mancebos.
Admitiendo este nuevo pensamiento,
Mas que su voluntad, su entendimiento,
Que amor en las venganzas se resfria,
Emprende mucho y executa poco;
Por entónces templó la fantasía,
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.

Estaba el sol ardiente
Una siesta de Mayo calurosa,
Aunque amorosamente,
Plegando el nácar de la fresca rosa,
Que producen los niños abrazados,
Huevos de cisne, y huevos estrellados,
Pues que los hizo estrellas;
Quando Micilda con las manos bellas
La cara se lavaba y componia
No léjos del tejado en que vivia
Marramaquiz, que ya con mas cuidado
La miraba y servia,
En fé del Garfiñanto consultado.
Quando al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente:
El gato viendo la ocasion presente,
Para que su deseo
La diese zelos con el nuevo empleo,

BIBLIOTHEQUE UNIVERSITAIRE DE MONTAUBAN

Llegándose mas tierno y relamido
A Micilda, que ya de vergonzosa
Estaba mas hermosa,
Y equívoco fingiendo,
Falso desprecio, descuidado olvido,
En su venganza misma padeciendo
Amorosos deseos,
(Tales son del amor los devaneos)
Requebrando á Micilda á quien pensaba
Ofrecer los despojos
De aquella guerra paz de sus enojos.
Y á Zapaquilda á lo traydor miraba
En las intercadencias de los ojos.
Tan estraño sentido
Que es ménos entendido
Miéntras que mas parece que se entiende,
Pues siendo con engaños se defiende:
Que si las luces de los ojos miras
Basta ser niñas para ser mentiras.
Micilda, á quien tocaba en lo mas vivo
El amor primitivo,
Porque como doncella fácilmente
A lo que entónces siente
La tierna edad se rinden y avassallan,
Hablando con los ojos quando callan,
De buena gana dió fácil oido
A los requiebros del galan fingido,
Con que ya andaban de los dos las colas
Mas turbulentas que del mar las olas.

Zapaquilda sentida,
De aquella libertad (que es propio efeto
De la que fué querida
Sentir desprecio donde vió respeto)
Murmurando entre dientes
Amenazaba casos indecentes
Entre personas tales,
En calidad y en nacimiento iguales.
Como se ve gruñir perro de casa
Mirando al que se entró de fuera enfrente,
Estando enmedio de los dos el hueso,
Que ninguno por él de miedo pasa,
Parando finalmente
Las iras del canículo suceso
En que ninguno de los dos lo come,
Obligando á que tome
Un palo algun criado
Que los desparte airado,
Y dexa divididos
Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
Así feroz gruñia
Zapaquilda envidiosa,
Efectos de zelosa,
Aunque al gallardo Mizifuf queria:
Que hay mugeres de modo
Que aunque no han de querer lo quieren todo
Por que otras no lo quieran;
Y luego que rindiéron lo que esperan
Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.
Finalmente las gatas encontradas,

Siendo Marramaquiz el hueso enmedio,
(Tal suele ser de zelos el remedio)
A pocos lances de mirarse airadas
Viniéron á las manos dando al viento
Los cabellos y faldas,
Y en tanto arañamiento,
Turbadas de color las esmeraldas,
Maullando en tiple y el gatazo en baxo
Cayéron juntas del tejado abaxo
Con ligereza tanta,
Aunque decirlo espanta,
Por ser como era el salto
Cinco suelos en alto,
Hasta el alero, del tejado fines,
Que no perdió ninguna los chapines:
Quedando el negro amante
Despues de tan estraños desconsuelos
Muerto de risa en acto semejante:
Tan dulce es la venganza de los zelos.

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
La máscara del Sol y Cinosura,
Primera quadrilátera figura,
Con la estrella luciente
Que mira el navegante,
Bordada la celeste arquitectura:
Velaba todo amante
Por el silencio de la noche obscura,
Y en el Indiano clima el sol ardia,

En dos mitades dividido el dia,
Quando gallardo Mizifuf valiente
Paseaba el tejado de su dama,
Que sangrada en la cama
La tuvo el accidente
Dos dias, que faltó sol al tejado
Y estuvo la cocina sin cuidado,
No por la altura de los siete suelos,
Mas por el sobresalto de los zelos.
Iba galan y bravo,
Un cucharon sin cabo
Destos de hierro de sacar buñuelos
Por casco en la cabeza,
Que en ella tienen la mayor flaqueza:
Pues no suelen morir de siete heridas
Por quien dicen que tienen siete vidas,
Y un golpe en la cabeza los atonta,
Así la tienen á desmayos pronta.
Broquel de cobertera,
Espada de acaballo, que ántes era
Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
Que él solia llamar *tinebunt* gatos:
Y por las manchas de los pies y el anca
Natural media blanca,
Y capa de un bonete colorado,
Abierto por un lado,
Plumas de un pardo gorrion cogido
Por ligereza, pero no por arte.

Así rondaba el nuevo Durandarte,
Galan favorecido,
Porque son los favores de la dama
Guarnicion de las galas de quien ama.
Dos músicos traian instrumentos
A cuyo son y acentos
Cantaban dulcemente,
Y así llegando del balcon enfrente
De Zapaquilda bella,
Cantáron un romance que por ella
Compuso Miziſuf, poeta al uso,
Que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas puesta á la ventana
Con serenero de su propia lana,
Hasta que Bufalía
Le traxo un rocadero
Que por mas gravedad y fantasía
Sirvió de capirote y serenero,
Y en medio de lo grave
Del romance suave
Les dixo con despejo,
Pareciéndole versos á lo viejo,
Que xácara cantasen picaresca:
Y así cantáron la mas nueva y fresca,
Que para que lo heroyco y grave olviden,
Hasta las gatas xácaras les piden;
¡Tanto el mundo decrépito delira!
Aquí se resolvió la dulce Lira,
En dos lascivos ayes,
Andolas, guirigayes,

Y otras tantas baxezas.
Cantáron pues las bárbaras proezas
Y hazañas de rufianes,
Que estos son los valientes capitanes
Que celebran poetas,
De aquellos que en extremas
Necesidades viven, arrojados
Al vulgo como perros á leones,
Que la virtud y estudios mal premiados
Mueren por hospitales y mesones,
Verdes laureles de Virgilios y Ennios
Perecen la virtud y los ingenios.
Mas ¿quien le mete á un hombre Licenciado
Mas que en hablar de solo su tejado?
Que no le dió la escuela mas licencia,
Y es todo lo demas impertinencia.

Quando aquesto pasaba
Marramaquiz estaba
Inquieto y acostado,
Treguas pidiendo á su mortal cuidado;
Pero como el amor le desvelaba
Dió, de sentido falto,
Desde la cama un salto,
Compuesta de pellejos,
Otro tiempo conejos
Que en el Pardo vivian,
Y en la cola sus cédulas traian
Para seguridad de sus personas:
Mas ¡Ay muerte cruel a quien perdonas!

Saltó en efecto como el Conde Claros,
Y armándose de defensas y reparos,
Vino de ronda al puesto por la posta
Por ver si habia moros en la costa,
Y no siendo ilusion el pensamiento,
Que del alma el primero movimiento
Pocas veces engaña.
No suele débil caña
En las espadas verdes esparcida
Del ayre sacudida
Hacer manso ruido
Con mas veloz sonido,
Como rugió los dientes:
Ni entre los accidentes
Del erizado frio
Al enfermo sucede
Aquel ardor contrario;
Como de ver tan loco desvarío,
Que apénas le concede
Entre uno y otro pensamiento varío
Respiracion y aliento,
De la vida instrumento:
Helado y abrasado
Entre ardores y hielos,
Que al frio de los zelos
Frígido fuego sucedió mezclado,
Que con distinto efeto
En un mismo sugeto
Viven, siendo contrarios:
La causa es una, y los efectos varios.

Miraba á Zapaquilda en la ventana
Hablando con su amante
Sin miedo de la luz de la mañana
Que coronaba el último diamante
Del manto de la noche que iba huyendo,
Y cantando y tañendo
Los músicos con tanto desenfado
Como si fuera su tejado el prado:
Que nunca los amantes
Previniéron peligros semejantes.
Así los embeleca
Amor de ceca en meca,
Como olvidado Antonio con Cleopatra,
La Gitana de Mémfis que idolatra,
Que ciego de su gusto no temia
Al César que siguiéndole venia:
Porque si fué Romano Octaviano,
Tambien Marramaquiz era Romano;
Y si valiente César y prudente
No ménos fué él prudente que valiente,
Que en su tanto, los méritos mirados,
César pudiera ser de los tejados.

Como detras del árbol escondido
Mira y advierte con atento oido
El cazador de páxaros el ramo
Donde tiene la liga y el reclamo,
Para en viendo caer el inocente,
Gilguero, que los dulces silvos siente
Del amigo traydor que le convida

A dura cárcel con la voz fingida,
Y apénas ve las plumas revolando
Entre la liga, quando
Arremete y le quita, no piadoso,
Sino fiero y cruel; así el zeloso
Marramaquiz atento
Esperaba el primero movimiento
Del venturoso amante, que decia
Con dulce mirlamiento:
« Dulce señora mia,
¿Quando será de nuestra boda el dia?
¿Quando querrá mi suerte que yo pueda
Llamaros dulce esposa,
Que entónces para mí será dichosa?
¡Ay, tanto bien el cielo me conceda!
Mas fué nuestra fortuna
Que Júpiter jamas por Ninfa alguna,
Aunque se transformaba
En buey que el mar pasaba,
En sátiro, y en águila, y en pato,
Nunca le viéron transformarse en gato,
Porque si alguna vez gatiquisiera
De los amantes gatos se doliera ».
Con voz enamorada
Doliente y desmayada
La gata respondia:
» *Mañana fuera el dia*
De nuestra alegre boda,
Pero todo, mi bien, desacomoda

Aquel

Aquel infame gato fementido,
Marramaquiz zeloso de mi olvido,
Que en llegando á saber mi casamiento,
Hubiera temerario arañamiento,
Y estimar vuestra vida
Me tiene temerosa y encogida,
Que es robusto y valiente,
Y en materia de zelos impaciente:
Mejor será matalle con veneno ».
Aquí de furia lleno
Respondió Mizifuf: « ¿Por un villano
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
¿El, señora, lo estorba?
¿Es por ventura mas que yo valiente?
¿Tiene la uña corva
Mas dura que la mia,
O mas agudo ó penetrante el diente
Entre la mostachosa artillería?
¿Que hueso de la pierna ó espinazo,
Se me resiste á mí, que fuerte brazo?
¿Yo no soy Mizifuf, yo no desciendo
Por línea recta, que probar pretendo,
De Zapiron el gato blanco y rubio
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato?
¿Pues como ahora con desden ingrato
Teneis temor de un maullador gallina,
Valiente en la cocina,
Cobarde en la campaña:

Y referir por invencible hazaña,
Dar á Garraf, un gato mi escudero,
Que fuera de ser gato forastero
Es ahora tan mozo
Que apénas tiene bozo,
Una guantada con las uñas cinco,
Si de repente dió sobre él un brinco?
¿Que Scipion del Africano estrago?
¿Que Anibal de Cartago?
¿Que fuerte Pero Vazquez Escamilla,
El bravo de Sevilla?
Por esos ojos, que á la verde falda
De las selvas hurtáron la esmeralda;
Que si entónces me hallara en el tejado,
Que no llevara como se ha llevado
El queso y el relleno,
¿Y quereis que le mate con veneno?
Esa es muerte de Príncipes y Reyes,
Con quien no valen las humanas leyes,
No para un gato bárbaro cobarde,
Cuyas orejas os traeré esta tarde,
Y de cuyo pellejo,
Si no me huye con mejor consejo,
Haré para comer con mas gobierno
Una ropa de martas este invierno ».

Aquí Marramaquiz desatinado,
Qual suele arremeter el xarameño
Toro feroz de media luna armado
Al caballero con airado ceño,

Andaluz, ó estremeño,
Que la patria jamas pregunta el toro,
Y por la franja del bordado de oro
Caparazon meterle en la barriga
Dos palmos de madera de tinteros,
Acudiendo al socorro caballeros,
A quien la sangre, ó la razon obliga,
Al caballo inocente que pensaba
Quando le vió venir que se burlaba:
» Gallina Mizifuf, dixo furioso,
El hocico limpiándose espumoso,
Blasonar en ausencia
No tiene de mugeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
De todo gato de ascendiente noble:
Si tú de Zapiron, yo de Malandro,
Gato del Macedon Magno Alexandro,
Desciendo, como tengo en pergamino
Pintado de colores y *oro fino*,
Por armas un morcon y un pie de puerco
De Zamora ganados en el cerco,
Todo en campo de golas
Sangriento mas que roxas amapolas,
Con un quartel de quesos asaderos,
Roeles en Castilla los primeros.
No fuéron en cocinas mis hazañas,
Sino en galeras, naves y campañas;
No con Garraf tu page,
Con gatos moros, las mejores lanzas.

Que yo maté en Granada á Trapaganzas
Gatazo Abencerraje,
Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,
Gato que fué del Regidor Rengifo,
Y de dos uñaradas
Deshice á Golosillo las quixadas
Por gusto de una Miza, mi respeto,
Y le quité una oreja á Boquifleto,
Gato de un albañil de Salobreña:
La cola en Fuentidueña
Quité de un estiron á Lameplatos
Mesonero de Gatos,
Sin otras cuchilladas que he tenido,
Y la que dí á Garrido,
Que del corral de los naranjos era
Por la espada primera
Unico gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
Decir que el tiempo vuela y no se para,
Que no hay cara mas fea que la cara
De la necesidad; y la mas bella
Aquella del nacer con buena estrella,
Que alumbra el sol, y que la nieve enfria,
Que es escura la noche y claro el dia.
Esa gata cruel, que me ha dexado
Por tu poco valor, verá muy presto,
Siendo aqueste tejado
El teatro funesto,
Como te doy la muerte que mereces,

Porque mi vida á Zapaquilda ofreces,
Llevando tu cabeza presentada
A Micilda, que es ya mi prenda amada:
Micilda que es mas bella
Que al vespertino sol cándida estrella
Vénus, que rutilante
Es de su anillo espléndido diamante.
Esta si que merece la fe mia,
Mi constancia, mi amor, mi bizarría,
Que no gatas mudables,
Que si por su hermosura son amables,
Son por su condicion aborrecibles,
Amigas de mudanzas y imposibles».

Aquí sacó la espada ruginosa
De la vayna mohosa,
Y á los golpes primeros
Se llamáron fulleros,
Si bien no hay deshonor desenvaynada,
Y Zapaquilda huyendo,
De súbito temor la sangre helada
Dexóse el serenero en el tejado.
Los músicos en viendo
El belicoso duelo comenzado,
Huyéron como suelen,
Que no hay garzas que vuelen
Tan altas por los vientos:
Dicen que por guardar los instrumentos,
Y mil razones tienen,
Pues que solo á cantar con ellos vienen.

Que mal cantara un hombre si supiera
Que habia luego de sacar la espada
Que tanto el pecho altera;
Ni pudiera formar la voz turbada:
Que hay mucha diferencia, si se mira,
De dar en los broqueles ó en las cuerdas,
Pasar la espada el pecho, ó por la Lira,
El arco hiriendo las pegadas cerdas.

Andaba entónces Guruguz de ronda
Con una esquadra vil de sus esbirros,
Cuyo abuelo nacido en Trapisonda
Curaba hipocondríacos y cirros,
Y viéndolos andar á la redonda,
Como si fuesen Césares ó Pirros,
Los dos valientes gatos,
Con fuerte anhelo descansando á ratos,
Llegáron á ponerse de por medio,
Que fué difícil, pero fué remedio.
Mas como respetar á la justicia
De gente principal respeto sea,
Y lo contrario bárbara malicia,
Luego Marramaquiz rindió la espada:
¿Quien habrá que lo crea?
Mas viendo Guruguz que no queria
Que el amistad quedase confirmada,
Sino permanecer en su porfía,
Llevólos á la cárcel enojado,
Quando Febo dorado
Asomaba la frente

Por las ventanas del rosado oriente
Como si azúcar fuera, y de colores
En campo verde iluminó las flores.

SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto,
Que nuestro entendimiento
No puede sujetarle, es imposible
Que sepa que es amor, que reyna en quanto
Compone alguna parte de elemento
En el mundo visible.
¡O fuerza natural incomprehensible,
Que en todo quanto tiene,
Una de las tres almas
A ser el alma de sus almas viene!
¿Quien no se admira *de mirar las palmas*
En la region del Africa desnuda,
Quando su fruto en oro el color muda
Con solo aquel ardor vegetativo,
Amarse dulcemente?
Que en lo demas que siente
No es mucho que de amor el fuego vivo
Imprima sentimiento,
Y natural deseo
Con lazos de pacífico himeneo.
La fiera, el ave, el pez en su elemento,
Todos aman y quieren
Por la razon de bien lo que es amable:
Pues ama lo que solo es vegetable,

Si de ningun sentido el bien infieren,
Entre las cosas que por él adquieren
Algun conocimiento,
Perdonen quantas aves y animales
De su distinto gozan elemento,
Ningunas son iguales
En amor á los gatos,
Exceptuando las monas,
Que hasta en esto se precian de personas,
Y ya que no en esencia, en ser retratos.
Porque acontece con el hijo al pecho
Abrazalle con lazo tan estrecho,
Que le hacen exhalar la sensitiva
Alma vital; así el amor les priva
Que fué en la estimativa conocido
Del natural sentido;
Y si por opinion crítico alguno
Tiene que amor tan loco
No puede haber en animal ninguno,
Vayase poco á poco
Al Africano Tetuan á donde
Verá como los árboles trepando
Esta del hombre semejante propia,
De que hay allí gran copia,
Ya sale con el hijo, ya se esconde,
Y á los que van ó vienen caminando
Con risa de monesco regocijo
Muestra el peloso hijo.
Mas fuera disparate,

Si no es que de ellas trate,
Ir por ver una mona
Hasta el Africa un hombre:
Que si de Tito-Livio llevó el *nombre*
Muchos hombres á Roma, fué corona
De los historiadores,
Que solo aquellas cosas superiores
Dignas por fama de admirable espanto
Es bien que cuesten tanto,
Como ver á Venecia,
Perche chi non la vede non la prezia,
Que al cielo desde el agua se avecina,
Y en gondolas por coches se camina.
Los gatos en efeto
Son del amor un índice perfeto,
Que á lo demas prefiere,
Y quien no lo creyere
Asómese á un tejado
En frias noches de un invierno helado,
Quando miren las Hélices nocturnas
Las estrelladas urnas
Del frígido Aquario,
Verá de gatos el concurso vario
Por los melindres de la amada gata,
Que sobre tejas de escarchada plata
Su estrado tiene puesto,
Y con mirlado gesto
Responde á los maullos amorosos
De los competidores,

No de otra suerte oyendo sus amores,
Que Angélica la bella
De Ferragut y Orlando,
Amantes belicosos,
Quando andaban por ella
Sin comer, ni dormir, acuchillando
Franceses y Españoles,
De que no se le dió dos caracoles.
¿Que cosa puede haber con que se iguale
La paciencia de un gato enamorado,
En la canal metido de un tejado
Hasta que el alba sale,
Que en vez de rayos coronó al oriente
De carambanos frígidos la frente?
Pues sin gaban, abrigo, ni sombrero
Febo oriental le mirará primero,
Que él dexe de obligar con tristes quejas
Las de su gata rígidas orejas,
Por mas que el cielo llueva
Mariposas de plata quando nieva.

Mas dexando cansadas disgresiones,
Que el Retórico tiene por viciosas,
Aunque en breves paréntesis gustosas,
Presos los dos gatíferos campeones
Por no querer hacer las amistades,
Y responder soberbias libertades;
Dicen que Zapaquilda
Y la bella Micilda
Tapadas de medio ojo,

Con sus mantos de humo;
Que es llegar á lo sumo
De un amoroso antojo,
Fuéron á ver sus presos,
Que en tanta autoridad tales excesos
Parecen desatino.
En fin Micilda enamorada vino,
Con que á toda objecion amor responde:
Así la Infanta Doña Sancha al Conde
Garci-Fernandez preso visitaba
En la escura prision del Rey su padre,
Dicen que con deseos de ser madre,
Que habia dias que sin él estaba:
Cada qual de las dos imaginaba
Que la otra venia
Por el que ella queria,
Y con este engañado pensamiento,
Que nunca tienen mucho fundamento
Los zelos, comenzáron á mirarse,
En manifestacion de sus enojos,
Tirándose relámpagos los ojos.
¡O quien las viera entónces levantarse
Sobre los pies derechas
A ver si eran verdades las sospechas,
Y de ser descubiertas recatarse:
Condicion de los zelos esconderse,
Quererse declarar y no atreverse!
Que como son desprecio del paciente
Huyen de que se entienda lo que siente.

Que amor siempre se tuvo por nobleza,
Y los zelos por acto de baxeza.
Como si amor pudiese estar sin zelos,
Que mas pueden estar sin sol los cielos,
Testigos Juno y Pocris á quien llora
Céfalo por los zelos de la aurora.
En fin despues de sufrimiento tanto
Quitó Micilda de la cara el manto
A la siempre zelosa Zapaquilda,
Y ella echando las uñas á Micilda
Con el rebozo el moño.

No suele por los fines del otoño
Quedar la vid ñudosa en los sarmientos
De los marchitos pámpanos robada,
Sin resistencia á los primeros vientos;
Que con nevado soplo y boca helada
Cierzo dexó cadaver con la fiera
Mano que floreció la primavera;
Como las dos quedáron en la rifa;
Ni Fatima y Xarifa
Por el Abencerrage Abindarraez:
Ni por Martin Pelaez
Que del Cid heredó la valentía,
Doña Urraca y María de Menéses,
Aquella á quien pedia
Con palabras corteses
Las nueces su galan, si no baylaba;
Así zeloso amor las provocaba.
En fin á puros tajos y reveses

De las rapantes uñas aguileñas,
Desmoñadas las greñas
Y el soliman raido,
Quedáron desmayadas sin sentido
Haciendo cada qual la gata-morta.
No fué con esto la prision mas corta.
Pero saliéron de ella finalmente,
Que el tiempo con los *bienes ó los males*,
Dexando siempre atras todo accidente,
Que fué final accion de los mortales,
Vuela sin detenerse
Dexándose llevar para perderse:
Así pasó la gloria de Numancia
Y la brava arrogancia
De la fuerte Sagunto,
Porque la tierra toda es solo un punto
De la circunferencia de los cielos.
¿Pero que desatino de las Musas
Me lleva á tan estrañas garatusas?
Las iras del amor y de los zelos
Pasáron adelante
En uno y otro amante.
Pero Marramaquiz aconsejado
De sus amigos, remitió el cuidado
Al amor de Micilda:
Mas como el que tenia á Zapaquilda
Era del alma verdadero afeto,
Aunque disimulaba á lo discreto
Andaba triste y de congojas lleno.

¡Mísero del que vive en cuerpo ageno,
Y por un amoroso desvarío
Pierde la libertad del albedrío,
Que no la compra el oro,
Porque es de todos el mayor tesoro?
Tenia las mandíbulas de suerte
Que era un retrato de la muerte fiera,
Aunque es yerro pintarla calavera,
Porque aquella es el muerto, no la muerte.
La muerte ha de pintarse una figura
Robusta, de cruel semblante airado,
Los fuertes pies en una piedra dura,
Fino sepulcro en pórfido labrado,
Con Reyes y Monarcas
Hasta el que calza rústicas abarcas,
Damas que sujetáron Capitanes,
Y en ásperas naciones
Por bárbaras regiones
De fieros Mamelucos y Soldanes,
Y pintadas al uno y otro lado
La Enfermedad, la Guerra y la Desgracia,
Parcas que tantas muertes han causado
Por tantos desconciertos;
Que huesos ya no es muerte, sino muertos.
No aprovechaba la hermosura y gracia
De Micilda á quitar al pobre amante
La memoria tenaz, que amor escribe
Con la flecha cruel en el diamante
Del alma donde vive,

Y compitiendo con el tiempo quiere
Que viva en ella quando el cuerpo muere.

En estos medios Mizifuf intenta,
A su compeditor viendo remoto,
Por medio de Garrullo su compadre,
Que habia sido gato en una venta,
Pedirla por muger á Ferramoto
De Zapaquilda padre.
Propúsole Garrullo
Con prudente maullo
Las partes de su amigo,
Como de ellas testigo,
Sin otras conseqüencias
Que atajaban zelosas diferencias.
Ferramoto era un gato
De buen *entendimiento y de buen trato*,
Cano de barba y negro de pellejo,
Persona que en la verde primavera
De sus años jamas en la ribera
De Manzánares se le fué conejo;
Porque sirvió de galgo
A cierto pobre y miserable hidalgo
Que con él se alumbraba:
Y de suerte de noche relumbraba,
Que pensando una moza que eran lumbre
Las niñas de los ojos que brillantes
En la ceniza estaban relumbrantes
Yendo al hogar, como era su costumbre,
Sin pensar darle enojos,

Le metió le pajuela por los ojos.
Nunca sin esto gato marquesote
Oposicion le hizo :
Oyó de buena gana lo propuesto,
Y del novio galan se satisfizo,
Aunque llegando á concertar el dote,
De seca mimbre un cesto
Dixo que le daria,
Que de cama de campo le servia,
Seis sábanas de lienzo de narices,
Con algunos fragmentos por tapices
De viejos reposteros,
Quatro quesos añejos casi enteros,
Y una mona cautiva que tenia,
Que hablaba en lengua culta y la entendia,
Sin otras menudencias.
Con estas conveniencias
Las capitulaciones se firmáron,
Y el dia de la boda concertáron.

Marramaquiz estaba
En ocasion tan triste,
Como por burla y chiste,
Jugando á la pelota
Con un raton á quien pescó de paso,
Que de un baul de versos del Parnaso
A una maleta rota,
Aunque llena de pleytos y escrituras,
Pasaba haciendo gestos y figuras.
Tal suele acontecer un triste caso

En medio de la vida,
Que no hay seguridad en cosa humana.
Ya con veloz corrida
Daba esperanza vana
Al mísero animal, ya le volvia,
Ya le arrojaba en alto
Mojado de temor, de aliento falto,
Y en medio del camino le cogia
Como quien tira al vuelo,
Diciendo: tente como al agua el hielo;
Ya con las manos mizas
Le daba por los lados
Algunos bofetones regalados,
Quando llegó Tomizas;
Tomizas su escudero, y sin aliento
Le dixo el casamiento concertado
De Mizifuf y Zapaquilda ingrata.
Y sintiendo perder su dulce gata,
Dexó al pobre animal que desmayado
Apénas acertaba con la vida;
Mas puesto en fuga la libró perdida;
Que quien no ha de morir, si la fortuna
Revoca la sentencia
Nunca le falta diversion alguna
En aquella dichosa intercadencia.
A Tomizas en fin la diligencia
Valió una manotada con la zurda,
Que quando no le aturda
No es poco para zurda manotada

Que le dexó la cara desgatada:
Esto gana traer del mal albricias.
¡O quanto, Amor, de la razon desquicias
Un noble caballero!
Por eso ningun page, ni escudero
Se fie en la privanza
Que es fácil en señores la mudanza,
Y el Sol es gran señor y nunca para
En rueda mas mudable; á la fortuna
Se parece la dama Doña Luna,
Que nunca vemos de una misma cara.
Dexando la pelota el triste amante,
De zelos y de amor perdido y loco,
Que la vida y la honra tiene en poco,
Vinó á su casa con tristeza tanta
Que se metió debaxo de una manta,
Y luego provocado á mayor furia
De una carrera se subió al tejado.
Así desnudo Orlando provocado
De no menor injuria
Quando leyó los rótulos del Moro
Que decian: « Amor, que sin decoro
En la buena fortuna te gobiernas,
Aquí gozó de Angélica Medoro »
En el papel de las cortezas tiernas
De aquellos olmos de su bien testigos,
Para el Frances Orlando cabra-higos.
Baxó Marramaquiz desesperado,
Y entrando en la cocina,

Sin respeto de Paula y de Marina
Esclavas del ausente Licenciado,
Como laureles y álamos los mira
Donde Climene por Faeton suspira.
Los pucheros y cántaros quebraba,
Vertió la olla en la sazon que hervia;
Y llamando á Borbon borbor decia.
Y á tanto mal llegó su desatino
Que sacó media libra de tocino
Que andaba como nave en las espumas,
Y si no se lo quitan se lo mama,
Tanto pueden los zelos de quien ama.
Una perdiz con plumas
Quiso tragarse, y no dexaba cosa
Que no la deshiciese
Por alta que estuviese:
Trepaba la lustrosa
Reluciente espetera,
Derribando sartenes y asadores:
Y con estas demencias y furores
En una de fregar cayó caldera,
(Trasposicion se llama esta figura)
De agua acabada de quitar del fuego,
De que salió pelado.
Pero viniendo luego
El señor Licenciado,
Dixo: que era veneno que tendria
Algun vecino que matar queria
Ratones de su casa,

Hecha de rejalgar traydora masa,
Y á su servicio ingrato
Por matar los ratones mató el gato.
Y dixo bien segun los aforismos
De Nicandro, que son los zelos mismos
Un veneno tan súbito, que apénas
Toca la lengua, quando ya las venas
Y el corazon abrasan:
Tan presto al centro de la vida pasan,
Que no hay frias cicutas, ni anapelos
Como solo un escrúpulo de zelos.
En fin de ver el gato lastimado,
Que le habia criado,
Envió por triaca,
Que todo venenoso ardor aplaca,
De la magna que hacen en Valencia,
De que tenia una redoma sola
Cierto Farmacopola:
El gato con paciencia,
Respecto de su dueño,
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA V.

O tú, *Don Lope*, si por dicha ahora
Por los mares antárticos navegas,
O surto en tierra quando al puerto llegas,
Preguntas á la aurora
Que nuevas trae de la bella España
Donde tus prendas amorosas dexas,

Y por regiones bárbaras te alejas;
O miras en los golfos
De la naval campaña
Por donde vino Júpiter á Europa
Encima de la popa
Sin velas de Mauricios, ni Rodolfos,
Mas traydores que fué Vellido de Olfos,
Sereno el rostro en la dormida Tétis
De la airada Amfitrite,
Mas que en Sevilla corre humilde el Bétis,
Quando á la mar permite
La luna Varquerola,
No por las nubes de color de Angola,
Una punta á la tierra y la otra al cielo,
De pocas luces salpicando el velo;
Escucha en voz mas clara que confusa
Mi gatífera Musa,
Y no permitas, *Lope*, que te espante
Que tal sujeto un Licenciado cante
De mi opinion y nombre,
Pudiendo celebrar mi Lira un hombre
De los que honráron el valor hispano,
Para que al resonar la trompa asombre
Arma virumque cano.
Que como no se usa
El premio, se acobarda toda Musa;
Porque si premio hubiera
Del Tajo la ribera
Oyera en trompa bélica sonora

Divinos versos hijos del aurora.
Por esto quiere mas que ver ingratos
Cantar batallas de amorosos gatos,
Fuera de que escribiéron muchos sabios,
De los que dice Persio que los labios
Pusiéron en la fuente cabalina,
En materias humildes grandes versos.
Mira si de Virgilio fuéron tersos,
Cuya princesa pluma fué divina,
Quando escribió el *Moreto* que en la lengua
De Castilla decimos *Almodrote*,
Sin que por él le resultase mengua,
Ni por pintar el picador *Mosquito*.
¿Y quien habrá que note,
Aunque fuese satírico Aristarco,
De Ulíses el Diálogo á Plutarco?
La calva en versos alabó Sinesio,
Gran defecto Tartesio,
Quiere decir que hay calvos en España
En grande cantidad, que es cosa estraña,
O porque nacen de celebro ardiente.
Y tambien escribió del transparente
Camaleon Demócrito,
Y las cabañas rústicas Teócrito,
Y tanta filosófica fatiga
Diocles puso en alabar el *Nabo*,
Materia apénas para un vil esclavo,
El *Rábano* Marcion, Fanias la *Ortiga*,
Y la *Pulga* Don Diego de Mendoza,

Que tanta fama justamente goza.
Y si el divino Homero
Canto con plectro á nadie lisongero
La *Batrachómiomachía*,
¿Por que no cantaré la Gatomachía?
Fuera de que Virgilio conocia
Que á cada qual su genio le movia.

Ya todo prevenido
Para el tálamo estaba,
Y el dia estatuido
La posesion llamaba
A la esperanza de los dos amantes:
Mas muchas veces con peligro toca
El vidrio lleno de licor la boca.
Alegres los vecinos circunstantes,
Convidados los deudos y parientes,
Y escrito á los ausentes,
Que en tales ocasiones mas atentos
Están á la verdad los cumplimientos.
Solo Marramaquiz gato furioso
Lamentaba zeloso
Sus penas y cuidados
Por altos caballetes de tejados
En que su voz resuena,
Qual suele por las selvas Filomena
Que ha perdido su dulce compañía,
Con triste melodía
Esparcir los acentos de su pena,
Trinando la dulcísima garganta

Que á un tiempo llora y canta;
O como perro braco
Que ha perdido su dueño,
O Flamenco, ó Polaco,
Que ni se rinde al sueño,
Ni el natural sustento solicita,
Aunque en cantar no imita
Al ruiseñor suave,
Que una cosa es el perro, y otra el ave,
Y á cada qual su propio oficio quadra,
Porque si canta el ave, el perro ladra.
Tenia ya Ferrato
En un zaquizamí curiosamente
La sala aderezada
De uno y otro retrato
De belicosa, quanto ilustre gente,
Que las efigies son de los mayores
El mas heroyco exemplo,
De la perpetuidad glorioso templo,
Como se ven del Tamborlan y Enéas
Y en Calvo el de las fuerzas giganteas,
En Juan de Espera en Dios, y en Transilvano,
En Pirro Griego, y Scévola Romano.
Allí estaba Gafurio
Que ganó la batalla de las monas,
De grave gesto y de nacion Ligurio,
Y otros gatos con cívicas coronas,
Navales y murales,
Y al laurel de los Césares iguales.

No

No faltaban el Túmire y el Mocho,
Ni con el descolado Hociquimocho,
Que asistia en las salas del cabildo,
Y el armado Mufildo,
Mas de valor que acera,
Ni Garravillos gato perulero.
Estaba el rico estrado,
De dos pedazos de una vieja estera
Hecha la barandilla,
De ricas almohadas adornado
En tarimas de corcho, y por defuera
El grave adorno de una y otra silla,
Con tanta maravilla,
Que si un culto le viera
Es cierto que dixera
Por únicos retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros, guiñó pasmos.

Ya las sombras cayendo
De los mayores *montes*
A los humildes valles
Enlutaban los claros horizontes,
Y el mecánico estruendo
En las vulgares calles
Cesaba á los oficios;
Tráfagos y bullicios,
Encerraba el silencio en mudos pasos;
Y á diferentes casos
La ronda y los amantes prevenian
Las armas que tenian,

Quando á la luz huyendo la tiniebla
De alegres deudos el salon se puebla.
Vino Calvillo de fustan vestido
De patas de conejo guarnecido,
Gregüesco y saltambarca,
Mas amante de Laura que el Petrarca,
Por una gata de este nombre propio,
Aunque parezca en gatos nombre impropio:
Pero si llaman á una perra Linda,
Diana, Rosa, Fatima y Celinda,
Bien se pudo llamar Laura una gata,
De pie bruñido como tersa plata.
Maus de bocací truxo gregüesco,
Cuera de cordoban, gorron tudesco:
Y de negro con mucha bizarría,
Zurron, gato mirlado,
De medias y de estómago colchado:
Ranillos que baxó de Andalucía
De conejo en conejo
Por la Sierra Morena
A ver del Tajo la ribera amena,
Con el cano Alcubil su padre viejo:
Gruñillos y Cacharro
La nata y flor del esquadron bizarro:
Marrullos y Malvillo
Uno de raso azul, y otro amarillo;
Garron, Cerote y Burro,
Gatos de un zapatero.
¿Mas para que discurro

Con verso torpe y proceder grosero,
Quando lo ménos de lo mas refiero,
Si me aguardan las damas que aquel dia
Mostráron cuidadosa bizarría?
Vino Miturria bella,
Motrilla y Palomilla,
La flor de la canela y de la villa,
Y cada qual en la opinion doncella,
Cosa dificultosa:
Por eso es bien que la muger hermosa
Quando honesta se llama
Tenga por obras el perder la fama:
Y entre todas fué rara la hermosura
De la bella y discreta Gatifura,
Y vestida de nácar Zarandilla
La gata mas golosa de Castilla.

Ocupadas las sillas y el estrado,
Salió Trevejos gato remendado,
Y sacando á la bella Gatiparda
Comenzáron los dos una gallarda
Como en París pudiera Melisendra;
Y luego con dos cáscaras de almendra
Atadas en los dedos, resonando
El eco dulce y blando,
Bayláron la chacona
Trapillos y maymona
Cogiendo el delantal con las dos manos,
Si bien murmuracion de gatos canos.
Mas ya, Musas, es justo

Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto
Canoro si, mas claro,
Que parezca de un nuevo Sanazaro:
Denme vuestros cristales en los labios,
Que de ignorantes me los vuelvan sabios,
Que Zapaquilda de la mano sale
De Doña Golosilla su madrina.
Saya entera de tela columbina,
De perlas arracadas
En listones de nácar enlazadas,
La cabeza de rosas primavera
Mas estrellada que se ve la esfera,
El blanco pelo rubio á pura gualda
Y un alma en cada niña de esmeralda,
De cuyos garabatos
Colgar pudieran las de muchos gatos.
Chapines de tabí con sus virillas,
Entre una y otra descubriendo espacios
De la roxa color de los topacios,
De nuestra edad y siglo maravillas,
Que lo que ser solia
Un medio celemin con atauxía
Un pirámide es hoy de tela de oro,
Y cuestan sus adornos un tesoro,
Que ponen miedo de casarse á un hombre,
Subiendo el dote á un número sin nombre
Si piensa sustentar trage tan rico.
Sentóse al fin mirlándose de hocico,
Y prosiguió la fiesta de la danza

Contra la posesion de la esperanza.
¡Mas quien dixera que saliera incierta!
Marramaquiz entrando por la puerta
Vencido de un frenético erotismo,
Enfermedad de amor, ó el amor mismo,
Suspenso y como atónito el senado
De ver de acero y de furor armado
Un gato en una boda
Donde es propia la gala y no el acero,
Alborotóse todo:
Y Zapaquilda viéndole tan fiero
Humedeció el estrado, y con mesura
Comunicó su miedo á Gatifura,
Si bien consideraba,
Que entónces Mizifuf ausente estaba,
Porque solo esperaban que viniese,
Y que la mano práctica le diese,
De que ya la teórica sabia,
Que confirmase tan alegre dia.
En esta suspension todos turbados
Marramaquiz abrió los encendidos
Ojos, vertiendo de furor centellas,
Los dexó temerosos y admirados,
Imprimiendo esta voz en sus oidos
Al aliento feroz de sus querellas:
» Villanos descorteses,
Mas falsos y traydores
Que Moros y Holandeses,
Porque siendo fautores

No sois en las maldades inferiores:
Esquadron de gallinas,
Junta de gatos viles,
Que no de bien nacidos,
Baxos habitadores de cocinas
Entre asadores, ollas y candiles,
Donde como á cobardes y abatidos
La mas humilde esclava os apalea:
No trocando jamas la chimenea
Por la guerra marcial y sus rebatos,
Lamiendo lo que sobra de los platos,
Y durmiendo el invierno quando eriza
Los cabellos el hielo
Revueltos en la cálida ceniza,
Hasta que ardiente el sol corona el cielo:
Yo soy Marramaquiz, yo soy, villanos,
El asombro del orbe,
Que come vidas y amenazas sorbe;
Aquel de cuyos garfios inhumanos
Leon en el valor, tigre en las manos
Hoy tiemblan justamente
Las repúblicas todas,
Que desde el Norte al Sur por varios mares
Miran de Febo la dorada frente.
Y el que ha de hacer que tan infames bodas
Y con tantos azares
Sean las de Hipodamia,
Esta en vosotros resultando infamia».
O Musas! este gato habia leido

A Ovidio, y por ventura
De la fábula de Hércules queria
El exemplo tomar, pues atrevido
Hércules se figura,
Y los gatos Centauros que aquel dia
Muriéron á sus manos,
Porque no fuéron pensamientos vanos
Los de sus zelos locos,
Pues de sus manos se escapáron pocos,
Llamándolos traydores Mauregatos:
Y levantando una cuchar de hierro
A eterno condenándolos destierro,
Fué Tamborlan de gatos,
Haciendo mas estrago su arrogancia,
Que en Cartago y Numancia
El Romano famoso.
A un gato que llamaban el Raposo,
Mas que por el color, por el oficio,
La cara que no tuvo reparada
Quitó de una valiente cuchillada,
Imposible quedando al beneficio:
Y de un reves que sacudió á Garrullo
Dió el último maullo,
Cortó una pierna al mísero Trevejos,
Gran cazador de gansos y conejos.
Desbarató el estrado
Que pensáron guardar gatos bisoños
Con cuchares de palo por espadas,
Que de galas quedó todo sembrado,

Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
Rosetas, gargantillas y arracadas,
Chapines, orejeras y zarcillos:
Y porque defendió llegar Malvillos
A robar á la novia, dió dos cabes,
Como Hércules á Licas,
Y quebrando con él á dos boticas
Desde una claravoba
Quanto componen purgas y xarabes.
Ni á vista de sus naves
Fué mas furioso Aquíles quando en Troya
Le dixéron la muerte de Patroclo;
Ni con mazo ni escoplo
Tantas astillas quita el carpintero,
Como vidas quitó zeloso y fiero;
Ni mas sangriento Nero
La mísera plebeya
Gente miró quemar desde Tarpeya.

En fin llegando donde ya tenia
Zapaquilda la vida por segura
Le dixo: « tente, ¿donde vas perjura »?
Ella temblando respondió turbada:
» Huyendo el filo de tu injusta espada
Que se quiere vengar de mi inocencia
Con tan fiera insolencia,
Quitándome mi esposo:
Pero yo me sabré quitar la vida,
Polifemo de gatos ».
» Ojos hermosos siempre, y siempre ingratos,

(Le respondió furioso)
¿De esa manera hablais en mi presencia?
¡O gata la mas loca y atrevida!
Yo soy solo tu esposo, fementida.
Y al villano que piensa así sacarte
Con este casamiento, será parte
De estas enamoradas uñas mias,
Que vencen las Harpías;
Verás, si no me huye,
Y el bien que me quitó me restituye,
Como le mato, y desollando el cuero
Le vendo para gato de dinero ».
» Si tú (le respondió) mi dulce esposo,
Me matares tirano,
Yo con mi propia mano
Me quitaré la *vida* ».
Furioso entónces sobre estar zeloso
De donde estaba ¡ay mísera! escondida,
Trasladóla á sus brazos inhumano,
Qual suele yedra á los del olmo asida
Trepar lasciva á la pomposa copa
Vistiendo el tronco de su verde ropa
De tiernos lazos y corimbos llena.
Así Paris robó la bella Helena,
Las naves aguardando en la marina;
Y así fiero Pluton á Proserpina.
Ella entónces llamaba
A Mizifuf á voces,
Que no la oia porque ausente estaba.

Al fin tirando coces
Se le cayó un zapato,
Mas ni por eso se dolió el ingrato,
Viendo correr las lágrimas por ella;
Y él corriendo con ella
Que ni deudo ni amigo la socorre,
La puso de su casa en una torre,
Como tuvo Galvan á Moriana:
Tal es del mundo la esperanza vana,
Porque quien mas en los principios fia,
No sabe á donde ha de acabar el dia.

SILVA VI.

Quando el soberbio bárbaro gallardo
Llamado Rodamonte,
Porque rodó de un monte,
Supo que le llevaba Mandricardo
La bella Doralice,
Como Ariosto dice,
A diez y seis de Agosto,
Que fué muy puntual el Ariosto,
Cuenta que dixo cosas tan extrañas
Que movieran de un bronce las entrañas,
Prometiendo arrogante
No ver toros jamas, ni jugar cañas,
Aunque se lo mandasen Agramante,
Rugero y Sacripante,
Ni comer á manteles,

Ni correr sin pretal de cascabeles,
Ni pagar, ni escuchar á quien debiese,
Porque mas el enojo encareciese,
Ni dar á censo, ni tomar mohatra,
Ni pintar con el áspid á Cleopatra.
Y lo mismo decia quando el rapto
De Helena fementida
El Griego Rey Atrida
Contra el pastor para traycïones apto,
Que dió en el monte Ida
En favor de Acidalia la sentencia;
Que hay muchas en la Vera de Plasencia,
Que vienen mas tempranas,
Si las hacen los ojos
De juveniles bárbaros antojos,
Que aun no repara en canas
Esto que todos llaman apetito,
Y mas donde no tienen por delito,
Que la santa verdad corrompa el premio.

Mas todo este proemio
Quiere decir en suma,
Aunque era campo de extender la pluma,
Lo que el valiente Mizifuf, oyendo
El suceso estupendo
Del robo de su esposa,
Helena de las gatas,
Dixo con voz furiosa,
Quando galan venia á desposarse,
Tan imposible ya de remediarse:

De las tremantes ratas
Fugitivo esquadron con pies ligeros
Temeroso ocupó los agujeros,
Y arrojando la gorra,
Que fué de un Ministril de Calahorra,
Hizo temblar la tierra,
A fuego y sangre prometiendo guerra.
Ferrato, ya perdida la esperanza,
Mesándose las barbas y cabellos
Blancos, que nunca blancos fuéron bellos,
Culpaba su tardanza,
Porque las dilaciones
Pierden las ocasiones,
Porque en la calva tienen un copete,
Que solo se le coge el que acomete,
Porque aguardar á que la espalda vuelva
Es seguir un venado por la selva,
Que alcanzarle no fuera maravilla
Quien le fuera siguiendo por la villa.
Mizifuf la tardanza disculpaba
Con que léjos vivia
El zapatero que esperando estaba:
¡O quantos males causa un zapatero!
Y que despues calzarle no podia,
Aunque los dientes remitiese al cuero,
Las botas justas que con calza larga
Era la gala entónces, que por fresco
Dicen autores que mató el gregüesco,
Por quitar la opresion de tanta carga.

¡O quien para olvidar melancolías,
De las que no se acaban con los dias,
Un gato entónces viera
Con bota y calza entera!
¿Pero donde me llevan niñerías
Que en Italia se llaman bagatelas,
Ingiriendo novelas
En tan funestos casos,
Mas dignos de Marinos y de Tasos,
Que de Helicona son solos y soles,
Que de mis versos rudos españoles?

Lloraba Mizifuf, lloraba fuego,
Que fuego lloran siempre los amantes,
Arrojando los guantes,
A quien los cultos llaman Chirotecas,
(¡O bien hayan *Illescas y Ballescas!*)
Sin admitir un punto de sosiego,
Como en Paris el Moro, en Troya el Griego.
No suele de otra suerte pasearse
Quien tiene algun extraño desconcierto,
Sin que pueda apartarse
Del negocio que trata,
Pálido el rostro, de sudor cubierto,
Como ya por su honor, ya por su gata
Inquieto Mizifuf se condolia
Por dilatar de su venganza el dia.
En tanto pues que amigos y parientes
Consultaban el modo,
Como acabar del todo

Agravios tan infames é insolentes;
Marramaquiz estaba
Solicitando el pecho
De Zapaquilda de diamantes hecho,
Que en la dura prision perlas lloraba
A guisa de la Aurora
Que parece mas bella quando llora;
Que la muger hermosa
Quando baña la rosa
De las mexillas con el tierno llanto,
Aumenta la hermosura,
Si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz en tanto
Produciendo concetos
De su locura efetos,
Ya en prosa ya en poesía,
Desvelado la noche, y triste el dia,
Se alambicaba el mísero celebro.
No dexaba requiebro
Que no imitase tierno á los orates,
Que el mundo amantes llama,
Y de la tierna dama
Amores y cariños,
Hasta los disparates
Que les dicen las amas á los niños
Quando les dan el pecho las mañanas
Con intrínseco amor, diciendo ufanas:
Mi Rey, mi amor, mi Duque, mi regalo,
Mi Gonzalo; mas esto solamente
Si se llama Gonzalo,
Porque fuera requiebro impertinente

Si se llamara Pedro, Juan ó Hernando,
Que convienen las flores con los frutos,
Y á las cosas tambien sus atributos.

Estaba el sol apénas matizando
Las plumas de las alas de los vientos,
Dando a los dos primeros elementos
Esmeraldas al uno, al otro plata,
Quando salia por su amada gata
Al soto de Luzon el triste amante,
Sin respetar el arcabuz tronante
A buscar el gazapo entre las venas
De la tierra, que apénas
Salir al campo osaba,
Y de una manotada le pescaba.
No habia pez, ni pieza
De vaca en la cocina
Que en volviendo Marina
A buscar otra cosa la cabeza,
No caminase ya por los tejados
Para el dueño cruel de sus cuidados,
Tan ligero, veloz, tan atrevido,
Que no paraba sin hacer ruido
Hasta sacar la carne de la olla,
Del asador la polla,
Aunque sacase por estar ardiendo,
O pelada la mano ó con ampolla,
Fufú, fufú diciendo.
¡O amor! y quantas veces
De la misma sarten sacó los peces

Sin cucharas de hierro, ni de plata;
Y la cruel á mas amor, mas gata!
» ¿Es posible (decia
Con lastimosas quejas)
O mas dura que mármol á mis quejas,
(Porque el gato las Eglogas sabia)
Y al amoroso fuego que me enciende
Mas helada que nieve, Galatea,
Que de mi fuego el hielo te defiende
De ese pecho cruel, que me desea
La muerte, que ántes sea
La de tu Adónis Mizifuf cobarde,
Que gozarás, cruel, ó nunca ó tarde,
Que no te duelen tantas penas mias,
Ni el verte tantos dias
Cautiva en esta torre,
Que ni te viene á ver ni te socorre,
Que para aborrecerle te bastaba?
Micilda me buscaba,
Micilda me queria,
Por tí la aborrecia
Siendo gata de bien, siendo estimada
Por honesta doncella, y retirada
De amigas, de papeles y paseos,
Que clandestinos trazan himeneos.
¿Que no dexé por tí, que te has casado
Con un gato afrentado, que si fuera
Afrenta entre los hombres el ser gato,
Que la costumbre toda ley altera,
Solo este fuera gato por ingrato? «

» No te canses (la gata respondia
Con ojos zurdos de Neron Romano)
Marramaquiz tirano,
Que siendo como es justa mi porfía,
Ni he de temer tus daños,
Ni me podrás vencer con tus engaños «.
¿Que obstinacion, que furia
Te obliga, Zapaquilda, á tanta injuria?
Mira que la nobleza
De tu zeloso amante,
Siendo tan arrogante
A su misma cruel naturaleza
Se rebela teniéndote respeto,
Añadiendo al ser noble el ser *discreto*.
Este apóstrofe ha sido
Justamente advertido
A la gata cruel desamorada,
Por lo que á los retóricos agrada
Que adornan la oracion con voces puras,
Y sacan un retablo de figuras,
Que quanto á mí, jamas me atravesara
Con gente de uñas y de mala cara.

Ya Mizifuf en casa de Ferrato
Juntaba deudos, procuraba amigos,
De su dolor testigos,
Acusando el cruel bárbaro trato
Del comun enemigo, que este nombre
Como al Turco le daba:
Y porque mas de su maldad se asombre

El robo de su esposa exâgeraba,
Que cada qual en su dolor y pena
Hasta una gata puede hacer Helena.
Estando pues sentados en secreto
En el zaquizamí de su posada,
Dixo á la noble junta lastimada
Con triste voz de su desdicha efeto:
» Aquel justo conceto
Que de vuestro valor tengo formado,
Me excusa de retóricos ambages,
Amigos y parientes,
Si estuvísteis presentes
A la dura ocasion de mi cuidado,
De que tan tarde me avisáron pages,
Que siempre llegan tarde los avisos
A los que son para su bien remisos.
¿Con que podré moveros?
¿Con que podré obligaros?
¿O que podré deciros
Que pueda enterneceros,
Que pueda provocaros,
Si no son los suspiros
Medias voces del alma,
Quando con el dolor la lengua calma?
Este, que aquí no explico,
Está diciendo el pálido semblante
Lo que con muda lengua significo,
Pues quando mas la encumbre y adelante
Mas corto he de quedar: que los enojos
Remiten la retórica á los ojos,

Que la muda tristeza muchas veces
El Demóstenes fué de la eloqüencia,
Y mas donde son sabios los jueces,
Que excusan de captar benevolencia,
Pues no pudiera Grecia en su Liceo
Ver mas doctrina que en vosotros veo.
Todos Platones sois, todos Catones;
Mas podrá la razon que las razones.
Yo vine provocado de la fama
A ver de Zapaquilda la hermosura
Por alta mar del hado conducido,
Donde mis ojos encendió mi llama
Fuego de Fénix que á los siglos dura
Opuestos á la muerte y al olvido.
Si fuí favorecido,
Si agradeció mi amor y pensamiento,
Bien lo dice el tratado casamiento,
Pues que nos veis con la ocasion perdida,
Ella sin libertad, y yo sin vida:
Cortes la quise sin violencia alguna,
Que nunca fué violenta la fortuna.
Quando pagó mi amor yo no sabia,
Como quien era gato forastero,
Que este tirano á Zapaquilda amaba.
Con esto la primera luz del dia,
Y con ella su cándido lucero
En mis ojos brillaba
Primero que en las flores,
A su ventana repitiendo amores.

Allí tambien en su primera estrella
La noche me buscaba divertido
Adorando las tejas,
De sus balcones rejas,
Y dulce elevacion de mi sentido,
Hasta que hablar con ella
Envidioso traydor y fementido
Me vió en su celosía,
Donde probó mi amor su valentía.
Resultó la prision, y es tan villano,
Que ha engañado á Micilda,
Y dándola su fé, palabra y mano
De que será su esposo,
Siendo cumplirla el acto mas honroso.
Quando me vió casar con Zapaquilda,
En afrenta de todos sus parientes
Y amigos que presentes
Estuviéron atónitos al caso,
Echando los mas graves por la tierra
Como estaban de boda y no de guerra,
Padeciendo mi sol tan triste ocaso,
Se la llevó con atrevido paso;
Zeloso el corazon, la vista airada,
Hiriendo á quien delante se le puso,
Tanto que con Garraf de una guantada
Los botes y redomas descompuso
De un boticario que vivia enfrente;
Y como de repente
En un perol cayese desde un banco,
Todo lo revistió de unguento blanco;

Vertió una melecina,
Y paró medio muerto en la cocina,
En ocasion tan dura,
En ocasion tan triste,
Que es mármol quien las lágrimas resiste.
Mas quiero epitomar mi desventura:
Mi esposa me han robado,
Sin honra estoy: : » Aquí si no *fué mengua*
Fué el silencio la voz, los ojos lengua,
Porque la grave pena
Cortando la razon dexóle mudo.

Enternecióse el ínclito senado
Haciendo propia la desdicha agena,
Luego que vió que proseguir no pudo.
Y respondió Panzudo,
Un gato venerable de persona,
Aunque pelado de cabeza estaba,
Cosa que á muchos buenos acontece:
Si bien esto no fué lo que parece,
Quando á un amante viene la pelona;
Mas golpe que le dió cierta fregona
Que de un menudo que lavar pensaba
Quando ménos atenta la miraba
Asido del principio de una tripa,
Que á la vista las manos anticipa,
Le fué desenvolviendo hasta el tejado
Como cordel de un cabo y otro atado,
Del ovillo de sebo el laberinto,
Y cada qual de todos participa

De este *dolor como si propio fuera*,
Dixo con el semblante mesurado
En prudentes palabras desatado:
» Con justa causa Mizifuf espera
Verse favorecido,
Y vengado tambien del atrevido
Que le robó su esposa
Fatal desdicha de muger hermosa ».
Y respondió Tomillo
Propia razon de gato mozalvillo:
» Por mí ya lo estuviera,
Porque con estas uñas se la diera ».
Pero Zurron que le miraba enfrente,
Le dixo: » Con un gato el mas valiente
Que han visto los tejados de esta villa
Mejor es á la usanza de Castilla
Escribirle un papel de desafío ».
» No es ese el voto mio,
(Garrullo replicó) *ni que se intente*
Venganza de victoria contingente,
Que siempre ha estado en varias opiniones
Si ha de haber desafío en las traiciones.
Soy de voto que tome el agraviado
Un arcabuz, y aguarde
Al *gato mas valiente*, ó mas cobarde,
Castigo del que vive descuidado
Sin miedo del que agravia,
Y propio efecto de la noche oscura ».
» Si se pudiera executar segura,

Fuera venganza sabia,
(Dixo Chapuz valiente
Gato de buenas partes)
Mas son tantas las artes
De ese Marramaquiz, gato insolente,
Que no dará ocasion que se execute
Por mucho que la noche el rostro enlute;
Y de mi parecer mejor seria
Querellarse del robo y castigalle
Por términos jurídicos, y dalle
Muerte que corresponda á la osadía ».
» Dirán que es cobardía
(Trevejos replicó) ni esa querella
Está bien al honor de una doncella,
Que es poner su defensa en opiniones,
Que se averigua mal con las razones
Aquello que la causa *pone en duda*:
Y no hay para mugeres lengua muda,
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas
No podiendo excusar el nacer de ellas.
Pleytos aun no son buenos para gatos,
Porque es gastar la vida y la paciencia:
No hay que tratar de tratos ni contratos,
Ni andar en pruebas ni esperar sentencia;
Si aquesta injuria ha de quedar vengada
Remítase á la pólvora ó la espada ».
» Bien dice (respondió Raposo, haciendo
Debido acatamiento al gran Senado)
Trevejos, y no es justo,
Aunque se apruebe lo que estais diciendo,

Y quede á vuestro gusto sentenciado,
Que deis al pueblo gusto
Al teatro sacando neciamente
Un gato con capuz y caperuza:
Y no menor locura que se intente,
No siendo Mizifuf el Moro Muza,
Tratar de desafíos
Con quien sabeis que tiene tantos brios.
Perdóneme Zurron, Chapuz perdone,
Y aunque la edad le abone
Me perdone Panzudo
Si de su parecer mi intento mudo:
Que el mio es juntar gente
Para tan grave empresa conveniente,
Y formando esquadrones
De caballos, y armada infantería
De toda la parienta gatería
Hacer guerra al traydor, cercar la tierra
Y asestándole tiros y cañones
Batirle la muralla noche y dia;
Hasta saber que gente le socorre:
Porque si el campo Mizifuf le corre
Y el sustento le quita,
El que dexe la plaza necesita;
O en forma de batalla
Asalta la muralla,
El se dará á partido,
O le castigaréis siendo vencido.
Sacad banderas, pues, tóquense caxas
Haciendo las baquetas

Los

Los pergaminos rajas,
Terciad las picas, disparad cometas,
Que así cobró su esposa en Troya el Griego
Publicando la guerra á sangre y fuego ».
Calló Raposo y luego del Senado
El voto conferido,
En la guerra quedó determinado
Por ser de todos el mejor partido,
Mas justo y mas honroso.
Y dando Mizifuf, como era justo,
Los brazos y las gracias á Raposo,
Brotando humor adusto
A hacer la leva de la gente parte.
Perdona, amor, que aquí comienza Marte,
Y sale Tesifonte
A salpicar de fuego el horizonte,
Suspende entre las armas los concetos,
Pues das la causa, escucha los efetos.

SILVA VII.

Al arma toca el campo Mizigriego,
Contra Marramaquiz gato troyano,
Violento sube, aunque oprimido en vano,
A la region elementar el fuego:
Inquietan de los ayres el sosiego,
Con firme agarro de la uñosa mano,
Banderas que con una y otra lista,
Trémulas se defienden á la vista,
No permitiendo, pues no dexan verse,
Que las colores puedan conocerse;

Respondiéndose á coros
Las caxas y los pífanos sonoros,
Y al paso que se alternan,
Siguiendo el son marcial los que gobiernan.
Y luego los soldados
De acero, y de ante, y de valor armados,
Agujas del cabello por espadas,
Y solo descubriendo las celadas,
Por delante mostachos,
Y por detras plumíferos penachos,
Marchando con tal órden que la planta
Donde el que va delante la levanta
Estampa el que le sigue,
Sin que el baston del Capitan le obligue.
Y al son de las trompetas resonantes
Las picas á los hombros los Infantes,
En quien la variedad y los colores
Formaban un jardin de varias flores;
A la manera que el Abril le pinta
En cultivada quinta.
Las picas de los bravos marquesotes
De varas de medir y de virotes,
Y ya de los plebeyos
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,
Sin esquadras gallardas
Que llevaban en forma de alabardas
Aquellos cucharones
Con que suelen sacar alcaparrones,
Y con las palas como medias lunas

Las sabrosas de Córdoba aceytunas :
Córdoba donde nacen Andaluces
Góngoras y Lucanos;
Y encendidas las cuerdas en las manos,
No de Milan dorados arcabuces
Llevaba la lúcida infantería,
Mas de huesos de piernas de carnero,
Que gatos de uno y otro pastelero
Truxéron á porfía,
Que no fuéron de gato de ventero
Sospechosos en tales ocasiones,
Y de huesos de vaca los cañones
Para batir la torre.

Con esto Mizifuf el campo corre,
Y pone cerco al muro
Armado de un arnes cóncavo y duro
De un galápago fuerte,
Que sin salir de sí le halló la muerte.
La cabeza adornada
De un sombrero de falda levantada,
De un trencellin ceñido,
El pasador y hebilla guarnecido
Con pluma verde oscura,
Señales de esperanza con tristeza,
Aunque la justa causa la asegura.
Con tanta gentileza
Al caballo arrimaba
La estrella de la espuela,
Y con la negra rienda le animaba

A la obediencia del dorado freno
De espuma y sangre lleno,
Que sin tocar los céspedes volaba.
No es nuevo el ver que vuela,
Pues que pintan con alas al Pegaso
Volando por las cumbres del Parnaso,
Y vemos en Orlando el Hipogrifo
Monstruo compuesto de caballo y grifo.

Mas si dudare alguno de que hubiese
Caballos tan pequeños,
Pareciéndole sueños,
Y á la naturaleza le quisiese
Quitar de milagrosa el atributo,
Aunque sea sin fruto,
La tácita objecion quedará llana
Con irse de aquí á Tracia una mañana,
Que esté desocupado
De los negocios de mayor cuidado.
Y verá los Pigmeos
Que en la Region de Trogloditas feos
Tambien los pone Plinio,
Que hizo de estos montes escrutinio,
Y en las lagunas del egipcio Nilo
Otros autores por el mismo estilo,
Que escriben que trayendo de Etiopia,
Donde hay bastante copia,
Dos Pigmeos á Roma (gente grave)
Se muriéron de cólera en la nave.
Homero les da patria al mediodia,
Con su intérprete Eustacio;

Mela de Arabia en el ardiente espacio
Que el Sol Fénix mayores monstruos cria,
Puesto que aunque confiesa tales nombres,
Aristóteles niega quo son hombres.
Ni en su Ciudad de Dios pasó en olvido
El divino Africano los Pigmeos,
Y Juvenal *Umbripides* los llama,
Sin otros que han negado y defendido
Esta opinion que divulgó la fama.
Pero pues pintan monstruos Semideos,
Que por los *montes* van de *rama en rama*,
Las Poéticas Trullas,
Diciendo que batallan con las grullas,
No será mucho que haya semihombres.
Estos con cierta patria y ciertos nombres
En la misma region caballos tienen
De donde nuestros gatos se previenen:
Que á hacer de solo un codo
Hombres naturaleza,
Como pintor que muestra la destreza
A un naype todo un cuerpo reducido,
Y los caballos no del propio modo,
Mayor monstruosidad hubiera sido
De su instrumento ilustre y poderoso,
Que mal pudiera andar hombre muñeca
En el lomo espacioso
De un gigante babieca;
Así que la objecion no es de provecho
Pues queda el argumento satisfecho.
Demas que el lector puede si quisiere

Creer lo que mejor le pareciere;
Porque si se perdiese la mentira
Se hallaria en poéticos papeles,
Como se vé en Homero describiendo
A la casta Penélope, que admira,
Por los amantes necios y crueles
Texiendo y destexiendo,
Sin dexarla dormir de puro casta:
Y lo contrario para exemplo basta,
Haciendo deshonesta
Virgilio á Dido Elisa por *Enéas*,
Como le riñe Ausonio;
Aunque logró tan falso testimonio,
Ménos las aguas que paso Leteas,
Donde escribió Merlin con quales iras
Castigan al poeta sus mentiras.
Mas vuelva, ó Musa tú, para que pueda
Ayudarme el favor de tu Gimnasio,
Que para lo que queda,
Aunque parece poco,
Al Señor Anastasio
Pantaleon de la Parrilla invoco,
Porque de su tabaco
Me dé siquiera quanto cubra un taco.
Marramaquiz aunque lo supo tarde
Habia hecho alarde
De sus gatos amigos,
Y halló que para tantos enemigos
Era su gente poca;
Mas como la defensa le provoca,

Las armas al asalto prevenia,
Supuesto que tenia
Poco sustento para cerco largo.
Y cuidadoso de su nuevo cargo,
Mas triste y desabrido
Que poeta *afligido*,
Que ha parecido mal comedia suya,
O bien la de su cómico enemigo,
Andaba por la torre,
Y viendo que su esposo la *socorre*,
Zapaquilda mas llena de aleluya,
Mas alegre, contenta y mas quieta
Que aquel mismo poeta,
Si ha parecido mal siendo él testigo
La del mayor amigo.
Prevenido en efeto
De toda defension y parapeto
Sacó sus gatos animoso al muro,
Por todas las almenas y troneras
Vestido de banderas,
Que en alto de diversos tornasoles
Eran entre las nubes arreboles;
Y coronado de diversos tiros,
Soldados de valor y archîmargiros
Opuestos á la furia del contrario.
Como se mira altivo campanario
De aldea donde hay viñas,
Para baxar despues á las campiñas,
Cubierto por el tiempo de las uvas

Del esquadron de tordos,
Que en aquella sazon están mas gordos
Quando los labradores
Limpian lagares y aperciben cubas:
Así la negra cúpula tenia
De soldados de tiros y atambores
No ménos valerosa gatería.
Quien viera el pie que el esquadron ceñia
De Mizifuf, y el chapitel armado
De uno y otro gatífero soldado,
Dixera, que tal vista no fué vista
De Dario ni de Xérxes,
Ni tanto perdigon haciendo asperges
En ninguna conquista,
Ni la vió Scipion, ni el Rey Ordoño,
Como en Cartago aquel, este en Logroño;
Y aunque entre la de Ostende,
Pero sin *nobis domine* se entiende.
Ver tanto gato negro, blanco y pardo
En concurso gallardo
De dos colores y de mil remiendos
Dando juntos maullos estupendos,
¿A quien no diera gusto,
Por triste que estuviera,
Aunque perdido injustamente hubiera
Un pleyto que es disgusto
Despues de muchos pasos y dineros
Para leones fieros?
Prevenidos en fin para el asalto,
Mueven á sobresalto

Los ánimos valientes
Las retumbantes caxas,
Previenen uñas y acicalan dientes,
Calando juntas las celadas baxas,
Que en las frentes bisoñas
Mas eran de sarten que de Borgoñas.
Pero en silencio los clarines roncos,
Que sonaban á modo de zampoñas,
Puesto á la márgen de unos verdes troncos,
Que no importa saber de lo que fuéron,
De pies en uno Mizifuf bizarro,
Quando del sol el carro,
Que Etontes y Flégon amaneciéron,
Atras iba dexando el medio dia,
Dixo á su belicosa infantería,
Que atenta le escuchaba,
Que aunque era gato Ciceron hablaba:
» Generosos amigos
De mis afrentas y dolor testigos,
La honra que los ánimos produce
A tan ilustre empresa me conduce,
Esta sola me anima:
Quien no sabe que es honra no la estima.
Miente el que dixo y miente el que lo estampa,
Que *un bel fugir tutta la vita scampa;*
Pues mejor viene ahora
Que *un bel morir tutta la vita honora.*
Es la virtud del hombre
La que le inclina á los ilustres hechos,
Digna es la fama de valientes pechos,

Hoy habeis de ganar glorioso nombre,
Ninguna fuerza, ni amenaza asombre
El que teneis de gatos bien nacidos,
Que estos viles alardes,
(Porque en siendo traydores son cobardes)
Ya están medio vencidos
Con solo haber llegado á sus oidos
Que yo soy quien os guia.
A Aníbal preguntó Scipion un dia,
Que qual era del mundo el mas valiente;
Y el respondió feroz con torva frente:
Alexandro el primero,
El segundo fué Pirro, y yo el tercero:
Si entónces yo viviera
Quarto lugar me diera.
Al arma, acometed, yo voy delante,
Y el no tener escalas no os espante,
Que no son necesarias las escalas,
Si en vuestra ligereza teneis alas ».

Dixo: y vibrando un fresno en la ñudosa
Mano, al muro arremete,
Y con él Matasiete,
Maus, Zurron, Maufrido, Garrafosa,
Hoziquimocho, Zambo y Colituerto,
Gatazo que de roxa piel cubierto,
Crió la mondonguífera Garrida,
Aunque toda su vida
Mas enseñado á manos y quaxares
Que á nobles exercicios militares.

Mas son tan eficaces las razones
Formadas de los ínclitos varones,
Como Alciato escribe, quando asidos
Llevaba de una cuerda de los labios
El Amfitrioníades Alcídes,
Quantos hombres prestaban los oidos
A la eloqüencia de los hombres sabios.

Pero ya los agravios
De Mizifuf la guerra comenzaban,
Ya los gatos trepaban
La torre por escalas de sus uñas,
Mas fuertes garabatos,
Que los de tundidores y garduñas.
Ya por la piedra entre la cal metidas,
Sin estimar las vidas,
Subian gatos y baxaban gatos,
Los unos como bueyes agarrados,
Que clavan en las cuestas las pezuñas,
Los otros como baxan despeñados
Fragmentos de edificio que derriban,
Que de su mismo asiento se derrumba.
A qual sirven de tumba,
Despues que del vital aliento privan,
Las losas que le arrojan;
A qual de vida y alma le despojan
En medio del camino.
No despide en oscuro remolino
Mas balas tempestad de puro hielo,
Que baxan plomos de la torre al suelo.

Allí murió Galvan, allí Trevéjos,
Que le acertó la muerte desde léjos,
Dándole con un cántaro en los cascos,
Y otros con ollas, búcaros y frascos.
Así suelen correr por varias partes
En casa que se quema los vecinos
Confusos sin saber á donde acudan:
No valen los remedios ni las artes:
Arden las tablas, y los fuertes pinos
De la tea interior el humor sudan:
Los bienes muebles mudan
En medio de las llamas:
Estos llevan las arcas y las camas,
Y aquellos con el agua los encuentran,
Estos salen del fuego, aquellos entran:
Crece la confusion y mas si el viento
Favorece al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
Desde su Olimpo y estrellado asiento
La batalla cruel de sangre llena,
Temiendo que quedase
En competencia tan feroz y airada
La máquina terrestre desgatada,
Justo remedio á tanto mal ordena:
» Dioses, no es justo (dixo) que la espada
Sangrienta de la guerra
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
Aunque es la misma de la Griega hermosa,
Y que muertos los gatos, esta tierra
Se coma de ratones.

Porque

Porque se volverán tan arrogantes,
Que ya considerándose gigantes,
No teniendo enemigos de quien huyan,
Y el número infinito disminuyan,
Serán nuevos Titanes,
Y querrán habitar nuestros desvanes».
Con esto luego envia
De oscuras nieblas una selva espesa,
Y la batalla cesa
Revuelto en sombras de la noche el dia.
Y desde aquel con inmortal porfía
Los unos y los otros prosiguiéron,
Aquellos en la ofensa
Y estos en la defensa:
Pero durando el cerco no tuviéron
Remedio, ni sustento los cercados,
Tanto que á Zapaquilda desfigura
La hambre la hermosura.
Vueltas las rosas nieve,
Por onzas come, por adarmes bebe:
Marramaquiz, que ya morir la via,
Con amante osadía,
Pero sin que le viesen los soldados,
Salió por un resquicio á los tejados
De una tronera que en la torre habia,
Para coger algunos paxarillos.
Iba con él Malvillos,
Que á este solo fió su atrevimiento,
Y por partir la caza y el sustento:

Y estando ¡ó dura suerte!
Acechando á la punta de un alero
Un tordo que cantaba,
La inexôrable muerte
Flechando el arco fiero
Traydora le acechaba.
¿Que prevenciones, que armas, que soldados
Resistirán la fuerza de los hados?
Un príncipe que andaba
Tirando á los vencejos,
¡Nunca hubieran nacido,
Ni el ayre tales aves sostenido!
Le dió un arcabuzazo desde léjos:
Cayó para las guerras y consejos,
Cayó subitamente
El gato mas discreto y mas valiente,
Quedando aquel feroz aspecto y bulto
Entre las duras tejas insepulto,
Pero muerto tambien como era justo
A las manos de un César siempre augusto.

Llevó Malvillos pálido la nueva,
Que de su fe y amor lloraba en prueba
Se mesaban las barbas á porfía,
Como tudescos muerto, el que los guia;
Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,
Rindiéron las almenas y los pechos
Al héroe sin victoria victorioso:
Y Mizifuf con todos amoroso,

Porque le prometiéron vasallage,
Hizo luego traer de su bagage
Con mano liberal peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso
Mudó el pálido luto en rico trage,
Dióle sus brazos y á su padre amado,
Y el viejo á ella en lágrimas bañado,
Y para celebrar el casamiento
Llamáron un autor de los famosos,
Que estando todos en debido asiento,
En versos numerosos
Con esta accion dispuso el argumento,
Dexando alegre en el postrero acento
Los ministriles, y de quatro en quatro,
Adornado de luces el teatro.

SONETOS BURLESCOS.

I.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
Guarnecidas de frágiles elechos
A su márgen carámbanos deshechos,
Que cercan olmos y silvestres parras.

Nadan en su cristal Ninfas bizarras
Compitiendo con él cándidos pechos,
Dulces naves de amor, en mas estrechos
Que las que salen de españolas barras.

Tiene este monte por vasallo á un prado,
Que para tantas flores le importuna
Sangre á las venas de su pecho helado.

Y en este monte y líquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado,
Jamas me sucedió cosa ninguna.

II.

Si entré, si ví, si hablé, señora mia,
Ni tuve pensamiento de mudarme,
Máteme un necio á puro visitarme,
Y escuche malos versos todo un dia:

Quando de hacerlos tenga fantasía
Dispuesto el genio para no faltarme,
Cerca de donde suelo retirarme
Un ministril se enseñe á chirimía.

Cerquen los ojos que os están mirando
Legiones de poéticos mochuelos,
De aquellos que murmuran imitando.

¡O si os mudasen de rigor los cielos!
Porque no puede ser, (ó fué burlando)
Que quien no tiene amor, pidiese zelos.

III.

Como si fuera cándida escultura
En lustroso marfil del Bonarrota
A Páris pide Vénus en pelota
La debida manzana á su hermosura:

En perspectiva Palas su figura
Muestra, por mas honesta, mas remota,
Juno sus altos méritos acota
En parte de la selva mas oscura.

Pero el pastor á Vénus la manzana
De oro le rinde mas galan, que honesto,
Aunque saliera su esperanza vana.

Pues quarta Diosa en el discorde puesto
No solo á tí te diera, hermosa Juana,
Una manzana, pero todo un cesto.

IV.

¿Que estrella saturnal, tirana hermosa,
Se opuso en vez de Vénus á la Luna,
Que me respondes grave é importuna
Siendo con todos fácil y amorosa?

Cerrásteme la puerta rigurosa
Donde me viste *sin piedad alguna*,
Hasta que á Febo en su dorada cuna
Llamó la aurora en la primera rosa.

¿Que fuerza imaginó tu desatino,
Aunque fueras de vidrio de Venecia
Tan fácil delicado y cristalino?

O me tienes por loco, ó eres necia;
Que ni soberbio soy para Tarquino,
Ni tú Romana para ser Lucrecia.

V.

Como suele correr desnudo Atleta
En la arena marcial al palio opuesto
Con la imaginacion tocando el puesto,
Tal sigue á Dafne el fúlgido planeta:

Quitósele al coturno la soleta,
Y viéndose alcanzar, turbó el incesto,
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
Corona al Capitan, premio al poeta.

Si corres como Dafne, y mis fortunas
Corren tambien á su esperanza vana
En seguirte anhelantes é importunas:

¿Quando serás laurel, dulce tirana?
Que no te quiero yo para aceytunas,
Sino para mi frente, hermosa Juana.

VI.

Juana, mi amor me tiene en tal estado,
Que no os puedo mirar quando no os veo,
Ni escribo, ni manduco, ni paseo
Entretanto que duermo sin cuidado.

Por no tener dineros no he comprado
(¡O amor cruel!) ni manta, ni manteo,
Tan vivo me derrienga mi deseo
En la concha de Vénus amarrado.

De Garcilaso es este verso, Juana,
Todos hurtan, paciencia, yo os le ofrezco:
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,

Tanto en morir y en esperar merezco,
Que siento mas el verme sin sotana,
Que quanto fiero mal por vos padezco.

VII.

Lazos de plata y de esmeralda rizos
Con la yerba y el agua forma un charco

Haciéndole moldura y verde marco
Lirios morados, blancos y paxizos;

Donde tambien los ánades castizos
Pardos y azules con la pompa en arco,
Y palas de los pies parecen barco,
En una selva, habitacion de erizos.

Hacen en el agua el céfiro inquieto
Esponja de cristal la blanca espuma,
Como que está diciendo algun secreto;

En esta selva, en este charco en suma...
Pero por Dios que se acabó el soneto,
Perdona, Fabio, que probé *la* pluma.

VIII

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubrístes siete excelsos montes,
Y agora en descubiertos orizontes
Apénas de haber sido dais indicios:

Griegos Liceos, célebres hospicios
De Plutarcos, Platones, Xenofontes,
Teatro que lidió Rinocerontes,
Olimpias, lustros, baños, sacrificios;

¿Que fuerzas deshiciéron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?

¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió breves ruinas,
No es mucho que acabase mi sotana!

IX.

Egloga.

Al pie del jaspe de un feroz peñasco
Pelado por la fuerza del estío,
Dosel de un verde campo, tan sombrío
Que contra Febo le sirvió de casco:

Damon con su rabel, y al lado el frasco
Para cantar mejor en desafío,
Y Tirsi claro honor de nuestro rio
Con un violin de cedro de damasco.

Juez Eliso, que de un verde pobo
A falta de laurel premios texia,
Céfiro haciendo de los ecos robo;

Mas quando Tirsi comenzar queria,
Ladró Melampo, y dixo Antandro, al lobo;
Y el canto se quedó para otro dia.

X.

Aura suave y mansa que respiras
En el clavel de Juana, y las lucientes
Hebras de sus mexillas transparentes
Con blando soplo esparces y retiras:

¿Por que á la rosa y al jazmin aspiras
Desde el coro de perlas de sus dientes,
Pudiendo reparar mis accidentes,
Quando en su dulce anhélito suspiras?

El humor de sus labios purpurantes
Para criar aromas bebe Apolo
Del alba ministrado en los diamantes:

Porque respira tan fragante Eolo,
Que ganara un millon tratando en guantes
Pues fueran de ámbar con el soplo solo.

XI.

¡Tanto mañana y nunca ser mañana!
Amor se ha vuelto cuento, ó se me antoja:
¿En que region el sol su carro aloja
Desta imposible aurora tramontana?

Sígueme inútil la esperanza vana,
Como ave zorrera, ó mula coxa,
Porque no me tratara Barbaroxa
De la manera que me tratas, Juana.

Juntos amor, y yo buscando vamos
Esta mañana ¡O dulces desvaríos!
Siempre mañana, y nunca mañanamos:

Pues si vencer no puedo tus desvíos,
Sáquente cuervos destos verdes ramos
Los ojos . . . pero no, que son los mios.

XII.

Luciente estrella, con que nace el dia,
Que el oscuro crepúsculo interpreta,
Alma Vénus gentil, luz que sugeta
Quanto mortal naturaleza cria:

Dulce dispara á la enemiga mia
Flecha sutil en forma de cometa,
Así de trino estés con el planeta,
Que parece español en la osadía.

Si sales á la tarde en el zafiro,
Purpúreo ya, si al alba en oro y grana,
Siempre me ves en un mortal suspiro:

¡O dulce hasta del cielo envidia humana!
Pues siempre al lado de tu sol te miro,
Tú á mí jamas al de mi hermosa Juana.

XIII.

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa;
Granate en perlas, arador en rosa,
Breve lunar del invisible diente.

Ella dos puntas de marfil luciente
Con súbita inquietud bañó quejosa,
Y torciendo su vida bulliciosa,
En un castigo dos venganzas siente.

Al espirar la pulga, dixo ¡ay triste!
¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?
¡O pulga, dixe yo, dichosa fuiste!

Deten el alma, y á Leonor advierte,
Que me dexe picar donde estuviste,
Y trocaré mi vida con tu muerte.

NOTICIAS DE LOPE DE VEGA.

Nació en Madrid en 25 de Noviembre de 1562. Desde sus primeros años dió indicios del feraz ingenio que debió á la naturaleza; y niño componia versos que trocaba por juguetes de sus condiscípulos. A los doce años habia ya estudiado las Humanidades, y era diestro en todos los adornos de una educacion liberal como la danza, la música y la esgrima. Viéndose huérfano y desvalido, entró primeramente en la familia de Don Gerónimo Manrique, Obispo de Avila; y despues sirvió de Secretario al Duque de Alba. Fué casado dos veces, y á la muerte de su segunda muger se hizo Presbítero, y entró en la Congregacion de Sacerdotes naturales de Madrid. Su vida hasta entónces atenida á lo que le producian sus comedias y sus demas escritos, y agitada con las vicisitudes de su fortuna inquieta, tomó una situacion mas sosegada, y su reputacion y su gloria llegáron á la mayor altura á que puede aspirar un escritor. La fertilidad singular de su ingenio, y la muchedumbre inmensa de sus obras ocupaba y espantaba la imaginacion de sus contemporáneos que le miraban como un prodigio. Tenido por un oráculo, las gentes se paraban á verle y señalarle por las calles; venian muchos á Madrid por solo conocerle, y para calificar una cosa de buena se adoptó generalmente el modo antonomástico de decir que *era de Lope*. El Papa Urbano VIII, le escribió una carta de su puño confiriéndole el grado de Doctor en Teología, y dándole el hábito de San Juan en agradecimiento del Poema, *La corona trágica* que le habia dedicado. Sus riquezas no fuéron menores que su fama, y él vivia con opulencia en la misma calle en que Cervántes casi desconocido

pasaba una vida ociosa y pobre. Vivió hasta el año de 1635 en que murió á la violencia de una enfermedad aguda de 73 de edad: y su entierro se hizo con la mayor solemnidad y pompa á costa del Duque de Sesa su testamentario. Sus obras, sin contar las dramáticas que á juicio de sus contemporáneos llegáron á cerca de dos mil, componen diez y nueve tomos en quarto de la edicion que Sancha ha publicado en nuestros dias.

AMINTA,

AMINTA,

FABULA PASTORAL,

DE TORQUATO TASSO.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE JAUREGUI.

PERSONAS.

AMOR, *en hábito pastoril.*

DAFNE, *compañera de Silvia.*

SILVIA, *amada de Aminta.*

AMINTA, *enamorado de Silvia.*

TIRSI, *compañero de Aminta.*

SATIRO, *enamorado de Silvia.*

NERINA, *mensagera.*

ERGASTO, *mensagero.*

ELPINO, *pastor.*

CORO *de pastores.*

PRÓLOGO.

AMOR.

¿Quien creyera, que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un Dios? no un Dios agora
Selvage, ó de la plebe de los Dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto, y en aquestos paños
No reconocerá tan fácilmente
Mi madre Vénus al amor su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mesmo; y de ambicion movida,
Qual liviana muger, me insiste y lleva
A las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura, que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros mios
(Mis menores hermanos) da licencia,
Que puedan alojarse entre las selvas;
Y usar las armas en silvestres pechos.

Yo que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso;
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo;
Que á mi fué concedido, y no á mi madre
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto difrazándome, y huyendo
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin siendo de madre,
Tienen fuerza; me escondo entre las selvas,
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
A quien me manifieste, un dulce abrazo,
O algun premio mayor; qual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores,
A quien me encubra della: esto á lo ménos
De cierto sé, que los halagos mios
A las doncellas les serán mas gratos
(Si yo, que soy Amor, de amor entiendo:)
Así me busca de ordinario en vano,
Que nadie quiere revelarme, y callan.
Pues por estar aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dexé las alas, el aljaba y arco:
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles:

Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,
Y do quiera que pica, amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida
No ménos incurable, al duro pecho
De la mas cruda Ninfa, que en los campos
Siguió jamas el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombre de la Ninfa fiera)
Como una que yo hize, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Quando los dos de un modo pequeñuelos,
El por el campo á caza la seguia.
Y porque el golpe en ella mas encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro yelo, que apretado
Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo.
Pues para executar comodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entremeterme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su esquadra.
En este puesto, en este haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva

Se oirán hablar de amor : hoy ha de verse ,
Que aquí presente mi Deidad asiste ,
Ella en sí misma , y no en ministrossuyos.
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos , y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado ,
Pues en qualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto ; en los pastores
No ménos que en los héroes poderoso ,
Y la desigualdad de los sugetos
Como me place igualo : esta es la suma
Gloria que alcanzo , el gran milagro mio ,
Que suelo hacer las rústicas zampoñas
A la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre , que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques ,
Esta verdad no reconoce acaso ;
Ella es ciega , no yo , que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

DAFNE Y SILVIA.

Dafne.

¿Querras, Silvia, en efeto
Sin los placeres de la hermosa Vénus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿No oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento:
Yo desta vida gusto, y mi deleyte
Es atender al arco y la saeta.
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la mas brava:
Y miéntras no faltaren
Al bosque fieras, y á la aljaba flechas,
A mí no temo que placeres falten.

Dafne.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna.
Así la gente, que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,
Tuvo por dulce, y buen mantenimiento
Agua y bellotas: ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura si una vez gustases
Qualquier mínima parte del contento,
Que goza un corazon amante amado,
Dixeras suspirando arrepentida:
Todo el tiempo se pierde,
Que en amar no se gasta:
¡O mis pasados años!
¡Quantas prolixas noches,
Quantos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Quando yo arrepentida suspirando
Esas palabras diga,
Que tú finges, y adornas á tu gusto,

Acia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre : amará el oso
El mar profundo, y el delfin los Alpes.

Dafne.

Conozco ya la juventud esquiva :
Así qual eres tú, tambien yo he sido,
Así tambien gocé de gentileza,
De rostro hermoso, y de cabello rubio :
Así tuve qual tú los labios roxos,
Y en mis llenas mexillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa.
Acuérdeme, que solo era mi gusto
(¡Que simple gusto!) componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas : y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvage
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entónces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba;
Qual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
¿Mas que no puede el tiempo? ¿Y que no puede
Sirviendo, mereciendo y suplicando,
Hacer un importuno y fiel amante?

Vencida fuí, yo lo confieso, y fuéron
Del vencedor las armas.
Humildad, y continuo sufrimiento,
Llanto, suspiros, y piadosos ruegos.
Mostróme en fin entónces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendíme entónces de mi engaño,
Y simple ceguedad, y suspirando
Con voz alegre dixe:
Toma allá, Ciatia, tu bocina y arco,
Que desde aquí renuncio
Tu aljaba, flechas, exercicio y vida.
Así tambien espero, que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿No es un gentil mancebo? ¿No te quiere?
¿Acaso no es querido de otras Ninfas?
¿Te dexa á tí por el amor de alguna,
O por el odio tuyo?
¿Pues en nobleza acaso le aventajas?
Si tú eres hija de Cidipe, y esta
Nació del Dios de nuestro noble rio;
El de Silvano es hijo, cuyo padre
Fué Pan, aquel gran Dios de los pastores.
No es ménos que tú bella (si te miras

Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarílis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)
Que él, de tí desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella, que le adora:
¿Que sentirás, me di? ¿con quales ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre estar de tí burlando?

Silvia.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;
Y como no sea mio,
De quien quisiere sea;
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

Dafne.

¿De donde nace tu aborrecimiento?

Silvia.

De su amor solamente.

Dafne.

Padre apacible de hijo riguroso:
¿Quando se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
O á mí, Silvia, me engañas, ó á tí mesma;

Silvia.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
Que de mí quiso lo que yo queria.

Dafne.

Tú quieres lo peor; y él te desea
Lo que á sí mismo.

Silvia.

Tú, mi Dafne, calla,
O habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

Dafne.

¡Que desapacible,
Que soberbia rapaza! dime al ménos,
¿Si otro alguno te amara,
Admitieras su amor desa manera?

Silvia.

De aquesta misma admitiré á qualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

Dafne.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja?
¿El toro de la vaca?

¿Juzgas

¿Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla?
¿Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo, y animales,
Los hombres y mugeres? ¿Y no adviertes,
Como todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo
Con que dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera.
Oye aquel ruiseñor de ramo en ramo
Como salta cantando, yo amo, yo amo.
Pues la culebra (si es que no lo sabes)
Dexa el veneno, y corre
Fervorosa al amante.
Siente de amor el tigre;
Ama el bravo leon: tú sola fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
¿Mas que digo leon, serpiente y tigre,
Que tienen sentimiento?
Tambien aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con quanto afecto,
Y con quantos abrazos repetidos
A su marido enlaza.

Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno, el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira;
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¿Que has de ser en efeto para ménos
Que las plantas, huyendo ser amante?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Pues bien, quando á las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entónces quiero ser amante.

Dafne.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y así con mis palabras juegas.
¡O en amor sorda quanto boba y necia!
Mas anda, vendrá tiempo en que de véras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo quando irás huyendo
Las fuentes, donde agora te deleytas,
Quando huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea:
Bien que esto te avendrá, mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino, contaba el otro dia,
El sabio Elpino á su Licori hermosa?

¿La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Quando el deber en el amor se hallara?
Pues lo contaba huyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: Léjos de aquí profanos.
El dixo (y dixo, que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande,
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampoña le dexó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda pues, que allí se te apareje
Albergue á tu fiereza, y será justo,
Que saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamas pudo sacarlo:
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida Ninfa y obstinada.

Silvia.

¿Y que le respondió Licori entónces
A tales cosas?

Dafne.

Tú del propio hecho

Nada cuidas, é inquieres los agenos.
Con los ojos le dió respuesta.

Silvia.

¿Como
Responder pudo con los ojos solos?

Dafne.

Ellos á Elpino vueltos respondiéron
Con una dulce risa: tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar: y esto bastara
Por muy cumplido premio al casto amante,
Quando él aquellos ojos
Juzgara verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

Silvia.

¿Y por que no los cree?

Dafne.

¿Luego no sabes
Lo que Tirsi escribió, quando perdido
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en Ninfas y pastores?
No fué lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fuéron;

El escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,
Donde me acuerdo haber así leido:
Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; ¿mas que importa,
Si amor impide, que de vos me aparte?

Silvia.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme, que es el dia prescrito,
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. *Si te parece, Dafne,*
Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo, de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin pude matar.

Dafne.

Esperaréte,
Y aun yo quizá me bañaré contigo:
Mas quiero ir ántes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde:
Espérame en la tuya iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

SCENA II.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio:
Mas no he visto jamas, ni ver espero
Compadecerse mi enemiga bella;
(Que no sé si muger la nombre, ó fiera)
Pero ya niega ser muger humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

Tirsi.

Pace el cordero la menuda yerba,
Y el lobo se alimenta del cordero;
Mas el amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamas mostrarse satisfecho.

Aminta.

Ay triste, que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto; solo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
El y mi ingrata con los ojos beban.

Tirsi.

Ay Aminta infeliz, ¿que devaneas?
¿Que estás diciendo! esfuérzate y conforta,
Que otra Ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruel.

Aminta.

¿Como podré hallar otra?
Si hallarme á mí no puedo, y si yo mismo
Me perdí, que ganancia
Adquiriré jamas que me contente?

Tirsi.

O mísero zagal, no desesperes,
Que adquirirás la misma que deseas.
Sabe, que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al leon y tigre hircana.

Aminta.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

Tirsi.

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mugeres, y se aplacan,
A quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento, y que la punta
De blanda espiga. Pero yo te ruego,

Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia; que si bien me has dicho
Diversas veces, que de véras amas,
La causa de tu amor siempre callaste:
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el comun estudio de las Musas;
Que me descubras lo que á todos celas.

Aminta.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes, y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben,
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dexar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo:
Donde tal vez pasando aquella ingrata,
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie, y entre sí diga:
Este es mi triunfo: y de mirar se alegre,
Que ya es patente su victoria á todos
Los pastores vecinos y estrangeros,
Que allí trayga la suerte; y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia,
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida.
Mas oye agora.

Tirsi.

Di, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin, que tú no piensas.

Aminta.

Siendo yo zagalejo,
Tanto que apénas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una *Ninfa*
La mas amable y bella,
Que al viento dió jamas sus hebras de oro:
Bien conoces la hija de Cidipe,
Y del rico *Montano*, *Silvia cara*,
Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas, desta digo:
Viví con esta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá, ni ha visto:
Eran nuestros albergues
Bien juntos, pero mas los corazones:
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes:
Con ella muchas veces
Tendí la red á páxaros y á peces,
Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,
Y era comun la caza y el contento.
Mas miéntras de animales hacia presa,
Sin saber como, fuí yo mismo preso:

Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de que raiz (como la yerba ,
Que suele por sí misma ella nacerse)
Un incógnito afecto ,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia ,
Y de sus bellos ojos
Solia gustar una dulzura estraña ,
Que al fin dexaba un no sé que de amargo ,
Mil veces suspiraba , y no sabia
Qual fuese la ocasion de mis suspiros.
De manera , que fuí primero amante ,
Que al Amor conociese : vine al cabo
Bien á entenderlo ; mas el modo escucha
Y nota como fué.

Tirsi.

Debe notarse.

Aminta.

De un álamo á la sombra Silvia y Fílis ,
Y yo junto con ellas ,
Huyendo el sol estábamos un dia,
Quando una abeja , que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados ,
A Fílis fué volando ,
Y en la mexilla hermosa ,
Mas fresca , y mas rosada que la rosa ,
A nuestros ojos le picó atrevida :

(Quiza engañada con la semejanza
Creyó que fuese flor) entónces Fílis
Como impaciente comenzó á quejarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dixo, calla,
Calla, no te lamentes, Fílis mia,
Que con palabras, que yo sé de encanto,
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia Maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
Esto diciendo, avecinó los labios
De aquella dulce boca á la mexilla
Herida, y blandamente murmurando
Dixo no sé que versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Fílis
Quitársele el dolor; ó fué la fuerza,
Y virtud de las mágicas palabras,
O como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca.
Pues yo que hasta entónces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo,
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de Céfiro en las hojas;
Entónces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios:

Y con mayor astucia, y mas aviso,
Que nunca habia tenido (mira quanto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño, con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento.
Y fué de esta manera, que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio baxo, comencé á quejarme,
De suerte, que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia
Piadosa de mi mal, se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo (¡ay triste!) mucho mas crecida,
Y mas mortal mi herida verdadera,
Quando llegó sus labios á los mios.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entónces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento, y ménos atrevido.
Mas miéntras descendia
Al corazon la gran dulzura, mista
De un secreto veneno;
Tanto regalo deste bien sentia,
Que fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte,
Que ella mas veces repitió el encanto.

De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubiéron de salir: y un dia,
Que en cerco se sentaban muchas Ninfas,
Y Pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por órden le decia,
En la oreja un secreto al mas vecino;
Le dixe á Silvia: yo por ti me abraso,
Y moriré, si tú no me remedias.
A estas palabras *inclinó su rostro*,
Y de improviso le tiñó de roxo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tuve otra respuesta, que un silencio
Mudo, turbado, y *lleno de amenazas*:
Quitóse de allí luego, y nunca quiso
Mas hablarme, ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el invierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas,
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte.
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda,
Que he de causarle sentimiento ó gozo:
Ni sé qual quiera mas destas dos cosas,
Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;

Mas no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

Tirsi.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

Aminta.

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras,
Qual aspid el encanto.

Tirsi.

Pues confia,
Que el corazon me dice,
Que he de ser poderoso á que te escuche.

Aminta.

O nada alcanzarás, ó quando alcances
Al fin, que yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

Tirsi.

¿Porque así desesperas?

Aminta.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,

Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas, y las fuentes.

Tirsi.

¿De qual Mopso me dices, del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamas tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso solo, que *él te anuncia*,
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tus amores.

Aminta.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

Tirsi.

Dirétela en buen hora: á los principios,
Que me traxo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del qual juzgaba
Lo que tú juzgas: una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento
Tiene la gran Ciudad cerca del rio;
Y primero, tratándolo con este,
Me dixo así: tú irás á la gran tierra,
Donde el astuto vulgo, y cortesanos

Soberbios é insolentes, muchas veces
Hacen pesadas burlas de nosotros,
Como de gente rústica y salvage;
Así, vé sobre aviso, no te acerques
Mucho á las sedas de color, ni al oro,
Nuevos trages, divisas, ni penachos
Y sobre todo guárdate no veas,
Por mala suerte, ó juvenil descuido,
La casa de los chismes y las charlas:
Huye aquel encantado alojamiento.
¿Que puesto es ese? pregunté; y el dixo:
Aquí habitan las magas, que encantando
Hacen que se trasoyga, y se trasvea:
Lo que parece de diamante y oro,
Es vidrio y cobre: aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas:
Aquí están las paredes con grande arte,
Que hablan y responden al que habla,
Y no responden la palabra escasa,
Qual eco suele por las selvas nuestras;
Mas la replican toda entera, entera
Y aun aumentada de lo que otro dice:
Hasta las sillas, mesas, y las bancas,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan:
Las charlas, en figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaria.

Mas este es, hijo, el mas ligero daño
Que te avendrá, tú puedes trasformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua, ó fuego,
Agua de llanto, y fuego de suspiros.
Así me dixo, y yo me fuí con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara;
Y como quiso Dios benigno, acaso
Un dia, pasé por el feliz albergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de Cisnes, Ninfas y Sirenas:
De Sirenas celestes, y salia
Un blando, y claro son, con tal dulzura,
Que atónito, gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza,
Del qual, segun pude entender, se duda
Si es mejor Capitan que Caballero:
El, con afable y grave cortesía,
Siendo un ilustre Príncipe, yo humilde
Baxo Pastor, me convidó á que entrase.
¿O lo que ví! ¡Lo que sentí yo entónces!
Yo ví celestes Dioses, Ninfas bellas,
Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
Y otros hallé tambien sin velo, ó nube:
La Aurora ví, qual suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro, y su rocío de plata:
Ví fecundando relucir en torno

A Febo, y á las Musas, y acogido
Elpino entre estas; y en aquel instante
Sentí mas grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva
Deidad: luego cantando héroes, y guerras,
Desdeñé el pastoril rústico verso.
Y aunque despues por gusto ageno vine
Otra vez á las selvas, no por eso
Dexé de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu: no suena
Ya mi zampoña humilde qual solia,
Sino con voz mas alta y mas sonora,
Emula de la trompa, hinche las selvas.
Despues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó, que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo:
Pensaban los Pastores, que me hubiese
El lobo visto, y era Mopso el lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas quanto
Crédito debe darse á lo que dice:
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por solo que este quiere, que no esperes.

Aminta.

Mucho me alegra todo lo que cuentas:
A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

Tirsi.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de una hora.

CORO DE PASTORES.

¡O bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba,
Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra, que el arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
Ni porque relucia
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera;
Mas la destemplan el *calor* y el *yelo*,
Ni llevó nave á la estrangera tierra
La vil codicia, ó la sangrienta guerra.

Mas solo porque entónces este vano,
Vano y fingido nombre sin sugeto,
Este ídolo de errores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insano
Llamó despues honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso:
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre esquadra de amadores,
Mas de una natural, que consentia,
Fuese lícito aquello que placia.

Entónces por el agua y por las flores
Iban con dulces bayles retozando
Los Cupidillos sin aljaba ó lazo:
Sentábanse las Ninfas y Pastores:
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo:
De velo, ni embarazo
Jamas cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente,
Desnudó juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas:
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.

Tú, honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleytes tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste:
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz, que en su belleza asiste:
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro, que trataba el viento;
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua, y arte al movimiento:
Efecto (ó vil honor) es solo tuyo,
Que el don de amor se llame hurto suyo.

Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza,

Y del amor, tú que sujetas Reyes,
¿Que pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza?
Allá con la nobleza
Vete á turbar el sueño al *preeminente*,
Dexa sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.

Amemos, que el sol muere, y luego nace:
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envia.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

SATIRO.

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, quando pica,
Hace molesta y grave la herida:
¿Mas que cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello ruhio;

Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
Triste de mí, que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas; mil dardos
Puso el Amor en los airados ojos
De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata, que las selvas,
¡O como te compete el nombre, y como
Quien tal nombre te puso, lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre, y sierpe
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores, que oso, tigre y sierpe;
Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas, ni ruegos
Tú, quando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traygo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas:
Quando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa, que no haya en tí mas dulce y bella,
A mí mesmo te doy: ¿por que desprecias
Y aborreces el don? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo

Bien me miré, quando callado viento,
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Que piensas tú hacer destos doncèles,
Apénas florecido el blondo bozo
En sus mexillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras: dile á alguno, que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente jabalí y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dexas
Por la forma que tengo, sino solo
Por mi pobreza: en fin las caserías
Siguen de las ciudades el exemplo:
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro, y reyna el oro.
¡O tú quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamas Pastor ó Ninfa,
Que pasando les diga, hayais descanso;
Mas los bañe la lluvia, y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle, tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura

Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el monstruo mas vil y abominable,
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para que me quejo al ayre en vano?
Usa las armas cada qual, que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las gárras,
El jabalí el colmillo; así son armas
De la muger, beldad y gentileza.
¿Pues como yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero.
Que sabe sus costumbres, ella suele
Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar: pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga: y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Que puede contrastar una mozuela
Con la débil carrera, ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura; que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,

De

De allí no irá, sin que primero tiña
Por venganza mis armas de su sangre.

SCENA II.

DAFNE Y TIRSI.

Dafne.

Como te dixe, Tirsi, ya yo via,
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Como le he hecho siempre buen oficio,
Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen.
Mas ántes me atreviera, te prometo,
A domar un novillo, un tigre, un oso,
Que una rapaza destas simple y boba,
Tan boba, como bella; que no advierta
Quan ardientes y agudas son las armas
De su belleza, y con el llanto y risa
A muchos mate, y del herir no entienda.

Tirsi.

¿Que muger hay tan simple, que en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar, y parecer hermosa,
De matar agradando, y saber quales
Armas pueden herir, y quales matan,
Y quales dan salud y resucitan?

Dafne.

Quien es maestro de tan grandes artes?

Tirsi.

Tú finges, y me tientas : el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pabon soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

Dafne.

¿Qual es el nombre suyo?

Tirsi.

El nombre es Dafne.

Dafne.

¡O falsa lengua!

Tirsi.

¿Luego tú no bastas
A dar á mil discípulas escuela?
Aunque á decir la verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro : su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

Dafne.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi :
Pues yo te sé decir, que no resuelvo,
Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla,
Como en sus hechos y palabras muestra,

Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda : yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio ;
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte, que mostraba deleytarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua, como dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores, que tenia en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Las colores, y luego muy ufana
De la vitoria, un tanto se reia,
Como diciendo : yo en efeto os venzo,
No os traygo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traygo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar, que os llevo gran ventaja.
Mas miéntras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo, y derramó las flores.
Quanto mas yo de verla me reia,
Mas ella de mi risa se encendia :
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido ;
Dos ó tres veces revolvió los ojos

Acia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida;
Miróse descompuesta, mas con todo
Se satisfizo, que se vió muy bella,
Si descompuesta: yo entendílo todo,
Pero callé.

Tirsi.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dixe?

Dafne.

Bien lo dixiste; mas á todos oygo,
Que no fuéron las Ninfas y Pastoras
Tan entendidas ántes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

Tirsi.

Quizá entónces no usaban tantes veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad; ya están mezclados
Linages y costumbres. Mas dexando
Agora estos discursos; ¿no harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

Dafne.

No sé: Silvia es esquiva por extremo.

Tirsi.

Y Aminta por extremo comedido.

Dafne.

Pues no hará nada comedido amante:
Tú le aconseja, que á otra cosa atienda,
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar, dexe respetos, ose y pida,
Solicite, importune; y si no basta
Tome lo que pudiere: ¿tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye, y huyendo, quiere que la alcancen;
Niega, y negando, quiere que la apremien:
Lucha, y luchando, quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

Tirsi.

No hay ocasion por que de mí sospeches,
Que jamas diga cosa, que te ofenda:
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Mísero, que perece.

Dafne.

¡Que conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria:

El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues que dices que haga?

Tirsi.

No te falta
Ingenio, ni consejo; basta solo,
Que á querer te dispongas.

Dafne.

Ora sabe,
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente, que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce, y al lugar convida
Las Ninfas cazadoras; en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

Tirsi.

Pues bien.

Dafne.

¿Como pues bien? ¡que mal entiendes!
Si en tí cabe discurso, eso te basta.

Tirsi.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
El á tanto.

Dafne.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde á que lo busquen.

Tirsi.

El es por cierto tal, que lo merece.

Dafne.

¿Pero nosotros no hablarémos algo
De tí mismo? ¿Dí, Tirsi, tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura:
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

Tirsi.

No desecha de Vénus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor sin el amargo.

Dafne.

Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

Tirsi.

Mas vale pues hartarse,
Que estar siempre hambriento.

Dafne.

No ya con el manjar que se posee;
Y quanto mas se gusta, mas agrada.

Tirsi.

¿Quien es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

Dafne.

¿Mas quien halló jamas lo que no busca?

Tirsi.

Es peligro buscar lo que adquirido,
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el amor y su tirano reyno,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido,
Otro fiel amador hará su parte.

Dafne.

Mas no tienes gozado lo que basta.

Tirsi.

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

Dafne.

Amar te será fuerza, si no gusto.

Tirsi.

No me pueden forzar, estando léjos.

Dafne.

¿Quien está léjos del Amor?

Tirsi.

Quien huye.

Dafne.

¿Y que importa que huyas de sus alas?

Tirsi.

Tiene al nacer Amor las alas cortas,
Que apénas le sustentan,
Y así no las estiende á todo vuelo.

Dafne.

Pues no conoce el hombre quando nace;
Y quando lo conoce, es grande y vuela.

Tirsi.

No, si otra vez no ha visto como nace.

Dafne.

Ora verémos si tus ojos huyen,
Como dices: y luego te protesto
(Ya que presumes tanto de ligero)
Que quando te veré pedirme ayuda,

No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

Tirsi.

Bravo rigor, ¿que me podrás ver muerto?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

Dafne.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay quantos
Engaña un rostro colorado y liso!

Tirsi.

No burlo á fe; mas ántes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Qual hacen todas; ¿Pero que remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

Dafne.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive,
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

Tirsi.

O Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Estendidas, alegres y fecundas,

Y las alpestres cumbres del Apenino:
El dixo así, quando me hizo suyo:
Tirsi, ahuyenten otros los ladrones,
Y los lobos, guardando mis rebaños:
Reparta otros los premios y las penas
A mis ministros: otros apacienten
Mis ganados: en fin otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso.
Así será razon, que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero
(No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ámbos parece en el aspecto y obras)
Abuelos de mayor merecimiento,
Que el gran Saturno y Celo. Agreste Musa
A mérito real; mas no por eso
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sugeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo,
Sino con el silencio y reverencia:
Mas no faltan jamas en sus altares
Las flores de mi mano: ni los fuegos
De inciensos olorosos y suaves,
Ni faltará en mi pecho esta devota,
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el ayre por el ayre el ciervo,
Y que mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el Persa, el Franco el Tígris,

Dafne.

Tú vas muy alto; ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

Tirsi.

El punto es este,
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entretanto
Procuraré que Aminta vaya; y pienso,
Que no es ménos difícil que la tuya
Mi diligencia. Ve en buen hora.

Dafne.

Voyme;
Pero nuestro propósito no era ese.

Tirsi.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta, él es sin duda.

SCENA III.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

Veré si ha hecho *Tirsi* alguna cosa;
Porque si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;
Que pues le agrada tanto

Deste

Deste mi corazon la viva llaga.
Agudo golpe de sus ojos bellos;
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

Tirsi.

Nuevas te traygo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dexar tanto lamento.

Aminta.

Ay Tirsi, ¿que me dices?
¿Traes la vida ó la muerte?

Tirsi.

Traygo salud y vida, si te atreves
A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

Aminta.

¿Como, y con quien el ánimo me importa?

Tirsi.

Si estuviese tu Ninfa en una selva,
Que cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al bayle.

Tirsi.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera resuelto y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso,

Tirsi.

Mayor empresa importa que acometas.

Aminta.

Iré por medio el rápido torrente,
Quando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Quando en él estuviese: si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

Tirsi.

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola: irás allá?

Aminta.

¿Que dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

Tirsi.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte,

Aminta.

¿Y desnuda me espera?

Tirsi.

Desnuda digo: mas....

Aminta.

¡Ay triste! acaba:
¿Que mas, Tirsi? tú callas, *tú* me matas.

Tirsi.

Mas no sabe que has de ir allá

Aminta.

Terrible,
Y fiera conclusion, que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con qual estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

Tirsi.

Haz tú mi parecer, serás dichoso.

Aminta.

¿Que me aconsejas?

Tirsi.

Que pasar no dexes
La dicha que te ofrece la fortuna,

Aminta.

Dios no permita, que jamas yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe
Hacer cosa jamas contra su gusto,
Sino es amarla: y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Así no se verá, que en quanto pueda
No procure agradarla.

Tirsi.

Ora responde:
¿Si potestad tuvieras
Para dexar de amarla,
Dexárasla de amar, por agradarla?

Aminta.

Ni tal cosa consiente Amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dexarla de amar, aunque pudiese.

Tirsi.

Desa manera á su pesar la amaras,
Pudiendo no quererla.

Aminta.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

Tirsi.

Sin su gusto en efeto.

Aminta.

Si por cierto.

Tirsi.

¿Pues como sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin, que le será agradable.

Aminta.

Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responda,
Qua á referir no acierto
Lo que me dice el corazon: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor: á mí me liga
La lengua aquello mismo,
Que el corazon me liga.

Tirsi.

¿No irémos en efecto?

Aminta.

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

Tirsi.

¿Pues á donde?

Aminta.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Mas de lo que me dices.

Tirsi.

¿Y esto es poco?
¿Crees tú, que Dafne nos aconsejara
Ir á la fuente, quando no entendiera
De Silvia el pecho? por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda,
Que sabiéndolo calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla:
Y siendo así, ¿que es este tu deseo,
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda, que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca;
Por tu vida me di, ¿que mas te importa
Este modo, que aquel?

Aminta.

¿Quien me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

Tirsi.

O simple, ves aquí que al fin procuras
La certeza, que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe,
Qual tú debieras no buscarla: ¿y donde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses
(Pues que la duda y riesgo son iguales)
¿Será mejor morir como animoso,
Que como vil? tú callas, tú conoces,
Que estás vencido; agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

Aminta.

Espera.

Tirsi.

¿Como espera¿? No ves que el tiempo huye?

Aminta.

Miremos ántes si esto debe hacerse,
Y en que manera.

Tirsi.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de que maestro,
En qual oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta?
¿Quien del entendimiento
Declara las ideas,
Quando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Aténas,
Y en Elicona docta
Ni Febo lo demuestra,
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan,
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á sus misterios altos
Sus pensamientos llegan.
Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,

Y tú solo á tí mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo,
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se estiende,
Amor, tu sutileza:
¡Raro saber, y estraña
Manera de eloqüencia!
Que á veces con palabras
Confusas y imperfectas,
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.

Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias,
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.

Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas Academias,

Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

TIRSI Y CORO.

Tirsi.

¿O extremo de crueldad! ¡ó ingrato pecho!
¡O ingrata Ninfa! ¡ó tres y quatro veces
Muger ingrata! Y tú naturaleza,
Negligente maestra, ¿Por que solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente, quanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay jóven triste y mísero! sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dexé, y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:
¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores,
Ir quiero á ver si sabe de él alguno.
Decid, amigos, ¿quien ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe de él alguna nueva?

Coro.

Tirsi, paréceme que estás turbado;
¿Que causa te molesta y te fatiga?
¿De que son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

Tirsi.

Temo del mal de Aminta: ¿habeisle visto?

Coro.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero que temes?

Tirsi.

No se haya muerto él mismo de su mano.

Coro.

¿El muerto de su mano? ¿por que causa?
¿Que ocasion hallas?

Tirsi.

El amor y el odio,

Coro.

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Que no pueden hacer? habla mas claro.

Tirsi.

El amar una Ninfa por extremo,
Y el ser de ella en extremo aborrecido.

Coro.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno, que de él nos dé noticia,
Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

Tirsi.

Pláceme de decirlo, que no es justo,
Que ingratitud tan grande y tan estraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta (y yo fuí triste
Quien noticia le dí, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y hácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna; pues mil veces
Quiso volverse atras, y á pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
He aquí quando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La qual, como nos viese, alzando el grito,
Ay! dixo, socorred, que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso como un pardo, y yo seguílo:
Quando vemos ligada con un árbol

La

La bella Ninfa, qual nació, desnuda;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos; y su cinto,
Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ámbas
Las manos le apretaba al duro tronco:
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba, y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Allí vimos
En su presencia un sátiro villano,
Que entónces acababa de ligarla.
Fuése tras él Aminta con un dardo
(Que tuvo acaso en la derecha mano)
Como un fiero Leon, y yo entretanto
Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el sátiro vil huyó en efeto.
Pues como diese espacio su huida
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que qual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo ví, se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dixo: ó bella Silvia,
Perdona aquestas manos, si llegarse
A tus miembros es mucho atrevimiento,
Pues las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos;

No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese de ella.

Coro.

Palabras de ablandar los pedernales.
¿Y *que le respondió?*

Tirsi.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desden, al suelo
Baxando el rostro, el delicado seno,
Quanto podia torciéndose, cubria.
El, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablaba así: ¿quando tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues que ventaja llevan los amantes,
Que sirven al Amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
¿Planta cruel, pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dixo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia,
Que temiese tocarla, y desease.
Baxó luego á los pies por desasirlos;
Mas como Silvia ya se viese libres
Las manos, dixo esquiva y desdeñosa:
No me toques, pastor, soy de Diana,
Yo me desataré los pies, aparta.

Coro.

¿Que tal orgullo en una Ninfa albergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

Tirsi.

El apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla;
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo que escondido lo miraba todo,
Y lo escuchaba, quando ví tal cosa
Mil voces quise dar, al fin me abstuve.
Mas oye que estrañeza: ella en efeto,
Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir á Dios, apénas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo:
Y no habia causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conocia el respeto.

Coro.

¿Pues como así huyó?

Tirsi.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del joven, sino á su carrera.

Coro.

¿Que es hasta eso ingrata? ¿Y el cuitado
Que hizo entónces, dinos, ó que dixo?

Tirsi.

Eso no sé, porque de furia ardiendo
Corrí por alcanzarla y detenerla,
Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano:
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
El corazon presago de algun daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse,
Aun ántes que esto sucediese

Coro.

Es uso,
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

Tirsi.

Quieran los altos Dioses, que no sea
Aminta alguno de los raros.

Coro.

Calla,
Que no será.

Tirsi.

Yo quiero irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

SCENA II.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

Aminta.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte,
Quanto mas dilatada, mas amarga:
Y dime agora, ¿para que me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

Dafne.

¿Por que te desesperas,
Aminta? que si yo bien la conozco
No fué crueldad, sino vergüenza sola
La que movió á tu Silvia que huyese.

Aminta.

¡Ay triste yo! que mi salud seria
Desesperar, despues que la esperanza
Mi destruicion ha sido: y todavía,
Tienta reverdecer dentro del pecho,
Solo para que viva:
¿Y al que es tan desdichado,
Que mas fiero tormento que la vida?

Dafne.

Vive, *mezquino*, miserable, vive,
Solo para que goces
De la felicidad, quando viniere:
Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

Aminta.

No pareció al Amor, y á mi fortuna,
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello, que me niegan.

Nerina.

¿Que he de ser yo en efeto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡O para siempre mísero Montano!
¿Que sentirá tu pecho, quando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¿O viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! mas ya no serás padre.

Dafne.

Oygo una triste voz.

Aminta.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oidos,
Y el corazon: ¿mas quien la nombra? escucha.

Dafne.

Esta es Nerina, Ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos, y de lindas manos,
Talle gentil, y movimiento ayroso.

Nerina.

Quiero con todo, que lo sepa y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia!
¡Ay como fué tu suerte desdichada!

Aminta.

¡Ay de mí! ¿que será lo que esta dice?

Nerina.

Dafne.

Dafne.

¿Que estás hablando entre tí mesma?
¿O como á Silvia nombras y suspiras?

Nerina.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

Aminta.

Ay, ¿De que caso
Podrá decir aquesta? que yo siento,
Yo siento el corazon, que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

Dafne.

Cuenta que triste caso es el que dices.

Nerina.

¡O cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
¿Y me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada
(Y la causa ya debes de saberla)
Despues vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza, que ordenada
Estaba al bosque dicho de la encina.
Fuimos, hallamos muchas Ninfas juntas,
Y luego á breve rato desemboca
(No sé de donde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le dí, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

Aminta.

¡O que principios de dolor! ¡ay triste!
¿Que fin me anuncian?

Nerina.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero léjos mucho,
Porque partí mas tarde: ya que estaban

Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,
Que en lo mas solo me hallé y espeso:
En esto ví de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abaxo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví He aquí quando miraba
A todas partes, siete lobos veo
Lamiendo de la tierra alguna sangre
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte, que ellos no me viéron,
(Tan atentos estaban á su pasto)
Así que de piedad y de temor llena
Volvíme atras. Aquesto es quanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

Aminta.

¿Has dicho poco, Ninfa? ¡ó velo, ó sangre,
O Silvia, tú eres muerta!

Dafne.

Ay desdichado,
Amortecido está de pena, ó muerto.

Nerina.

Aun todavía respira: esto habrá sido
Algun breve desmayo: ya revive.

Aminta.

¿Por que así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dexas:

Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
¿Que espero mas? ¿que busco? ¡ah Dafne, Dafne,
Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio,
Quando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al qual le parecia,
Que con mi muerte se evitaba el daño,
Que ordenado me estaba; mas agora
Que ha executado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

Dafne.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

Aminta.

¿Que mas quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

Nerina.

¡O quien ántes hubiera sido muda!

Aminta.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio,
Que me queda de tiempo y de la vida.

Nerina.

¿Debo darlo, ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion porque le pide.

Aminta.

¿Cruel, así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dexarle quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

Dafne.

Aminta, aguarda, escucha:
¡Ay de mí, con la furia que se parte!

Nerina.

El camina de suerte,
Que es por demas seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viage, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme:
Ni la que se pretende
Es tan difícil fama,
Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor, que con amar se alcanza,
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO QUARTO.

SCENA I.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

Dafne.

El viento lleve con la mala nueva,
Que se esparció de tí, tus males todos,
Los por venir, ó Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
Viva y sana te miro: de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que ojalá fuera muda, y otro sordo.

Silvia.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

Dafne.

Dafne.

Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuéntame el riesgo, y de que modo
Tú lo escusaste.

Silvia.

Yo siguiendo un lobo
Me emboscqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y miéntras
Volverme procuraba al mismo puesto,
Donde partí primero; el lobo miro,
Al qual reconocí por una flecha,
Que yo le habia clavado de mi mano
Junto á la oreja; vílo entre otros muchos
Al rededor de un animal, que habian
De fresco muerto, cuya forma entónces
No supe distinguir: el lobo herido
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada.
Yo lo esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamas yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo ví tan cerca de mi puesto
Quanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo
En vano; porque (ó fué de la fortuna
La culpa ó mia) por herir al lobo
Clavé una planta: entónces se venia

Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo viéndole tan cerca, que del arco
Era imposible entónces ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas;
Dispúseme á huir, y miéntras huyo,
El me viene siguiendo: advierte agora.
Un velo, que revuelto yo tenia
A los cabellos, desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal que á un ramo
Se marañó; yo siento que me tiran,
Y me detienen, sin saber quien fuese;
Mas con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte
El ramo no se vence, ni me dexa:
Al fin del velo me desasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello;
Y tantas alas á los pies fugaces
Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva salí: despues volviendo
Acia mi albergue, te encontré turbada,
Toda turbada, y me espanté de verte,
Porque de solo verme te espantabas.

Dafne.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

Silvia.

Que me dices? ¿te pesa por ventura
Que viva esté? ¿que tanto me aborreces?

Dafne.

Pláceme de tu vida, mas me duele
De agena muerte.

Silvia.

¿De que muerte dices?

Dafne.

De la muerte de Aminta.

Silvia.

Ay, ¿como es muerto?

Dafne.

El como no lo sé, ni aun el efeto
Puedo afirmar mas téngolo por cierto.

Silvia.

¿Que es lo que dices? ¿pues á que atribuyes
La causa de su muerte, di?

Dafne.

A tu muerte.

Silvia.

Yo no te entiendo.

Dafne.

La terrible nueva
De esa tu muerte, que por cierta tuvo,

Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
O alguna cosa tal, que lo haya muerto.

Silvia.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que qualquiera
Salva la vida suya miéntras puede.

Dafne.

¡Ay Silvia! tú no sabes, ni lo crees,
Quanto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Qual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos.
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo qual sé yo, y aun helo visto. Vílo
Quando huiste, como tigre fiera,
Al tiempo que debieras abrazarlo:
Volver le ví contra su pecho un dardo,
Desesperado, y á morir expuesto,
Y sin arrepentirse, al fiero hecho
Pues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel, dexándola teñida
De su sangre, y pasara mas adentro
La punta, y fuera el corazon herido,
Que tú con mas violencia ya heriste,
Si entónces yo no le detengo el brazo,
Y su furor impido. Quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo

De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la via
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

Silvia.

¡Ay! ¿que me cuentas?

Dafne.

Y despues lo he visto
Quando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta: del afan y angustia
Amortecerse; y con furor estraño
Luego partir de allí para matarse;
Y de esta vez se habrá de veras muerto.

Silvia.

¿Que lo tienes por cierto?

Dafne.

Por sin duda.

Silvia.

Triste de mí, ¿por que no le seguiste
Para impedirlo? Ven, busquemos, vamos,
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas fácilmente espero,
Que mi vida le salve de la muerte.

Dafne.

Ya le seguí, mas tan veloz corria,
Que se despareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
¿Mas donde quieres ir sin rastro alguno?

Silvia.

Ay, Dafne! él morira si no le hallamos.

Dafne.

Cruel! sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra, que tu mano?
Ora consuélate, que como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

Silvia.

O Dafne, tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerba
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuélo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa:
Agora lo conozco, y me arrepiento.

Dafne.

¿Que es lo que escucho? ¿tú piadosa, Silvia?
¿Tú en ese corazon sientes afecto

Alguno de piedad? ¿que es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡notable maravilla?
¿Y es de amor en efeto ese tu llanto!

Silvia.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

Dafne.

No importa: la piedad es mensagera
De amor, como el relámpago del trueno.

Coro.

Y aun muchas veces, quando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos,
Que lo excluyéron ántes con severa
Honestidad; la semejanza toma
De la piedad, que es su ministra y nuncia,
Y con estos disfraces engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

Dafne.

Llanto de amor es este, mucho abunda,
Tú callas: en fin amas, pero en vano.
¡O poder del amor! justo castigo
Sobre esta Ninfa envia.
Mísero Aminta, tú (como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Dexa la propia vida) con tu muerte
Has herido en efeto un duro pecho,

Que aun no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espíritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aquí estarás sin duda:
Mira su llanto, y goza de tu suerte,
En vida amante, y en la muerte amado.
Y si era tu destino, que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio;
El precio mismo que pidió, le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
Quanto inútil y vil á quien le admite.

Silvia.

¡O si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

Dafne.

¡O tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada,
Quando á ningun efecto es de provecho.

SCENA II.

ERGASTO, CORO, SILVIA Y DAFNE.

Ergasto.

Traygo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oygo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

Coro.

¿Con que puede venir; ay Dios! agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua?

Ergasto.

Traygo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

Silvia.

¡Ay lo que dice!

Ergasto.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable, y comedido,
Amado de las Ninfas y las Musas;
Murió en su juventud: ¡ay de que muerte!

Coro.

Dinos como, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

Silvia.

¡ Ay que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no escuso !
Duro corazon mio ,
Aspero y fiero corazon , ¿ que temes ?
¿ De que te espantas ? Vete presto , acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua ,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor , yo vengo por la parte mia
De ese dolor , que á los demas prometes ;
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas
Y qual debida prenda lo recibo :
Así que de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

Ergasto.

¡ Ah Ninfa ! yo te creo ,
Que mil veces al mísero sentia
Llamar tu nombre al acabar su vida.

Dafne.

Comienza ya la dolorosa historia.

Ergasto.

Yo estaba en lo mas alto del collado ,
Donde mis redes hoy tendido habia ,

Quando bien cerca ví pasar á Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que ántes era, muy turbado y triste:
Tras él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé, y lo detuve; el qual me dixo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que me obligues
Antes tu fe con juramento estrecho,
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.
Yo (¿quien pensara tan estraño caso,
Ni tan ciego furor?) hice, qual quiso,
Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Príapo, y Pomona,
Y la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuestas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.
Aquí nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecíme de improviso,
Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el qual afecto
Fué el motivo mayor de asegurarme.
Despues hablóme así: mira que cuentes
Lo que verás, á Ninfas y Pastores.
Luego dixo, mirando al hondo valle:

Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos
El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero, bien quisiera
Morir la muerte, que murió mi vida:
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
(¡Ay triste!) como fuéron
Aquellos de mi Silvia delicados:
Mas puesto que no puedo,
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir: yo seguiré otra via,
La qual será á lo ménos
La mas breve, sino la que debia.
Ea, Silvia, ya te sigo,
Ya voy á acompañarte,
Y muriera contento, si entendiera
Al ménos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida:
Ea, Silvia, ya te sigo.
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Acia lo hondo, y yo quedéme helado.

Silvia.

¡Ay desdichada!

Dafne.

Dafne.

¡Miserable Aminta!

Coro.

Por que no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

Ergasto.

No, no, que despreciando el juramento
(Vano quizá en tal caso)
Quando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ambas manos,
Y como quiso su enemiga suerte,
Lo así de este cendal, que lo ceñia,
El qual no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Coro.

¿Y que fué de su cuerpo desdichado?

Ergasto.

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazon para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

Coro.

¡O lastimoso caso!

Silvia.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acaba.
Triste de mí, si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida; justo fuera,
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al ménos con el hierro,
O ya con esto ceñidor infausto,
Este; que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad, y de su muerte injusta.
Prenda infeliz, de dueño
Mucho mas infeliz, no te disguste
Quedar en este abominable albergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena.
Por cierto yo debia
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise,

Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

Coro.

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

Silvia.

¿De que llorais, pastores?
Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte
Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuga
Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion; y suplicante quiero,
(No por piedad de mí, sino del triste,
Que fué mas digno de ella)
Me ayudes á buscar sus miserables
Miembros, y sepultarlos:
Este cuidado solamente impide
El darme aquí la muerte:
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo; bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo

Entiendo y sé, que le será agradable,
Al ménos por ser obra de mi mano;
Porque me quiere y ama,
Qual lo mostró muriendo.

Dafne.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas, tú, morir del pensamiento borra.

Silvia.

Hasta agora viví para mí mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
O viviré á lo ménos
Para su helado y mísero cadaver.
Tanto, y no mas es lícito que viva,
Y luego, que se acaben
A un tiempo sus exêquias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por que camino
Podemos ir al valle, do el barranco
Tiene su asiento?

Ergasto.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

Dafne.

Vamos guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice.

Silvia.

A Dios, pastores;
Prados á Dios, á Dios selvas y rios.

Ergasto.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

CORO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando:
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamas turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El ódio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

ELPINO Y CORO.

Elpino.

No hay duda, que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente,
No es injusta, ni dura, y que sus obras
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡O quan artificioso, por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad, y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Quando él se juzga al fondo de sus males!
He aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡O tú feliz, ó venturoso Aminta,
Y mas quanto mas fuiste desdichado!
Esperar con tu exemplo agora puedo,
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y zela
El acero mortal de su fiereza,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.

Coro.

Aquí se nos acerca el sabio Elpino,
Y escuchad sus razones, que de Aminta
Hablando viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
¡O condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que muriendo al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su Ninfa;
Esto tiene por gloria, y esto espera.
¡De qual ligero premio el Dios alado
Contenta sus seqüaces! Dime, Elpino,
¿En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para tí deseas?

Elpino.

Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro.

¡O quanto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso, segun eso,
Que se precipitó.

Elpino.

Verdad ha sido;
Mas fué feliz el precipicio, tanto,

Que en una imágen mísera de muerte
Le traxo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su Ninfa,
Piadosa ya, lo que ántes rigurosa;
La qual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enxuga de los ojos:
Así voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo
Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrámbos.

Coro.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes: y Montano
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Así que el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Qual Dios, ó qual ventura al buen Aminta
Salvar le pudo de peligro tanto.

Elpino.

Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que ví por mis ojos Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta:
Allí con Tirsi andaba razonando

De aquella, que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mí despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo
A su retiramiento y libre estado:
Quando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos, y otros ramos
Juntos, y estrechamente entretexidos,
Un grande haz: en este, ántes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfondase,
Y él mas abaxo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caida,
Que ella no fué *mortal*: pero *con todo*
Tan grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido, y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entónces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes:
Mas miéntras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;

Enviado ya á llamar Alfesibeo,
A quien Febo enseñó la Medicina,
Quando le dió la cítara y el plectro;
Llegáron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo, que tenian por muerto.
Pues quando Silvia lo conoce, y mira
En las mexillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;
Y él con gemido débil, que parece,
Que en los suspiros últimos al ayre
Exhala el alma á guisa de Bacante;
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo que yacia,
Juntando rostro á rostro, y boca á boca.

Coro.

¿Pues como no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquiva?

Elpino.

Abstiene la vergüenza un amor débil,
Mas de un amor constante es débil freno,
Luego como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto,
Del jóven á bañar el rostro frio:
Y fué aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,

Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quien os sabrá decir como quedáron
En aquel punto entrámbos? ya seguro
Del amor de su Ninfa el fiel Aminta,
Y viéndose en sus brazos apretado.
Quien sabe que es amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
Puede juzgarse; quanto mas decirse.

Coro.

¿En fin Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

Elpino.

Aminta
Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado y quebrantado el cuerpo;
Mas es nada en efeto, y él lo estima
Por ménos de lo que es: ¡dichoso joven!
Que así ha dado señal de amor tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
A quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento.
Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar el buen Montano.

CORO.

No sé, si siendo tanta la amargura,
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado;
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado.
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males;
Amor, de bienes tales
Premia á los otros, que en dominio tienes,
Que yo no pido tus mayores bienes.

Tras breves ruegos, y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada Ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcle de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso:
Mas un desden zeloso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

OTRAS POESIAS DE JAUREGUI.

CANCION

A la muerte de la Reyna Doña Margarita.

Ya que en silencio mi dolor no iguale
Ni mis ocultas lágrimas y llanto
Al superior afecto, que las vierte;
Justo será, que mi funesto canto
Las acompañe y que del alma exhale
Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte;
Presente el caso mas infausto y grave,
Que caber pudo en su vigor violento;
Que así mi sentimiento
Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.
Mas vence su rigor las fuerzas mias,
Ni admite el grave daño recompensa
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo aunque ciego de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa;
Veré primero en las cenizas frias
Por quien suspiro, fenecer mis dias
Que de llorarlas quede satisfecho
Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.

¿Quién vió tal vez en áspera campaña
Arbol hermoso cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío?
Donde el ganado cándido recoja
Alejado el pastor de su cabaña
Y allí resista el caloroso estío.
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores
Y de su hojoso toldo y fruto opimo
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores;
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raices desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ageno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro albergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.

No de otra suerte, ¡ó planta generosa!
Que adornas los alcazares del cielo,
Prestaste arrimo, sombra y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heroyca virtud, qual flor hermosa,
Olor, que ha penetrado la estendida
Region etérea: así desposeida
Viéndose España de la prenda suya,

Tembló al severo golpe de la parca,
Y en torno su comarca
Fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en tí gozáron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,
Que para su querella congojada
Ya faltan fuerzas á la voz cansada,
Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.

Ni ya reprime su lamento vano,
Verte en el cielo mejorar de imperios
De excelsos tronos y coronas santas;
Y que en vez de los Príncipes Iberios
Que se postraban á besar tu mano,
Hoy las estrellas besarán tus plantas;
Ni el ver que á España dexas prendas tantas,
(Nobles centellas de tu sacro fuego,)
A cuyo cetro y próspero gobierno
Darás favor eterno,
Si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos hasta mirar tu viva lumbre
Al sol de quien fué rayo, siempre unida
Y prestando esplendor el alto cielo.
Ni el ver, por muestras de tu santo zelo,
Modernos templos, que en edad florida
Han de lograr su excelsa pesadumbre,

Y en quanto el roxo Febo el mundo alumbre,
Honrar, solemnizando tu corona,
Su viva siempre, liberal patrona.

Por mas que el tiempo y la razon porfie
A divertir el ánimo afligido
Del entrañable y vivo sentimiento;
No habrá razon ó tiempo ó largo olvido
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En mísera contienda; y por despojos
Verás, sin tí, nuestros humildes pechos
Que en llanto ya deshechos
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros, y Alemanes rubios,
Que en tí perdiéron su imperial grandeza:
Daráte el mundo, con igual tristeza
Flébil tributo en lluvias, y diluvios:
Porque si á los distantes y vecinos
Reynos, tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Sino qual debe, como puede el mundo.

PARAFRASI

Del salmo Super flumina Babilonis.

En la ribera undosa
Del Babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,

Y allí con faz llorosa
Junto á su márgen frio
Con lágrimas sus ondas aumentamos;
Entónces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las cítaras y harpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazon, quando vivimos
En tí, Jerusalem; mas la memoria
De tu asolado Imperio
Y el duro cautiverio,
En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto,
Para entregarnos al afan y al llanto.
Allí por mas tristeza
La esquadra victoriosa
Que nos conduxo en míseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna:
Mas respondimos con ageno intento:
¿Como dará señal de algun contento
Quien se vé reducido á tal fortuna?
¿Como cantar podrémos himnos santos
En region estrangera,
Do la Deidad primera
Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos

De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?

Sacra Ciudad, que adoro,
Si acaso yo olvidare
Este dolor, que tu memoria pide,
Si al cántico sonoro,
Y al plectro me aplicare,
Antes mi diestra el movimiento olvide.
La lengua, que divide
De la voz el acento y la cadencia,
Se pasme y hiele, á mi garganta asida,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza, por tu ausencia;
Solo fixando en la memoria mia
Tus muros encumbrados,
Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegría,
Que en tí perdí, que en tí gozé primero,
Y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido,
Acuérdate indignado,
Señor, del impio y bárbaro Idumeo,
Quando cayó rendido
Tu pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo:
Que en ódio del Hebreo
Instigaba sus huestes, y decia:
Asolad, asolad desde el cimento

Sus homenages : ¡ó rencor sangriento!
Dichoso el que á tus ojos algun dia,
Fiera Babel, con semejante estrago,
Y merecida pena
Ha de vengar la agena,
El que ha de dar á tu soberbia pago,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus míseros infantes.

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto
Que el Bétis baña, y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces ocupados;
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados:
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un dia,
Porque la Ninfa mia
Ví que emboscaba, y de recelo agena
Ya el cinto desceñido
Sus miembros despojaba del vestido:
Dexóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La ví correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el yelo
Y suspendió su brio,

Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del rio.
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello.
Tal vez la hermosa frente
Solo mostraba de su rostro bello,
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.

Yo en tal alegre vista embebecido,
Y en los texidos ramos escondido,
Al cielo con el alma agradecia
Mi desigual ventura,
Y el recatado labio no movia:
¡Ay si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas!
Y no que ansiosos de mirar cercano
Aquel hermoso bulto soberano,
Se divirtiéron á mover las ramas;
Y apénas el ruido
Hirió á la bella Ninfa el pronto oido,
Quando su aguda vista y rostro honesto
Le descubrió mi hurto manifiesto:
Y como la corcilla descuidada
Miéntras las hojas tiernas y menudas
Despunta de la yerba rociada,
Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
Y vuelve las agudas

Orejas, y la frente pavorosa
A la vecina selva, ó la floresta,
Do con alada planta voladora
Se embosca, y dexa al cazador burlado;
Tal su ligero curso amedrentado
Siguió mi amada Ninfa al mismo instante
Que me miró delante.

¡O bella ingrata, á quien el alma adora!
Entónces dixe, y me arrojé tras ella,
Detente, aguarda agora;
Del enemigo es justo que se huya,
No del amante, que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imágen bella:
Tras tí me llevas del amor vencido
Y no de tus agravios persuadido:
Ya que matarme tu soberbia quiera,
Permite solo que á tus ojos muera.
Mas ay! que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo, Ninfa, en la carrera:
Mira que ofende el áspero camino
Tus blandos pies, reporta la huida,
Que yo te seguiré mas poco á poco.

En quanto así la voz enternecida
Convierto á moderar su desatino;
Ella esforzando el corazon medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica;

Los árboles al verla enamorados,
O ya de mi dolor compadecidos,
Parecen que se oponen á encontrarla,
O bien á contemplarla.
Eco mis voces con afan replica,
Las broncas peñas mi dolor sentian.
Lleva mi Ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecian
Los rayos puros de Titan dorados.
He aquí miéntras sin órden se esparcian
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañáron los hermosos lazos,
Y de mi Ninfa amada
Embarazáron algo la carrera;
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que porque ménos el dolor sintiera,
Sin la seguir me derribé en el suelo;
Diciéndole: ya, Ninfa, no te sigo
Sino con sola el alma enamorada;
El alma llevas, y no mas contigo,
Modera tu violencia acelerada:
O ya si el peso rehusar pretendes,
Déxame el alma, y huye descansada.

Mas no porque mi voz lo asegurase,
Y léjos bien distante me quedase,
Un punto quiso detener sus plantas,

Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes cargando la cabeza y cuello
Acia adelante con ahinco y fuerza,
Dexa perdidas de sus hebras, quantas
Le pudo arrebatar la rica rama,
Y mas furiosa su carrera esfuerza
Abriendo el paso entre la yerba y grama.
De mi burlada vista al fin se aleja,
Los árboles la esconden, y me dexa,
Qual queda el can liviano, que seguia
A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas y quebrarse;
El ya que de cobralla desconfia,
Descuida el pie ligero, y sin cansarse
Contempla solo la difícil via
Y el rastro que dexó por los breñales
De su velluda piel, quando huia
La astuta liebre á saltos desiguales.

Así quando perdí la Ninfa mia
Me fuí yo triste al ramo venturoso,
Do estaban sus cabellos enlazados,
Y dixe lamentándome quejoso
¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á executalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, qual su volatil planta
Detuvo, atenta el oro

La codiciosa vírgen Atalanta,
No es oro el vuestro de menor tesoro:
¡O *dulces lazos*, muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
¡O falso bien, que *regalando mata*,
Y aparente lisonja de la *vida*!
Do contra mí dexó el rigor ageno
En vaso de oro su mortal veneno:
Prenda seréis para mi mal guardada
En el estrecho seno;
Pues aunque en vos me quede la memoria
Desta crueldad de mi enemiga airada
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi débil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste
De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellísima contraria;
Perdona, si en tan breve te despojas
Del oro puro, que te adorna y viste,
Baste á calificar tus ricas hojas
Solo haber sido dél depositaria;
Y en cambio al *recibido*
Beneficio presente, al cielo pido,
Que iguale con su altura
La fértil copa, que tus hojas brota,
Y estienda tus raices

En

En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura,
Y que las arboledas autorizes
Por luengos siglos con igual verdura.

Dixe, y las hebras rubias marañadas
Desenlacé cobarde y temeroso,
Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas:
Y viendo oscurecerse el ocidente
Ya quando al mar de Iberia presuroso
Trastorna el sol la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SONETO I.

Sobre las ondas acosado Antonio,
Al fuerte Augusto, y á Cleopatra mira,
Una al dominio del incauto aspira,
Otro al diadema del Imperio Ausonio

Entrégase el amante al golfo Jonio,
Mas encendido en vil amor, que en ira:
Inmensa armada en su favor conspira
Del Medo y Persa, Egipcio y Macedonio.

Puede triunfar de Augusto, acometiendo;
Tambien huyendo de Cleopatra, puede
Vencer astuto su malicia y arte:

Trueca la accion; y del contrario huyendo,
Sigue su amada fugitiva, y cede
Ambas victorias al Amor y á Marte.

II.

¡Ay de quan poco sirve al arrogante
El edificio, que soberbio empina
Sobre pilastras de Tenaro, y fina
De mármol piedra, y de color cambiante!

Pues quanto mas del suelo se levante
Máquina excelsa, al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su ruina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.

Consumirá en los jaspes su tesoro
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.

Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel, verá su muerte
Pobre y desnudo el sucesor primero.

LA BATALLA NAVAL

DE LOS DE CESAR CONTRA LOS GRIEGOS DE MARSELLA,

Descrita por Lucano en el tercero libro de su Farsalia, y transferida á nuestra lengua.

Sobre el marino campo el roxo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana,
Libre de nubes, y sereno el Polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el soberbio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro, y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.

Quando sus remos á la par tentáron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los Italos zarpáron,
Y los Grecianos de su patrio puerto;
Con la violenta boga rechináron
Los bien travados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélago estendido
De los continuos golpes sacudido.

Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los ayres derramadas
Alzan tan sordo estruendo y gritería,
Que ni se escucha el remo, ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.

Entónces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriba;
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba:
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten sesgas por el agua arriba,
Y allí la flecha y lanza revolando,
Y el dardo ahuyentan uno y otro bando.

Volando encubren la superna esfera
Las hastas, y cayendo la marina:
Las naves se revuelven, y se altera
El órden con la brega repentina:
Qual de la armada se retira afuera,
Y qual á su adversario se avecina,
Qual va girando á torno, y qual deshace
Los sulcos, que la nao contraria hace.

Son ágiles y prestas las Grecianas
Fustas, al embestir y al retirarse:
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en brave cerco intentan rodearse;

Con mas pesado rumbo las Romanas
Procuran en valor aventajarse,
Que á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.

Dixo por tanto Bruto al vigilante
Piloto: ¿por ventura en ligereza
Compites con el Griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?
No sulques, no, las ondas vacilante,
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de traves opon los vasos nuestros
Contra sus barças y baxeles diestros.

Mostró el piloto obedecerle, y fuéron
Todos atravesando su navío:
Las fustas enemigas embistiéron,
Como acetando el nuevo desafío;
Del propio encuentro algunas se rompiéron,
Las otras por el Italo gentío
Entre cadenas fuéron enlazadas,
Y con agudos garfios aferradas.

Así dos flotas, la Romana y Griega,
Formáron un tablado espeso unido;
Y suelto el remo, la naval refriega
Fué, y el combate rígido encendido:
Ya nadie al viento su rejon entrega,
Ni ofende ya de léjos despedido
El dardo, ó lanza, mas la espada aguda
Rostro con rostro á batallar desnuda.

Al bordo cada qual se acuesta y carga
De su fragata; y al contrario bando
El brazo y mano rigurosa alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando:
Del áspero combate el agua amarga
Hierve en espumas roxas, y nadando
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada ciegamente envueltas.

Ya el número de muertos y anegados,
Que ve sobre las ondas cada nave,
Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trabe:
Algunos medio vivos y cansados
Sostienen con el alma el cuerpo grave,
Bebiendo á su pesar la espesa copia
Del mar, mezclado de su sangre propia.

Así bebiendo el mar, el mar los traga:
Y otros, que su baxel cascado miran,
Antes que se rehunda, ó se deshaga,
Al agua saltan, y á vivir aspiran;
Qualquiera flecha, ó lanza ofende y llaga,
Que allí los Griegos y Romanos tiran;
Pues aunque el agua, errando, se derribe,
Hay cuerpo, que su golpe en sí recibe.

Dos fustas de Marsella contrastaban
Una de César, y en igual porfía
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia;

Y en quanto la vitoria dilataban,
Tago, Latino, insigne en osadía,
Probó a estender el brazo temerario,
Y asir las xarcias del baxel contrario.

Quando en su espalda y pecho repartidas
Dos lanzas á la par lo atrevesáron,
Y al medio de su cuerpo introducidas
Las puntas aceradas se encontráron:
Dudó la sangre á qual de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzáron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madero
Telon, un Griego que chalupa alguna
No vió jamas tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna:
Juzgaba siempre el tiempo venidero
Solo mirando al rostro de la luna,
O al sol; y anticipada resolvia
La vela donde el viento requeria.

Este ya dexa abierto en la marina
Un vaso, que embistió con su pujanza,
Quando de léjos llega repentina
A barrenar sus pechos una lanza,
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estanza;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurre entre las ondas vacilante.

En cuyo vaso vagabundo, y falto
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró á saltar desde lo alto
De su fragata, en ademan ligero,
Y un dardo agudo, en la mitad del salto,
Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas, que topara enfrente,
Dexando al Griego de la nao pendiente.

En el conflicto de la guerra armados
Asisten dos hermanos, que nacidos
Ambos de un parto, á diferentes hados
Fuéron por varia estrella conducidos;
Causaban grato error á los burlados
Padres, porque sus rostros parecidos
Eran de modo, que el mortal y agudo
Acero solo distinguirlos pudo.

Pudo la muerte, reservando al uno,
Al otro arrebatar su semejante,
Tal, que los padres, sin engaño alguno,
Verán distinto al único restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpetuo dolor perseverante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.

El uno de los dos con muestra osada
Asió una caravela del Romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
A cercen le cortó la diestra mano,

Aquella con sus nervios aferrada
Quedó, y asida de la barca en vano,
Y en el ilustre pecho del mancebo
Creció nueva arrogancia y vigor nuevo.

Ya al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda, á la batalla atiende,
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiende;
Quando un alfange del opuesto bando
Tras él con feroz ímpetu desciende,
Que tambien la siniestra vengativa,
Y el brazo desde el hombro le derriba.

Ya que privado de regir se mira
Espada, ó lanza, ni acerado escudo,
No se recoge adentro, ó se retira,
Ni al hado rinde el corazon sañudo;
Mas sin dexar el puesto, ardiendo en ira
Expone el pecho á nueva lid desnudo,
Donde á su hermano guarda y lo defiende
Que á sus espaldas por igual contiende.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
Y como firme y sólida trinchera,
La flecha, dardo y lanza allí resiste,
Porque á ninguno de los suyos hierra;
Las muchas llagas de su cuerpo triste
Ya le compelen á que espire y muera;
Mas él su poca sangre y poca fuerza
En sí recoge, y á vivir se esfuerza.

Sostuvo el alma el jóven temerario,
Miéntras saltaba en su enemiga nave,
Por ofender siquiera al adversario
Con solo el peso de su cuerpo grave:
La nave ya, del ímpetu contrario
De Griegas proras, todo leño y trabe
Mostraba poco firmes, y cubiertos
Sus altos bordos de los hombres muertos.

Así que la oprimió con su añadida
Carga, el osado salto repentino,
Del agua por sus quiebras recibida
Se hinche, y tuerce al fondo su camino;
La mar propinqua, en cerco removida,
De espuma forma un ancho remolino,
Abrese recibiendo la chalupa,
Y luego el puesto, que ella dexa, ocupa.

Hubo portentos raros aquel dia:
Sus garfios los Romanos aventáron,
Creyendo de aferrar una saetía,
Y en vez de aquella, á Lísida enclaváron:
Por le salvar, sus Griegos á porfía
Le asiéron ambos pies, luego tiráron
El cuerpo asido de contrarias partes,
Hasta que le troncáron en dos partes.

Toda su sangre entónces desprendida
Por toda vena, el piélago manchaba,
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu, saltaba:

De los últimos miembros desasida
Fué en breve el alma; y donde se alojaba
El corazon y entrañas, se entretuvo,
Y allí gran rato batallando estuvo.

De un Griego bergantin toda la gente
Por ir á defender el diestro lado,
Dexó el siniestro bordo enteramente,
Sin consideracion, desocupado:
La mal partida carga de repente
Vuelca el ligero casco, y trabucado
Ya el árbol nada, y la carina y suelo
Es techo de las ondas, vuelto al cielo.

Viva la gente en ciega sepultura,
Al fin rabiando perecer espera,
Sin que los dexe su caverna oscura
Tender los brazos por el agua afuera.
Trazó una estraña muerte la ventura
De un Italo mancebo, injusta y fiera,
El qual iba nadando, y dos canoas
En medio lo encontráron con las proas.

En cuyos espolones suspendido,
Bramando pereció, sin que estorbase,
Su cuerpo y duro nervio entremetido,
Que una con otra punta resonase,
Abierto el vientre, el corazon partido,
Le provocáron ambos vomitase
La espesa tinta de su sangre, á vueltas
De las entrañas con el alma envueltas.

Ya que esparcidos uno y otro vaso,
Cayó el mezquino entre las ondas muerto,
Hallaba puerta el mar, y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto.
Otro baxel por mísero fracaso
Se vió hundir, y procuraba experto
Rompiendo el golfo cada buen soldado,
De un barco amigo socorrerse á nado.

Alzaban con ahinco y agonía
Sus manos á las xarcias y madera
De cable, ó remo cada qual prendia
Segun salvarse de la muerte espera;
Mas la embarcada chusma, que temia
Henchir de nueva carga su galera;
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva.

Así quedaban de la nao colgando
Los brazos, cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos, dando
De espaldas sobre el golfo aborrecido,
Luego los simples troncos rehilando
Andaban por el piélago estendido,
Que en breve sustentarlos no podia,
Y en su profundo seno los sorbia.

Fué estraño de mirar, quando faltaba
Ya el dardo, ó flecha á la guerrera gente,
Como el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente:

Este

Este el fornido remo levantaba,
Aquel la antena misma, y ciegamente
Otro desembrazaba los enteros
Bancos, atropellando á sus remeros.

Y aun hubo algunos, que sin armas viendo
Su diestra en lo postrero de la vida,
Sacáron de sus llagas el horrendo
Hierro, y el hasta, y dardo su homicida,
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida;
Guardando así la sangre en su pujanza,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza.

Mas miéntras se contiende y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las naves, como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario,
Que en hachos aplicado de esquisita
Forma, y compuestos de betumen vario,
Ardiendo se arrojaba, y al momento
Las urcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que á estinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;
Antes quando se rompe, y se derrama
Un barco en partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo.

Al mar se arroja entónces diligente
Huyendo el fuego de su lancha el uno;
Otro se abraza de la tabla ardiente
Por defenderse del atroz Neptuno,
Que en riesgos tantos la infelice gente,
Aunque es forzoso padecer alguno,
Siempre aborrece, y huye la fiereza
De aquella muerte, que á morir empieza.

Los que en el alto piélago nadando
Sé hallaban, á lo ménos ofendian
Con dardos, que á la armada de su bando,
Del golfo recogidos ofrecian;
Y alguna vez rabiosos estribando
Mal sobre el agua floxa, despedian
Hácia el contrario la mojada lanza
Con pulso incierto, y falto de pujanza.

Si para contrastar al enemigo,
Hasta ninguna por el agua hallaban,
El agua misma á funeral castigo,
En vez de agudas armas, aplicaban:
Porque abrazando cada qual consigo
A su contrario, al fondo se calaban,
Alegres de comprar (¡cuitada suerte!)
La agena á costa de su propia muerte.

En este modo de matar violento,
Tosco Greciano á todos excedia,
Búzano, que en el agua el vivo aliento
Por un espacio largo entretenia,

Y á escudriñarle su arenoso asiento,
Como veloz delfin, se zabullia,
A veces destrabando la ferrada
Ancla, en el centro de la mar hincada.

Este fué de mil hombres homicida,
Hundiéndose con ellos abrasado,
Y luego tras la oculta zabullida,
Tornando arriba salvo y descargado;
Mas una vez él mismo á la salida
El mar halló de barcas ocupado,
Y allí faltando su nadar esperto,
Quedó debaxo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
Por desigual venganza se arrimáron
A su enemiga nao, y el remo asiendo,
Su apresurado curso embarazáron.
Así en la brega militar muriendo,
Todos vengarse al ménos intentáron;
Y que su sangre y vida se vendiese
Quanto costosa cada qual pudiese.

Tirreno valentísimo Romano,
Jugando estaba de su limpio acero,
Quando le vido Lígdamo, Greciano,
De dardo y honda el tirador primero;
Allá le enderezó con diestra mano
Una pelota el bárbaro guerrero,
Que le acertó en las sienes, y sangrientos
Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entónces á la grave ofensa
Queda, y al golpe, atónito de suerte,
Que sus tinieblas ya recela, y piensa
Ser triste efeto de la propia muerte:
Mas como vuelve en sí, y á la defensa
Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
Alza la dura faz manchada y ciega,
En tanto que á los suyos habla y ruega:

Amigos (dice) como ya asestado
Poneis un balleston á léjos trecho,
Así no ménos vuelto y aplicado
Al enemigo me poned el pecho;
Siquiera por mis brazos aventado
Será algun dardo á término derecho,
Haciendo en tanto que la vida acabe,
Lo mas que en mi valor y fuerzas cabe.

Y aun algo entiendo aprovecharos muerto,
Porque burlando al esquadron villano,
Qual hombre vivo, mi cádaver yerto
Será flechado de su gente en vano.
Dixo, y en su chalupa descubierto
Luego desembrazó con ciega mano
Un hasta al enemigo, la primera,
Con ciega mano sí, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del jóven Argos de Marsella,
Y sobre el hasta el cuerpo derribando,
Ayuda él mismo á atravesarse en ella:

Su padre, que morir le estaba mirando
De léjos, por los bancos atropella,
Sin que la chusma el paso le embaraze,
Hasta do el hijo agonizando yace.

Este, quando mancebo (competia
En entender y usar de la robusta
Guerra, con quantos de su tiempo habia,
Y así de la palestra y de la justa:
Y aun hoy, que á su vigor y valentía
Los años vencen, de las armas gusta,
Y entre los suyos débil y cansado
Sirve de exemplo ya, no de soldado.

Viendo á su hijo el mísero no pudo
Batir sus pechos, ni bañar en llanto
Sus tristes canas; mas helado y mudo
Quedó un espacio de dolor y espanto:
De la terrible angustia el golpe agudo
Turbó la vista de sus ojos tanto,
Que al fin desconoció la pura frente,
Y el rostro amado del doncel presente.

Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
Lánguido entónces, y á su padre mira
El pálido garzon, y al conocello
Hablar no puede y tácito suspira;
Las señas mudas de su rostro bello
Piden, en tanto que la vida espira,
Los paternales últimos abrazos,
Ansioso el jóven de mover los brazos.

Mas despertando el viejo, y de su parte
Fuerzas cobrando su dolor mas fiero,
Argos, perdona (dice) si negarte
Puedo mis brazos á tu fin postrero:
Fáltame corazon para mirarte
Difunto en ellos, moriré primero
Que tu vital espíritu despidas,
Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.

Por el anciano pecho, miéntras dixo,
Viéron su espada misma atravesarse,
Y al fin porque su muerte á la del hijo
Pudiera sin estorbo anticiparse,
Quiso, abreviando su vivir prolixo,
En las marinas ondas anegarse:
Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
Y luego el alma desatada al viento.

Ya ofrece la vitoria (que dudosa
La tuvo largo espacio el fiero Marte)
A los Romanos palma gloriosa,
Y vencedor tremola su estandarte:
Los Griegos vasos, de la lid furiosa,
Parte encendidos, y anegados parte,
Dexan cautiva la restante armada,
Y de Latinas armas ocupada.

Fué inmenso el llanto, y plaga lastimera
De la ciudad aflicta y dolorida;
La gente inmensa, que del muro afuera
Sale, y al mar concurre desparcida:

Del hijo ya la madre en la ribera
Busca la ciega faz desconocida:
Otras, en vez de esposos y de hermanos,
Por yerro abrazan cuerpos de Romanos.

Un padre allí con otro contendia
Sobre un cádaver ya deforme y fiero,
Y cada qual por hijo le encendia
Suspira, en muestra del honor postrero.
Bruto Romano en la naval porfía
Venció el Griego valor, y fué el primero
Que sobre el mar, con próspera vitoria,
A César aumentó renombre y gloria.

OCTAVAS

EXTRACTADAS DEL ORFEO. (*)

Gozaba juvenil el Trace Orfeo
De libre edad la primavera ociosa,
Dando á sus años regalado empleo
La lira dulcemente numerosa:
No al vínculo legal del Himeneo
Afectos cede, ni á la Cipria Diosa,
Qual si anteviera el ánimo presago
Ya por su medio el venidero estrago.

Mas entre las beldades que atropella,
De inquieta llama causador y esento,
Fué la excepcion Eurídice mas bella,
Que impuso apremios á su libre intento:
Ama vencido el que imperaba, en ella,
Juzga felicidad el vencimiento:
¡Ay quantas veces aduló engañosa
La desdicha, con máscara dichosa!

(*) Las extravagancias y afectacion de estilo, que deslucen generalmente este poema, no permitian insertarle entero; por lo qual se han extractado los mejores trozos que tiene; procurando que en ellos la narracion guarde alguna conseqüencia.

En la Ninfa gentil toda belleza
Su imperio ostenta, explica su tesoro,
Cielos cifra su rostro, su cabeza
Vierte sobre los hombros lluvias de oro:
Allí el alhago, y virginal terneza
Gozo prometen y originan lloro:
Allí entre flores de vivaz semblante
Acónito mortal gustó el amante.

Emulo varonil, hermoso opuesto
Fué el jóven de la Ninfa generosa,
Donde el mérito pudo contrapuesto
Solicitar la union mas amorosa:
Un pecho y otro á dominar dispuesto
Emprendió la victoria presurosa,
Mas á un tiempo, en amar, no precedidos
Se halláron vencedores y vencidos.

Cautelar pudo al advertido esposo
(Mas al amor la providencia implica)
De azares el concurso temeroso,
Que ya en su boda breve llanto indica.
No asiste Juno, no loquaz y ayroso
El Dios nupcial su ceremonia explica;
De obscura antorcha, con desórden ciego
Arde en su mano, reluchando el fuego.

Despues quando la dulce, prevenida
Hora nocturna al tálamo los llama;
Y á ocultos regocijos encendida
Luz grata admiten el amante y dama;

Procedido de causa no advertida
Súbito impulso arrebató la llama:
Ni el discurrir contra el anuncio fiero,
Halló evasion á desmentir su agüero.

Así temió en su orígen la mudanza
El fiel consorcio que repugna el cielo:
Serenidad infiel cuya bonanza
Siempre asaltáron ondas de recelo.
Nunca allí se enteró la confianza,
Nunca total prevaleció el consuelo,
Bien que ignoraban siglos anteriores
Tan regalado exemplo en amadores.

¡O qnantas veces él, si la belleza
De Eurídice describe en dulce canto,
Pudo en sus ojos la interior tristeza
De incierto orígen provocar el llanto!
Turba la voz su liberal destreza,
Embaraza á la Ninfa un tierno espanto,
Viendo del son la repugnancia ingrata,
Que empieza elogio, y llanto se remata.

Si en diversion alegre el florecido
Campo les presta deleytable asiento,
De ave siniestra el lúgubre gemido
Su gozo altera con infausto acento:
Uno y otro en el ánimo ofendido
Dolor escribe, y simulando aliento,
De su verdad y engaños daban señas
Llorosa risa, ó lágrimas risueñas,

Bastardo incendio de garzon lascivo
Miéntras vagaba en plácida floresta,
Quiso vencer sacrílego el esquivo
Justo desden de Eurídice modesta:
La defensa encomienda al fugitivo
Curso la Ninfa temerosa, presta,
Y agravios juzga del ausente Orfeo
Que el pie no se adelante á su deseo.

Sigue su veloz huella el torpe amante
De su insano apetito estimulado;
Ella en su casto intento mas constante
A par del viento vuela por el prado,
Al jóven precediendo muy distante:
Y aunque le mira ya tan alejado,
No interrumpe su curso presuroso,
Hasta llegar á brazos de su esposo.

En quanto el miedo cauto diligente,
Apresurar la obliga su carrera
Imprevista mortífera serpiente,
Con planta (¡ay infeliz!) holló ligera;
Hiere improviso el venenoso diente
La eburnea tez, y su candor altera;
Letal contagio penetró en la herida
Hasta el íntimo centro de la vida.

Así desvaneció la flor hermosa,
Donde ya la beldad reynó lozana,
Donde mezcladas la azucena y rosa,
Miraban con desden la nieve y grana;

En el consorte fiel la dolorosa
Nueva excedió la tolerancia humana;
Muerta la una parte de su vida,
De la que resta ser quiso homicida.

Hijo era noble el generoso amante
De la Musa mayor y el dios de Delo,
Que el furor le duplican elegante,
Con que el ingenio diviniza el vuelo:
El castalio licor tan abundante
Le inunda, que su labio alhaga el cielo,
Destinando á su verso en Elicona,
Febo siempre el laurel y la corona.

Tristezas canta que en el alma ofenden,
En metros tan acordes y suaves,
Que el vuelo y la carrera le suspenden
Condolidas las fieras y las aves;
Buscan su voz y su terneza aprenden,
Los troncos yertos, los peñascos graves,
Las corrientes al métrico lenguage
Se impelen con retrógado viage.

Su inmensa actividad reconocida
Asunto ya de prodigioso espanto,
Pues los objetos sin sentido ó vida
Se animan al impulso de su llanto;
El jóven que su industria reducida
Tiene á inquirir alivio al ciego llanto;
Contra la angustia que su paz destruye
Discurre arbitrios, y animoso arguye.

Si el vigor (dice) de mi lengua pudo
Rendir los brutos de inclemencia armados,
E introducir en el peñasco rudo
Racionales afectos animados;
¿Como en virtud de sus alientos, dudo
(Aunque la fuerza impugne de los hados)
Si el Reyno inquieto del eterno luto,
Mover piedad en Radamanto y Pluto?

A tanto exâmen su eficacia atreva
Mi doloroso canto, y ruego tierno.
Dice y comete á la experiencia nueva
El revocar su Eurídice de Averno:
Sola intentada la estupenda prueba
A osados pudo ser exemplo eterno,
Y niega executada (bien que en vano)
Su imitacion al ardimiento humano.

En la fragosa Ténaro que inunda
El Lacónico ponto, en sitio cierto
Rudo taladro de canal profunda
Rompe el terreno cavernoso y yerto:
Intonsa breña con horror circunda
El rasgado peñon, y esconde abierto
Cóncavo tal, que á la tartárea estanza
Por las entrañas del abismo alcanza.

Tan denso allí de rústica madeja
Asombra el sitio pabellon herboso,
Que aun lo exterior á la caverna dexa,

De la estorbada luz siempre envidioso;
Ni quando el sol á su zenit se aleja
Allí introduce rasgo luminoso;
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho el despertar el dia.

Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborrece,
No le matiza de verdor, no altera
Su tosca rama, ni sus hojas crece:
Quando repite Abril su primavera,
Y en vario esmalte el prado reflorece,
Allí le niega su dominio alterno,
Siempre rehacio el escabroso invierno.

De ciegas ondas lago ponzoñoso
Bate en la peña, y riega su boscage,
Que al basilisco y áspid venenoso
Aun fuera su licor mortal brevage:
Humos exhala, que en el viento ocioso
No otorgan á las aves hospedage,
Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.

Nunca en la breña la segur tajante
Violó de añoso tronco seca rama,
Ni pie mortal, á orillas del undante
Lago imprimió jamas la espesa lama:
Previene el escarmiento al caminante
La ya esparcida voz que el sitio infama,
Léjos se mira, y con espanto y miedo
El pie lo huye y lo demuestra el dedo.

De esta caverna á la estacion tremenda
El sobrado sentir conduxo á Orfeo,
Que aun el amor se admira de que emprenda
Tan desesperada accion mortal deseo:
Ya pasa el lago, y por obliqua senda
Al bosque arriba en áspero rodeo,
Ya en los breñales que la cueva ofuscan,
Posible entrada sus alientos buscan.

Riesgos tropella con audaz semblante,
Anhelando desprecios de la muerte,
Que si con ella lucha amor constante,
Produce amor actividad mas fuerte:
Aun hasta allí la voz del tierno amante
Los peligros opuestos no divierte,
Porque la causa que le impele á tanto,
Deba mas á su esfuerzo que á su canto.

Ya penetra en el márgen de la sima,
Que es del abismo exòrdio primitivo,
A la lira sonante el pletro arrima,
Y del ayre el vapor templa nocivo;
El blando acento de la voz intima
En las entrañas del peñasco vivo,
Que ántes solo admitiéron en sus huecos
Del tartáreo gemir ásperos ecos.

Sale de sí el gran monte que apetece
Vecino el canto y como crespa goma,
Que en el tronco del árbol aparece,
En cada risco nuevo risco asoma;

Por el canal en torno inquieta crece
La peña, que la voz ablanda y doma,
Y tal se estrecha en la caverna el Tracio,
Que apénas halla á su camino espacio.

Horrible incendio, entre borrados léjos,
Arroja luz infausta tenebrosa,
Mal retratando en hórridos espejos
La bruta faz de la region umbrosa:
Rige el paso á los trémulos reflexos
El jóven y la indómita espantosa
Habitacion, que infausta le ocurria
Vencer emprende en dulce melodía.

Al márgen de Aqueronte, algoso rio,
Tiene la voz mil sombras elevadas,
En quien ya de la vida faltó el brio,
Y existen aparentes y animadas;
Todas atienden el baxel tardío,
Y á prescrito lugar ser colocadas,
Maravíllanse viendo al jóven fuerte
En el reyno espantoso de la muerte.

Llega á Aqueronte, y en su orilla espera,
Las cuerdas requiriendo y consultando:
Ve la grosera barca á la ribera
Opuesta conducir copioso bando:
Del instrumento, y de la voz esmera
De nuevo entónces el acento blando,
Gime la cuerda al rebatir del arco
Y su gemido es remora del barco.

Resonó en la ribera tiempo escaso
El canto que humanar las piedras suele,
Quando atras vuelve, y obedece el vaso,
Mas á la voz, que al remo que le impele:
La conducida turba, al nuevo caso
Se admira, se regala, se conduele,
Y las réprobas almas con aliento
Se juzgan revocadas del tormento.

Solo el piloto rígido concibe
Furor, porque decrépito su oido,
La suavidad sonora mal percibe,
Y el baxel mira discurrir torcido;
Mas ántes que la prora al puerto arribe,
De la dulce armonía persuadido
Sintió la voz y con piadoso espanto
Tambien rindió su admiracion al canto.

Templa la dura faz, descuida el remo,
Y al prodigioso músico se humilla;
Llega la barca al procurado extremo,
Y en el alga tenaz hunde la quilla:
Entra el amante y el lugar supremo
Ocupa, en tanto que la adversa orilla
Repite el leño, obedeciendo leve,
Al canoro piloto que la mueve.

La armoniosa voz luego sepulta
Al can trifauce en regalado sueño,
Supliendo su eficacia y fuerza oculta
Confecciones de miel y de beleño:

En la ancha cueva de maleza inculta
Se reclina, olvidada de su empeño
La bestia inútil, y concede abierta
Del reyno interno la difícil puerta.

Esta penetra y se adelanta el Tracio
(Cuyo amor y valor igual compite)
Y el pie dirige al íntimo palacio,
Que al de Jove emulando alberga á Dite;
Mira á la diestra en dilatado espacio,
El gremio Eliseo, que feliz admite
Posesores heroycos, nobles almas
Que ornan su frente vividoras palmas.

Bien presume de Eurídice el amante
Que allí inmortal su domicilio alcanza,
Y allí le impele con fervor constante
Impetu opuesto á la sagaz templanza:
Mas el pie revocando vacilante,
En el temor suspende la esperanza,
Teme, si entra los límites agenos,
Que atreviéndose á mas consiga ménos.

Vencer ántes propone compasivo
(Tanto en vigor de sola voz emprende)
La gran deidad, de cuyo ceño altivo
El ínfero gobierno unido pende:
La vista encumbra al edificio altivo
Y á su muralla, y puerta el paso tiende,
Quando admirado vé, y admira tierno
El mas broneo espectáculo de Averno.

Ve en siniestro lugar el espantoso
Presidio, y posesiones del tormento,
Donde es lago la tierra lagrimoso,
Y á los gemidos incapaz el viento:
No consintió la lira el arco ocioso,
Ni se negó la voz al instrumento,
Que serenáron dulcemente unidos
La tempestad horrísona de aullidos.

Sísifo que su cargo ha fenecido
Tantas veces, y nunca le fenece,
Porque el peso del hombro sacudido,
Vuelve á subir y el padecer recrece;
Ya se rehusa el risco detenido,
Y el que imprimió dolor, descanso ofrece
Suspendiendo la lira su suplicio,
Y al buytre hambriento que devora á Ticio.

En círculo voluble padecia
El que fué de Junon amante insano,
Quando venció al rigor el armonía
Quietando al móbil el girar liviano.
Así el aspa rodante, que regia
Aspera muela que deshace el grano,
Pierde la furia, y calma el movimiento,
Si viene el aura, y se retira el viento.

Con humillada adoracion se inclina
Al Rey feroz que armado de aspereza
De inquietos ojos rígido fulmina

Rayos de ira eclipsados en tristeza:
Obsequio no menor á Proserpina
Rinde, y colige atento en su belleza,
Que silenciosa otorga al ignorado
Ruego lo que le niega el Dios turbado.

Dime lo que lloró cantando Orfeo,
Y los efectos de su ruego, ¡ó Musa!
Quando su voz seguida del recreo
Fué en el palacio cóncavo difusa,
Y dulce consiguió mayor trofeo,
Que acerbo el duro rostro de Medusa,
Pues suspension, á estatuas parecida,
Da á las deidades, y á las piedras vida.

Nùmen del orbe y sus abismos (dice)
Que gozas con glorioso ministerio,
Por feliz suerte y mérito felice,
Igual con Jove el dividido imperio;
Yo el mas de los humanos infelice
Desciendo á tí del Artico emisferio;
Si estoy vivo no sé, sé que la suerte
Traxo mi vida al reyno de la muerte.

Mas quando viva muerto, ó muera vivo
Siendo estos miembros mi sepulcro humano,
Ni aquí me induce presuncion de altivo,
Ni curiosa ambicion de estudio arcano:
No qual Teseo, ni Pirítóo lascivo
Tu afrenta inquieto conspirada en vano,
Ni como Alcídes, coronar espero
Mis hazañas, robándote el Cerbero.

Solo cobrar mi espíritu procuro
En Eurídice bella vinculado,
En quien la muerte el esplendor mas puro
Robó antepuesta á la intencion del hado:
Quejas de amante (no el acero duro)
Cercan mi pecho, á la conquista armado:
El ruego humilde, el mísero lamento,
Por mis pertrechos bélicos presento.

Ya en la terrena faz que alegra al cielo
Contra la ausencia presumí industrioso
Fingir alivio leve, no consuelo,
O ser á mis tormentos poderoso:
Yélame ardiendo el sol, ardo en el yelo,
El descanso me ignora, y el reposo;
Quanto los hombres juzgan luz y dia,
Es á mis ojos tempestad sombría.

Así aunque vine de region serena
Al negro centro no distingo horrores,
Y si juzgas mi osar digno de pena
Porque tus reynos penetre inferiores;
Ya amor por su derecho me condena,
No intimes á mi mal nuevos rigores,
Que no me añadirá tu abismo ciego
Ni tormento mayor, ni mayor fuego.

Tal causa solicita mi cuidado
Que en lo amante se absuelve lo atrevido,
Quanto mi accion te provocó indignado
Te merece mi mal compadecido:

Ni á exceso debes referir sobrado
El de amoroso impulso procedido,
Que si culpas mi accion y mis extremos,
En mí á los Dioses culparás supremos.

Por su Europa verás el gran Tonante
En brutas pieles de animal extraño;
Cisne despues, quando de Leda amante
Para lascivo ardid cándido engaño:
Tú mismo (ó Rey) sin exemplar distante
Ser puedes en mi abono desengaño,
Quando excediendo esfuerzos de Mavorte
Fué triunfo tuyo tu feliz consorte.

Yo imitando tu amor busco la mia:
No impidas á tu empresa semejanzas,
A tí deba mis glorias la osadía
Su posesion á tí mis esperanzas:
Francos regresos el abierto dia
Nos permite; serán tus alabanzas
(Dando á la lira eternizado empleo)
Unico asunto, única voz de Orfeo.

En quanto así dilata el blando ruego,
Toda aspereza de la faz destierra,
Al bronco Numen, y penetra luego
Al corazon con la sonora guerra:
Ya el Dios admite plácido el sosiego
Y al turbado rigor la entrada cierra,
Ya dominar en sus entrañas dexa
La primera piedad de humana queja.

Con semblante Prosérpina lloroso,
Desde el primer acento el canto oia,
Sobrando al pecho femenil piadoso
El vigor de la acorde melodía:
A contrastar su inexôrable esposo
La intercesora voz apercibia,
Mas no intercede, que su faz propicia
Ya la piedad que procuraba indicia.

El Rey justificando su gobierno
Consultivo se vuelve á Radamanto,
Vé al rígido ministro entónces tierno
Que afecta disimulos contra el llanto:
Leyes al fin deroga de su Averno
Por conceder la súplica del llanto,
Su efecto abrevia en diligente oficio
Duplicando el valor del beneficio.

Al tropel de ministros circunstante
Que le anticipan obediencia, ordena
Se restituya Eurídice al amante,
Y ambos despues á la region serena;
Manda apénas el Dios, quando delante
El bello orígen de su gloria y pena,
El Trace mira, y dilatando el pecho,
Aun á su gozo presta albergue estrecho.

Precepto fué imperial, impuesto en vano;
(Pension ligera al sucesor de Febo)
No á mirar vuelva con error liviano;

La vista á su consorte ni al Erebo:
Hasta que asciendan al abierto llano,
A cuyas luces con aplauso nuevo
Gocen alhagos, que jamas permite
La severa region reyno de Dite.

Seguido, pues, de la inocente bella
El prodigioso vencedor, en tanto
Ya retrocede la triunfante huella,
Y espanto aumenta al reyno del espanto:
Festivo elogio en vez de la querella
Consagra al Dios reconocido el canto;
En himnos dedicando el beneficio,
La gratitud sonoro sacrificio.

El músico infeliz reconocia
Estremos ya de la superna entrada,
Y si el efecto no, la fantasía
Gozaba el fin de la triunfal jornada;
Rindióse á recelar si le seguia
Su prenda del abismo revocada,
O si en los riscos de la sima acaso,
Obliqüa senda la retarda el paso.

Turbó el recelo acciones al sentido,
Cegó prudencias al discurso inquieto,
Tal que introduxo á la memoria olvido
Que violó de Pluton el gran precepto:
Vuelve la vista (¡ay triste!) inadvertido,
Y apénas mira el procurado objeto
Que anhelando los ojos su presencia;

Siglos fulminan de llorosa ausencia.
Sigue entre fuegos, truenos y temblores
Lóbrego nublo en apariencia ingrata,
Que á los horrores añadiendo horrores,
Por las fauces del Orco se dilata:
En sus humos envuelve voladores
A Eurídice, y bramando la arrebata,
Como en turbado mar con furia oculta,
Errante leño el huracan sepulta.

Desvanece con ímpetu la dama,
Y en quanto sigue la profunda via
Con altas quejas á la suerte infama,
Clamores tristes al amante envia:
Huye al centro la voz que en vano clama;
Mas y mas débil cada vez se oia,
Oye el Trace (ó le informa su deseo)
Lánguido el nombre repetir de Orfeo.

Por seguir y llamar su fugitiva
El pie intenta mover, y lengua muda,
En el terreno aquel temblando estriba
Esta su voz á la garganta anuda:
Al sobresalto al fin la primitiva
Fuerza quebranta, y de su muerte en duda,
Tras las nieblas fugaces y veloces
Pasos esparce intrépidos y voces.

Del gran dolor á la inclemencia fiera
Se entrega; y provocando en sí la ira,
Aun el tormento procurar quisiera

Quando autor de su pérdida se mira;
Revuelve de Aqueronte á la ribera,
Y forma acentos rudos á la lira,
No obedeciendo en el turbado llanto
La cuerda al plectro, ni la voz al canto.

Ni quando recupere allí el amante
Su actividad sonora no oprimida,
Será á cobrar su Eurídice bastante
Segunda vez al Báratro ofrecida:
Dará su labio, y cítara sonante
Gozo al dolor, á los peñascos vida;
No así podrá piadoso ni obstinado
Firmes decretos revocar del hado.

NOTICIAS DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Se ignora en qué año nació, aunque consta que fué natural de Sevilla. Tampoco se sabe donde pasó la juventud, y solo parece que vivia en Roma en 1607; pues en este año publicó allí su traduccion del *Aminta*, de Torquato Taso. Tal vez le llevó allá su aficion á las Artes; pues cultivó la pintura de modo que logró mucha estimacion por ella. Fué caballero del hábito de Calatraba, y Caballerizo de la Reyna Doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV. Pasó en Madrid la mayor parte de su vida, sirviendo este empleo, y murió en la misma villa por los años de 1650 siendo ya de mucha edad. Sus *Rimas* se publicáron en Sevilla juntamente con el *Aminta* en 1618. *La Farsalia* en Madrid en 1684, y con ella se reimprimió el *Orfeo* ya dado á luz en 1624.

POESÍAS

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

CANCION PRIMERA.

Al armamento de Felipe II contra Inglaterra.

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el Frances Pirene al Moro Atlante,
Y al ronco son de trompas belicosas
Haz envuelta en durísimo diamante
De tus valientes hijos feroz muestra
Debaxo de tus señas victoriosas;
Tal que las flacamente poderosas
Tierras, naciones contra su fe armadas,
Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de sus arneses fiera lumbre,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan,
Y como al sol las nieblas se resuelvan:
O qual la cera blanda desatadas,
A los dorados luminosos fuegos
De los yelmos grabados
Queden como de fe de vista ciegos.

Tú que con zelo pio y noble saña
El seno undoso al húmedo Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y quantos en tus Reynos uno á uno
Empuñan lanza, contra la Bretaña
Sin perdonar al tiempo has enviado;
En número de todo tan sobrado
Que á tanto leño el húmedo elemento
Y á tanta vela es poco todo el viento,
Fia que en sangre del Ingles Pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de ruinas Oceano:
Y aunque de léjos con rigor traidas,
Ilustrará tus playas y tus puertos
De banderas rompidas,
De naves destrozadas, de hombres muertos.

O ya Isla católica y potente
Templo de fe, ya templo de heregía,
Campo de Marte, escuela de Minerva,
Digna de que las sienes que algun dia
Ornó corona Real de oro luciente
Ciña guirnalda vil de estéril yerba;
Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza y de fe ricos;
Ahora condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada,

Del uso en vez, del cetro y de la espada;
Muger de muchos y de muchos nuera.
¡O Reyna torpe, Reyna no, mas loba
Libidinosa y fiera,
Fiamma dal ciel su le tue treccie piova!

Tú en tanto mira allá los Otomanos
La Jonias aguas, que el Sicano bebe,
Sembrar de armados árboles y entenas,
Y con tirano orgullo en tiempo breve
Domando cuellos y ligando manos,
Y sus manos hiriendo las arenas,
Despoblar Islas y poblar cadenas.
Mas quando su arrogancia, y nuestro ultrage
No encienda en tí un católico corage,
Mira, si con la vista tanto vuelas,
Entre hinchadas velas
El soberbio estandarte,
Que á los christianos ojos, no sin arte
Como en desprecio de la cruz sagrada,
Mas desenvuelve, miéntras mas tremola
Entre lunas bordadas
Del caballo feroz la crespa cola.

Fixa los ojos en las blancas lunas
Y advierte bien (en tanto que tú esperas
Gloria naval de las Britanas lides)
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las columnas,
Llaves tuyas y término de Alcídes:

Mas si con la importancia el tiempo mides,
Arma tus hijos, vara tus galeras,
Y sobre los castillos y leones,
Que ilustran tus pendones,
Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá, que honró el madero;
Que él hará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

Cancion, pues que ya aspira
A trompa militar mi tosca lira,
Despues me oirán, si Febo no me engaña,
El carro helado y la abrasada zona
Cantar de nuestra España
Las armas, los triunfos, la corona.

CANCION II.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó la alba luciente
Texidos en guirnalda,
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden con ser flores
Blanco á tu seno y á tu boca olores.

Guarda de estos jazmines
De abejas era un esquadron volante,
Ronco sí de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;

Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.

Mas, Clori, que he texido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el esquadron armado:
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

CANCION III.

¡Que de invidiosos montes levantados,
De nieves impedidos,
Me contienen tus dulces ojos bellos!
¡Que de rios del yelo tan atados,
Del agua tan crecidos,
Me defienden el ya volver á vellos!
¡Y quan burlando dellos
El noble pensamiento
Por verte pisa plumas, pisa el viento!

Ni las tinieblas de la noche oscura,
Ni los yelos perdona,
Y á la mayor dificultad engaña;
No hay guardas hoy de llave tan segura,
Que nieguen tu persona,
Que no desmientan con discreta maña;
Ni emprenderá hazaña
Tu esposo quando lidie,
Que no la registre él, y yo no envidie.

Allá vuelas, lisonja de mis penas,
Que con igual licencia
Penetras el abismo, el cielo escalas:
Y miéntras yo te aguardo en las cadenas
Desta rabiosa ausencia,
Al viento agravian tus ligeras alas;
Ya veo que te calas
Donde bordada tela
Un lecho abriga, y mil dulzores zela.

Tarde batiste la envidiosa pluma,
Que en sabrosa fatiga
Vieras muerta la voz, suelto el cabello,
La blanca hija de la blanca espuma,
No sé si en brazos diga
De un fiero Marte, ó de un adonis bello:
Y anudada á su cuello
Podrás verla dormida,
Y él casi trasladado á nueva vida.

Desnuda el brazo, el pecho descubierta,
Entre templada nieve
Evaporar contempla un fuego helado,
Y al esposo en figura casi muerta
Que el silencio le bebe
Del sueño, con sudor solicitado...
Dormid, que el Dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Dormid, copia gentil de amantes nobles,
En los dichosos nudos,
Que á los lazos de amor os dió himeneo;
Miéntras yo desterrado, de estos robles
Y peñascos desnudos
La piedad con mis lágrimas grangeo:
Coronad el deseo
De gloria, en recordando;
Sea el lecho de batallas campo blando.

Cancion, di al pensamiento,
Que corra la cortina,
Y vuelva al desdichado que camina.

CANCION IV.

Vuelas, ó Tortolilla,
Y al tierno esposo dexas
En soledad y quejas:
Vuelves despues gimiendo,
Recíbete arrullando,
Lasciva tú, si él blando;
Dichosa tú mil veces,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor, y dulces paces.

Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco:
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido

De algun dulce gemido,
Campo fué de batalla,
Y tálamo fué luego,
Arbol que tanto fué, perdone el fuego.

Mi piedad una á una
Contó, aves *dichosas*,
Vuestras quejas sabrosas
Mi envidia ciento á ciento
Contó, *dichosas aves*,
Vuestros besos suaves,
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á Mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.

Injuria es de las gentes
Que de una Tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego:
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisongear á un Dios con alas.

CANCION V.

Corcilla temerosa,
Quando sacudir siente
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera,
La verde selva umbrosa,

O murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafía
Su voladora planta:
Con ligereza tanta
Huyendo va de mí la Ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda,
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
A luchar baxa un poco con la falda:
Donde no sin decoro,
Por brúxula, aunque breve,
Muestra la blanda nieve
Entre los lazos del coturno de oro:
Y así en tantos enojos,
Si trabajan los pies, gozan los ojos.

Yo, pues, ciego y turbado,
Viéndola como mide
Con mas ligeros pies el verde llano
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del Parto fiero la robusta mano;
Y viendo, que en mí mengua
Lo que á ella sobra,

Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los pies para la lengua,
Y en alta voz le digo,
No huyas, Ninfa, pues que no te sigo.

Enfrena, ó Clori, el vuelo,
Pues ves, que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente:
Ten de tí mesma duelo
Desponga un rato sola
El honesto sudor tu blanca frente:
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellísimo pie nunca ha dexado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.

Exemplos mil al vivo
De ninfas te pondria,
Si ya la antigüedad no nos engaña,
Por cuyo trato esquivo,
Nuevos conoce hoy dia
Troncos el bosque, y piedras la montaña.
Mas sírvate de aviso
En tu curso, el de aquella,
No tan cruda ni bella,
A quien ya sabes, que el pastor de Ánfriso
Con pie ménos ligero
La siguió ninfa, y la alcanzó madero.

Quédate

Quédate aquí, Cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto,
Que razon es parar, quien corrió tanto.

SONETOS.

I

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida;

Amantes, no toqueis, si quereis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Qual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas que á la Aurora
Diréis que aljofaradas y olorosas
Se le cayéron del purpúreo seno:

Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que despues huyen del que incitan ora,
Y solo del amor queda el veneno.

II.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El roxo paso de la blanca Aurora;

Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora.

Para que desta vega el campo raso
Borde saliendo Flérida de flores:
Mas si no hubiere de salir acaso,

Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
Ni sigas de la Aurora el roxo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

III.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;

Pues dexando tu nido cavernoso,
De Segura en el monte mas vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino,
Tuerces soberbio, raudo y espumoso;

A mí que de tus fértiles orillas
Piso aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta;

Dime, si entre las rubias pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad qual la de Clori, ó gracia tanta.

IV.

Hermoso dueño de la vida mia,
Miéntras se dexan ver á qualquier hora,
En tus mexillas la rosada aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el dia;

Miéntras que con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora,
Que el Arabia en sus venas atesora,
Y el rico Tajo en sus arenas cria;

Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro dia vuelto en noche obscura,
Huya la aurora del mortal nublado;

Y ántes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza á la blanca nieve en su blancura;
Goza, goza el color, la luz, el oro.

ROMANCES.

I.

Famosos son en las armas
Los Moros de Canastel,
Valentísimos son todos,
Y mas que todos Hacen.
El Roldan de Berbería
que se ha hecho temer
En Oran del Castellano
En Ceuta del Portugues.

Tan dichoso fuera el Moro,
Quan dichoso podrá ser
Si le bastara el adarga,
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un harpon de desden
Le despidió Belerifa
La hija de Ali Muley.
Atento á sus demasías
En amar y aborrecer,
Quiso el niño Dios vendado
Ser testigo y ser juez.
Miraba al fiero Africano
Rendido mas de una vez,
A una esperanza traydora
Y á un desengaño fiel:
Ya rindiendo á su enemiga,
Y entregándole á merced
Las llaves del albedrío,
Los pendones de la fe.
Mirábalo en los ramblares,
Ora á caballo, ora á pie
Rendir el fiero animal
De las otras fieras Rey.
Y de la real cabeza
Y de la espantosa piel
Ornar de su ingrata Mora
La respetada pared.
Mirábalo el mas galan

De quantos Africa vé,
En servicio de su dama
Vestir morisco alquizel.
Sobre una yegua morcilla
Tan extremo en el correr,
Que no logran las arenas
Las estampas de sus pies:
Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez
(Obra al fin en todo digna
De artífice Cordobes)
Solicitar los balcones,
Donde se anida su bien,
Comenzando en armonía
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Vénus
El Moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se ufana contra él;
Miraba á la bella Mora,
Salteada en su vergel
De un cuidado que es amor,
Aunque no sabe quien es.
Ya en el oro del cabello,
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed.
De pechos sobre un estanque,
Hacen que á ratos estén

Bebiendo sus dulces ojos
Su hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dixo una,
Y aun maliciosa tambien:
Así quiera Dios, señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Xerez,
Como esa curiosidad
Es cuna (á mi parecer,)
De un amor recien nacido,
Que volará ántes de un mes.
Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez
Que ya fué de blancos lirios,
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido
A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red.
Y comenzó Belerifa
Hacer contra amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

II.

Servia en Oran al Rey
Un Español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda Africana.
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Quando tocáron al arma.
Trescientos Zenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubriéron las adargas.
Las adargas avisáron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas;
Y ellas al enamorado
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las caxas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para,
No salir es cobardía,
Ingratitud es dexalla.
Del cuello pendiente ella
Viéndole tomar la espada
Con lágrimas y suspiros

Le dice aquestas palabras.
Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos campo de batalla.
Vestios y salid apriesa,
Que el General os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho
Y no habeis menester armas.
Viendo el Español brioso
Quanto le detiene y habla,
Le dice así: mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya;
Vaya á los Moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.

III.

Entre los sueltos caballos
De los vencidos Zenetes

Que por el campo buscaban
Entre la sangre lo verde;
Aquel Español de Oran,
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte;
Para que lo lleve á él
Y un Moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien Zenetes.
En el ligero caballo
Suben ámbos, y él parece
De quatro espuelas herido,
Que quatro vientos le mueven.
Triste camina el Alarbe,
Y lo mas baxo que puede,
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el Español
De ver cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere;
Con razones le pregunta,
Comedidas y corteses,
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo como tal,
Sin escusarlo obedece,
Y á su piadosa demanda

Satisface desta suerte.
Valiente eres Capitan,
Y cortés como valiente,
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta
Por quien soy, y por quien eres.
Yo nací en Gélves el año,
Que os perdísteis en los Gélves,
De una Berberisca noble
Y de un Turco Matasiete.
En Tremecen me crié
Con mi madre y parientes
Despues que murió mi padre
Corsario de tres baxeles.
Junto á mi casa vivia,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linage
De los nobles Melioneses.
Extremo de las hermosas,
Quando no de las crueles,
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura,
Que se hallaran claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.

Cada vez que la miraba
Salia el sol por su frente
De tantos rayos vestido,
Quantos cabellos contiene.
Mas ya la razon sujeta,
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone,
Y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
Y amor en nuestras niñeces
Hirió nuestros corazones
Con harpones diferentes.
La ró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Miéntras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
Ésta, Español, es la causa
Que á llanto pudo moverme,
Mira si es razon que llore
Tantos males juntamente.
Conmovido el Capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo
Que paren sus males quiere.
Gallardo Moro, le dice,
Si adoras, como refieres,
Y si, como dices, amas;
Dichosamente padeces,
¿Quien pudiera imaginar

Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por voto
Lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que quando la veas
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el Moro tras él desciende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus pies ofrece.
Vivas mil años, le dice,
Noble Capitan valiente,
Que ganas mas con librarme,
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
Y te dé victoria siempre
Para que estiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apénas vide trocada
La dureza de esta sierpe,

Quando tú me cautivaste,
Mira si es bien que lamente.

IV.

Aquí entre la verde juncia,
Quiero como el blanco cisne
Que envuelta en dulce armonía
La dulce vida despide,
Despedir mi vida amarga
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella,
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramas
Orne esta planta de Alcides,
Miéntras yo á la tortolilla,
Que sobre aquel olmo gime,
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques; cruel verdugo
De mis años infelices,
Tan grandes son tus extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda,
Si eres diosa ó eres tigre.
Préciaste de tan soberbia

Contra quien es tan humilde;
Que considerados bien
Todos los monteros dicen,
Que los dos no parecemos
Al roble que mas resiste
Los soplos del viento airado,
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres roble,
Y en lo demas flaca mimbre
No solo á los recios vientos,
Mas á los ayres sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Despues que a mí me persigues,
A los ciervos voladores
Ni á los fieros jabalíes;
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras,
Que como á mi muerte diste.
No porque no gustes dello,
Sino porque no te obligue
El encontrarme en la caza,
A que siquiera me mires.
Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia,
De que tus pies no le pisen.
Haz tu gusto, que yo quiero
Dexar (pues dello te sirves)

El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige.
Conseguirémos en esto
Ambos á dos nuestros fines;
Tú el de cruel en dexarme,
Yo el de leal en morirme.
Tú Rey de los otros rios,
Que de las sierras sublimes
De Segura al Oceano
El fértil terreno mides;
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires;
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el húmido reyno
De la gran madre de Aquiles,
Porque no solo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven
Conozcan quien es Daliso,
Y quien es la ingrata Nise.

V.

Aquel rayo de la guerra,
Alferez mayor del Reyno,
Tan galan como valiente,
Y tan noble como fiero;
De los mozos envidiado,

Y admirado de los viejos,
Y de los niños, y el vulgo
Señalado con el dedo;
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo;
El que vistió las mezquitas
De venturosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De christianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de acero
A su patria libertó
De los peligrosos cercos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le condena el Rey,
O el amor, que es lo mas cierto.
Servia á una Mora el Moro
Por quien el Rey anda muerto,
En todo extremo hermosa
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama
Que para él flores fuéron,
Y para el zeloso Rey
Yerbas de mortal veneno.
Pues de la yerba tocado
Lo manda desterrar luego,

Culpando su lealtad,
Para disculpar sus zelos.
Sale pues el fuerte Moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió y le pació el heno.
Con un hermoso jaez,
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo
Que en grave y ayroso huello
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre la marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.
Bordó mil hierros de lazos
Por el capellar, y en medio
En Arábigo una lettra,
Que dice: *Estos son mis yerros.*
Bonete lleva turquí
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un precioso Camafeo.
No quiso salir sin plumas,
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra

Tambien no le quita el viento.
No lleva mas de un alfange
Que le dió el Rey de Toledo,
Porque para un enemigo,
El le basta y su derecho.
De esta suerte sale el Moro
Con animoso denuedo,
En medio de los Alcaydes
De Arjona y del Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas por do pasa
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten ahora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertiéron.
La bellísima Balaxa,
Que llorosa en su aposento
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos,
Como tanto estruendo oyó
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dixo,
Dando voces con silencio:
Vete en paz, que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelo;
Que quien te echa de Jaen
No te echará de mi pecho.

El con el mirar responde ;
Yo me voy, y no te dexo ;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.
En esto pasó la calle,
Los ojos atras volviendo
Cien mil veces, y de Andujar
Tomó el camino derecho.

VI.

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco Dios y rapaz,
Vendado que me has vendido
Y niño mayor de edad ;
Por el alma de tu madre,
Que murió siendo inmortal,
De envidia de mi señora,
Que no me persigas mas :
Déxame en paz, amor tirano,
Déxame en paz.

Baste el tiempo *mal gastado*
Que he seguido á mi pesar
Tus inquietas banderas,
Foragido Capitan.
Perdóname amor aquí ;
Pues yo te perdono allá,
Quatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.

Amadores desdichados
Que seguis milicia tal,
Decidme, ¿que buena guia
Podeis de un ciego sacar?
De un páxaro ¿que firmeza,
Que esperanza de un rapaz,
Que galardon de un desnudo,
De un tirano que piedad?
Déxame en paz, etc.

Diez años desperdicié
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal
¡Como aré, sembré, cogí,
Aré un alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cogí vergüenza y afan.
Déxame en paz etc.

Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo acíbar,
Principio al fin, bien al mal:
Déxame en paz, amor tirano,
Déxame en paz.

VII.

Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue
Que la guerra entre unos robles
Lo dexó por escondido,
O lo perdonó por pobre;
Do la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano,
Y cabras del llano al monte;
Mal herido, y bien curado
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle amor flecha
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al Moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Limpíale el rostro y la mano
Siente al amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,

Porque labren sus harpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra sin ver por donde
Una piedad mal nacida,
Entre dulces escorpiones;
Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de agua: ¡ó piedad,
Hija de padres traydores!
Yerbas le aplica á sus llagas
Que si no sanan entónces
En virtud de tales manos,
Lisongean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas:
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Quando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.
Y la, que mejor se halla
En las selvas que en la corte

Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guia
Que el sol dexa su orizonte,
Y el humo de su cabaña
Le va sirviendo de norte.
Llegáron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego,
Do el garzon sus dichas logre,
Las manos pues, cuyos dedos
Desta vida fuéron dioses.
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles;
Y le entregan quando ménos
Su beldad y un reyno en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adónis.
Corona un lascivo enxambre
De Cupidillos menores
La choza, bien como abejas,

Hueco tronco de alcornoque.
¿Que de nudos le está dando
A un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!
¡Que bien la destierra amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y lugar no se inficione!
Todo es gala el Africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange dispone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes,
Plumas les baten veloces
Ayrecillos lisongeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombra,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los Ruiseñores;

Los

Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote,
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas do el silencio apénas
Dexa que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
Choza pues, tálamo y lecho,
Contestes destos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

VIII.

Segun vuelan por el agua
Tres galeotes de Argel
Un Aquilon Africano,
Las engendró á todas tres:
Y segun los vientos pisa,
Un bergantin Genoves,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los pies.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo baxel,
En que á Nápoles pasaba

En conserva del Virey;
Un Español con dos hijas
Una sol, y otra clavel,
Que tuviéron á Leon
Por oriente y por vergel.
Derrotólo un temporal,
Y ya que no dió al traves,
A vista dió de Morato,
Renegado Calabres.
El tagarote Africano,
Que la español garza ve,
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.
Peynándole va las plumas,
Mas el viento burla del
Interpuesto entre las alas
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un Duque ahora,
Título ya de Marques.
De sus torres los descubren,
Y distinguiendo despues
La cruz en el tafetan
La luna en el alquizel,
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos, ó diez
Envuelven de negro humo
Al corsario su interes.

Los brazos del puerto ocupa
Con fatiga y con placer,
El bergantin destrozado
Desde la quilla al garces.
El Leones agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado
Dice, sino de laurel;
¡O puerto, templo del mar,
Cuya húmeda pared,
Antes faltará que tablas
Señas de naufragios den;
Fortaleza imperiosa,
Terror de Africa, y desden,
Yugo fuerte y real espada,
Que reprime, y que da ley!
Defensa os debo, y abrigo,
Mi libertad vuestra es,
Y mi lengua desatada
En alabanzas tambien.
Con tus altos muros viva
Tu ínclito dueño, á quien
Como á tí el Mediterráneo
La envidia le bese el pie:
Inmortal sea su memoria
En la gracia de su Rey,
Por galardon proseguida,
Si comenzó por merced.
Que servicio tan honrado,

Y de Acátes tan fiel,
Inmortalidad merecen
Si no de vida, de fe.

IX.

Levantando blanca espuma
Galeras de Barbaroxa
Ligeras le daban caza
A una pobre galeota,
En que alegre el mar surcaba
Un mallorquin con su esposa,
Dulcísima Valenciana,
Bien nacida si hermosa.
Del amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las Pascuas,
Quanto á festejar las bodas;
Y quando á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla;
Esperándola detras
De una cala insidiosa,
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
Que por una parte y otra
Sus quatro enemigos leños
Tristemente la coronan.

Crece en ellos la codicia,
Y en estotros la congoja,
Miéntras se queja la dama
Derramando tierno aljófar.
Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Váleme en este peligro
Por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes
Los baxeles que te enojan
Embestillos en la arena
Con mas daño que en las rocas;
Tú que con la misma fuerza,
Quando al humilde perdonas,
Sueles de armadas Reales
Escapar barquillas rotas,
Salga esta vela á lo ménos
Destas manos rigurosas,
Qual de garras del halcon
Blancas alas de paloma.

X.

Criábase el Albanes
En la corte de Amurátes,
No como prendas cautivas
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los Sultanes,
Del Gran Señor regalado,

Querido de los Baxaes.
Gran capitan en las guerras,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Espejo de los galanes.
Recien venido era entónces
De vencer y de ganalles
Al Ungaro dos banderas,
Y al Sofí quatro estandartes.
¿Mas que aprovecha domar
Invencibles Capitanes,
Y contraponer el pecho
A mil peligros mortales;
Si un niño ciego le vence
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le dexa
Dos harpones penetrantes?
Dos penetrantes harpones
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas
Que tiene todo Levante.
Que no hay turquesa tan fina,
Que á sus ojos se comparen,
Discretas en todo extremo,
Y de gracias singulares.
No le defendió el escudo
Hecho de finos diamantes,
Porque el amoroso fuego
Es el rayo semejante,

Que el duro hierro en sus manos
Disminuye y le deshace :
No para en hierro el amor,
Pues sin errar tiro, sabe
Poner en el alma el hierro
Y en la cara las señales.
Fué tan desdichado en paz,
Quanto en la guerra triunfante,
Rendido en paz de mugeres,
Siendo en guerra el fiero Marte.
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazalle;
Por tener así sujeto
Al que sujetó el Dios Marte,
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos vendalle.

XI.

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Y ámbos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena :
¡O sagrado mar de España,
Famosa playa y serena!
Teatro donde se han hecho

Cien mil navales tragedias;
Pues eres tú el mismo mar,
Que con tus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Traeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras.
Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
Dame ya, sagrado mar,
A mi demanda respuesta,
Que bien puedes, si es verdad
Que las aguas tienen lenguas.
Pero pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie matarán penas.
En esto se descubriéron
De la Religion seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XII.

Continuacion.

La desgracia del forzado,
Y del corsario la industria,
La distancia del lugar,
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las christianas cruces
A las otomanas lunas,
Hiciéron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
A ver como el mar le hurta
Las torres, y de las naves
Las velas, y les da espumas,
Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice,
Tan amargas como muchas:
¿De quien me quejo con tan gran extremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?

Ya no esperen mas mis ojos,
Pues ahora no lo viéron
Sin este remo las manos

Y los pies sin estos hierros.
Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto,
Que quantos fuéron mis daños,
Tantos serán mis tormentos.
De quien me quejo, etc.

Velas de la religion,
Enfrenad vuestro denuedo,
Que mal podréis alcanzarnos,
Pues tratais de mi remedio.
El enemigo se os va,
Y favorécelo el tiempo,
Por su libertad no tanto
Quanto por mi cautiverio.
De quien me quejo, etc.

Quedaos en aquesta playa,
De mis pensamientos puerto;
Quejaos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
Y tú, mi dulce suspiro,
Rompe los ayres ardiendo,
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
De quien me quejo, etc.

XIII.

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fe,

Que quien te hizo pastora
No te escusó de muger.
La pureza del armiño
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico,
Y desnúdala con él.
Dexa á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez
A pesar de su dureza
Obedecen al cincel.
Resiste al viento la encina,
Mas con el villano pie,
Que con las hojas corteses
A qualquier céfiro cree.
Aquella hermosa vid,
Que abrazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Tálamo hizo segundo
Las ramos de aquel cipres.
No para una abeja sola
Sus hojas guarda el clavel,
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo
Undosamente fiel,
Niega al ausente su imágen

Hasta que la vuelve á ver.
La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Vénus, que
Poblando de ellas sus alas,
Viste sus flechas tambien.
No pues tu libre albedrío
Lo tiranize interes,
Ni amor que de singular
Tiene mas que de fiel.
Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no den,
Sino cordones de lana
Al suelto cabello ley.
¡Mal hayas tú si constante
Mirares al sol, y quien
Tan águila fuera en esto,
Dos veces mal haya y tres!
¡Mal hayas tú si mirares
En lasciva cándidez,
Las aves de la deidad,
Que primero espuma fué!
Solicitando prolixa
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas ya
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel,
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Frescos ayrecillos,
Que á la primavera
Destexeis guirnaldas,
Y esparceis violetas;
Ya que os han tenido
Del Tago en la vega,
Amorosos hurtos,
Y agradables penas;
Quando del estío,
En la ardiente fuerza
Alamos os daban
Frondosas defensas;
Alamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda,
Y de plata medias;
De donde las ninfas
Y las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas
Mil veces llamaste,
Y viniéron ellas
Al ocupar del rio
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego

Calándoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisongeras;
Sueño les truxístes,
Y descuido á vueltas,
Que en pago os valiéron
Mil vistas secretas,
Sin tener desvelo,
Envidia ni queja,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza:
Ahora, pues, ayres,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas;
Y que el aquilon
Con dura inclemencia
Desnude las plantas,
Y vista la tierra
De las secas hojas,
Que ya fuéron tregua
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba;
Y ántes que las nubes
Y el yelo conviertan
En cristal las rosas,
Y en vidrio las selvas,
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta

Al seno templado,
Que alegre os espera.
Veréis de camino
Una ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Bétis la arena.
Montaraz gallarda,
Temida en la sierra,
Mas por su mirar
Que por sus saetas.
Ahora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte
Siguiendo las fieras;
Ahora en el llano
Con planta ligera,
Fatigando el corzo
Que herido vuela;
Ahora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Quando ya cansada
De la caza vuelva,
A dexar al rio
El sudor en perlas;
Si está calurosa;
Soplad desde afuera,
Y quando la ingrata

Mejor os entienda;
Decidle ayrecillos:
Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor del aldea,
Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado,
Y en manos de ausencia.
Suplícate humilde,
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
Que en premio glorioso
De su amor merezca
Ya que no suspiros,
A lo ménos letra,
Con la punta escrita
De tu aguda flecha
En el campo duro
De una dura peña:
(Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa mas tierna)
A donde le digas;
Muere allá, y no vuelvas
A adorar mi sombra,
Y arrastrar cadenas.

II.

La mas bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viudita y sola,
Y ayer por casar.
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice,
Que escucha su mal,
Déxadme llorar,
Orillas del mar.

Pues me dístes, madre,
En tan tierna edad,
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar;
Y me cautivástes
De quien hoy se va,
Y lleva las llaves
De mi libertad;
Dexadme llorar, etc.

En llorar conviertan
Mis ojos de hoy mas
El sabroso oficio
Del dulce mirar;
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra

Quien era mi paz.
Dexadme llorar, etc.

No me pongais freno,
Ni querais culpar,
Que lo uno es justo,
Lo otro por demas:
Si me quereis bien,
No me hagais mal;
Harto peor fué
Morir y callar.
Dexadme llorar, etc.

Dulce madre mia,
Quien no llorará
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad.
Dexadme llorar, etc.

Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los mios velar.
Váyanse, y no vean
Tanta soledad
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.

Dexadme llorar,
Orillas del mar.

III.

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolixa ausencia
De su ingrato amor.
Dexóla tan niña,
Que apénas creyó
Que tenia los años
Que ha que la dexó.
Llorando la ausencia
Del galan traydor,
La halla la luna,
Y la dexa el sol:
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor,
Llorad, corazon,
Que teneis razon,
Dícele su madre,
Hija, por mi amor
Que se acabe el llanto,
O me acabe yo.
Ella le responde,
No podrá ser no,
Las cosas son muchas,

Los ojos son dos,
Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion,
Tantas como dellos
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.
Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son.
Porque el que se fué
Con lo que llevó,
Se dexó el silencio,
Se llevó la voz.
Llorad, corazon,
Que teneis razon.

IV.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

Zelosa estás la niña
Zelosa estás de aquel
Dichoso pues lo buscas,
Ciego, pues no te ve,

Ingrato, pues te enoja,
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enxuguen esperanzas
Lo que lloras por él,
Que zelos entre amantes,
Que se han querido bien,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

Aurora de tí misma,
Que quando á amanecer
A tu placer empiezas
Se eclipsa tu placer;
Serenense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien.
Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes,
Y querellas despues,
Hoy son flores azules
Mañana serán miel.

V.

Vida del Muchacho.

Hermana Marica,
Mañana que es fiesta,
No irás tú á la miga,
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezon labrado,
Toca y albanega.
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña.
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora abuela,
Y el estadal roxo,
Con lo que le cuelga,
Que truxo el vecino
Quando fué á la feria.
Irémos á misa,
Verémos la Iglesia,
Darános un quarto
Mi tia la ollera.
Comprarémos dél,

Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda.
Y en la tardecita
En nuestre plazuela
Jugaré yo al toro,
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Madalena,
Y las dos primillas
Marica y la tuerta.
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto de ello
Baylar en la puerta,
Y al son del adufe
Cantará Andreguela:
No me aprovecháron,
Mi madre las yerbas.
Y yo de papel
Haré una librea
Teñida con moras,
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almendras.
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo
Que acullá en la guerra

Anarangeamos
Las carnestolendas:
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas.
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamecí,
Dos hilos por riendas.
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas,
Yo y otros del barrio,
Que son mas de treinta.
Jugarémos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca;
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella
Las bellaquerías
Detras de la puerta.

VI.

VI.

¿Arroyo, en qué ha de parar,
Tanto anhelar y subir,
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar,
Compañero, en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para exemplo de los hombres.

Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
A dos pasos los desdeña
Tú mal nacida corriente:
Si tu ambicion lo consiente,
En que imaginas me di?
Mormura, y sea de tí,
Pues que sabes mormurar:
Arroyo en que ha de parar, etc.

¿Que dias tienes reposo,
A que noche debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quejoso.
Mucho tienes de furioso,
Aunque no en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos,
Quando te quies levantar:
Arroyo en que ha de parar, etc.

Sí tu corriente confiesa,
Sin intermision alguna,
Que la cabeza en la cuna,
Y el pie tienes en la huesa;
¡Que fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
Pésame que el desengaño
La vida te ha de costar:
Arroyo en que ha de parar, etc.

VII.

Dineros son calidad,
Verdad:
Mas ama, quien mas suspira,
Mentira.

Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Condados ganan Condados.
Ducados dexan Ducados,
Y coronas magestad,
Verdad.
Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar, que penas graves
Las pague un mirar risueño,
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
Mentira.

Todo se vende este dia,
Todo el dinero lo iguala,
La corte vende su gala,
La guerra su valentía,
Hasta la sabiduría
Vende la Universidad,
Verdad.
Siendo como un algodon,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probrarnos eso
Con que es su cuello almidon,
Goma su copete y son
Sus vigotes alquitira,
Mentira.

Qualquiera que pleytos trata,
Aunque sean sin razon,
Dexe el rio Marañon,
Y éntrese en el de la Plata,
Que hallará corriente grata,
Y puerto de claridad,
Verdad.
Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perros de muchas bodas,
Y bodas de muchos perros,
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira,
Mentira.

VIII.

Manda amor en su fatiga,
Que se sienta, y no se diga,
Pero á mí mas me contenta
Que se diga, y no se sienta.

En la ley vieja de amor,
A tantas hojas se halla,
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese librará mejor.
Mas triste del amador,
Que muerto á enemigas manos
Le halláron los gusanos
Secretos en la barriga,
Manda amor en su fatiga, etc.

Muy bien se puede culpar
Por necio qualquier que fuere
Que como leño sufriere,
Y como piedra callare.
Manda amor lo que mandare,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa,
Manda amor en su fatiga, etc.

Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza,
Quando amor saçare á plaza

Delinqüentes por hablar.
Mas yo me pienso quejar
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado,
Quando el viento lo fatiga, etc.

Yo sé de algun joveneto
Que tiene muy entendido,
Que aguarda mas bien Cupido
Al que guardó su secreto:
Mas si murió él imperfeto
De amoroso corazon,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga.
Manda amor en su fatiga, etc.

IX.

Ande yo caliente,
Y ríase la gente.
Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Miéntras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno,
Narajanda y aguardiente,
Y ríase la gente.

Coma en dorada vaxilla
El Príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados

Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador rebiente,
Y ríase la gente.

Quando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas,
Del Rey que rabió me cuente,
Y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y ríase la gente.

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama,
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y ríase la gente.

Pues amor es tan cruel,
Que de Piramo, y su amada

Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él:
Sea mi Tisbé un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y ríase la gente.

X.

Da bienes fortuna,
Que no están escritos
Quando pitos flautas,
Quando flautas pitos.

Quan diversas sendas
Se suelen seguir,
En el repartir
Las honras y haciendas;
A unos da encomiendas,
A otros Sambenitos;
Quando pitos, etc.

A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y á quien se le antoja,
La cabra mas coxa
Parió dos cabritos,
Quando pitos, etc.

Porque en una aldea
Un pobre mancebo

Hurtó un solo huevo,
Al sol bambonea,
Y otro se pasea,
Con cien mil delitos
Quando pitos, etc.

XI.

No me llame fea, calle,
Que la llamaré vieja, madre.

Abra los ojos y vea,
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala,
Ni vieja que no lo sea;
La mejor moza es librea,
Y la vieja despreciada
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde,
No me llame fea, calle, etc.

La muger mas celebrada
Si tiene el rostro arrugado,
Es qual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada:
No viva tan confiada,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto
La vieja de mejor carne,
No me llame, etc.

En palacio la Princesa
En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora,
Y en la corte la Duquesa,
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfeta
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaben:
No me llame fea, calle;
Que la llamaré vieja, madre.

ROMANCES BURLESCOS.

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donayres cerrado,
Y con mil ansias abierto;
Y en fé de los treinta escudos,
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia
Disimulados y envueltos,
Os envio ese inventario
De las partidas que tengo,
Que es como si os enviara
Las del Infante Don Pedro.
Porque en materia de escudos
Solo tengo un paves viejo,
Y en moneda de reales
Yo soy de un lugar Realengo,

Y quanto á las alcabalas,
Tengo un grande privilegio,
Que como no hay que vender,
Ni las pago ni las debo.
De los navíos de Indias
Poderosos y soberbios
Me viene la dulce nueva
Como llegáron al puerto.
Cúpome de particion
De molinos de agua y viento,
El molino de mis dientes
Que no muele á todos tiempos.
De dehesas y cortijos,
Viña, huertas, y majuelos,
Me cupiéron los caminos
Y la ciudad de linderos.
No se me quejan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos
Que les enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Él fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un agnusdei de alquimia
Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es señora de momento,
Porque en un momento es visto.
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata,

Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena,
Que heredé de mis abuelos;
No tengo paños de corte;
Mas no me faltan enteros,
Porque ya tengo la corte,
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud,
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
Al fin que, señora mia,
Dicho por ménos rodeos,
Si yo tengo solo un quarto,
Muera de quatro contrecho.
Sin dude que se halláron
En mi triste nacimiento
Las estrellas en ayunas
Pues tal hombre en mí influyéron.
Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo.

II.

Así Riselo cantaba
En su rabel de tres cuerdas
Aquel de la tapa blanca,
Y de las costillas negras,

El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan;
Como hizo aquella fácil
De cuya voz no se acuerda,
Porque amor que es ave y niño,
Si no le regalan vuela.
Digo pues que así cantaba
Con su tiple de corneja,
Oyéndole quatro esquinas,
Dos calles y una taberna:
Vamos horros en los gustos,
Aldeana, que rebientas
Por mostrarme que en tu lumbre
Mil corazones se queman.
A lo simple nos queramos,
Sea nuestra fe de cera,
Cada qual siga su antojo;
Pues que la gracia no es deuda.
Franca de zelos te hago,
Porque los llamó mi abuela
Bruxas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva.
Y yo que soy Bachiller
Por Alcázar de Consuegra,
Los comparo á los erizos,
Que á quien los toma penetran.
No quiero que á nuestras vidas

Que son dos palomas duendas
Las tienten esos pecados
Que la voluntad infiernan.
Si te vas por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta,
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas,
Y si á mí me convidaren,
Déxame ser Pero entrellas.
Ya no quiero que me digas,
Que un señor de cruz vermeja
Te promete montes de oro
Por galopear tu vega:
Ni tampoco que te tañen
Con caxas ni con trompetas,
A que seas capitana
De faldellin por bandera.
Porque pienso que lo dices
Aplicando la conseja,
Para que ligeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasluce á mí
Que el arco de amor se flecha
Por las poderosas manos
De su consejo de hacienda.
Vénus la diosa de Cipre
Ya es matrona genovesa,

Guarismo sabe su niño,
Multiplica, suma y resta.
Ya el rapaz anda vestido,
Las alas aforra en tela,
Y el que esperanzas comia,
Pavos come, y tortas cena.
A la discrecion le ha dicho
Que compre y no diga perlas,
Y á la gentileza pobre
A pintura la condena.
Su secretario es el dar,
Un mozo que allana sierras,
Robador de voluntades,
Y cumplidor de promesas.
Por esto, aldeana mia,
Quiero yo seguir la secta,
De aquellos cuyas entrañas
Parecen carne, y son piedras.
Si no merezco tus glorias,
No me revista tus penas;
Y si por dicha te agrado,
Mas verdad y ménos tretas.

III.

Triste pisa y afligido
Las arenas de Pisuerga,
El ausente de su dama,
El desdichado Zulema.
Moro alcayde y no bellido,

Amador con axaqueca,
Arrocinado de cara,
Y carigordo de piernas.
No lleva por la marlota
Bordada cifra, ni empresa
En el campo de la adarga,
Ni en la banderilla lettra.
Porque es el Moro idiota,
Y no ha tenido poeta
De los sastres de este tiempo,
Cuyas plumas son tixeras.
Los ojos tiene en el rio
Cuyas ondas se lo llevan,
Y envueltas entre las ondas
Lleva sus lágrimas tiernas.
Tanto llora el hi de puta,
Que si el año de la seca
Llorara en dos hazas mias,
Acudiera á diez *hanegas*.
Los espacios que no llora
De memorias se alimenta,
Porque le dan las memorias
Lo que los ojos le niegan.
Pienso se da de memorias
Rumiando glorias y penas,
Como rábanos mi mula,
Y una mona berengenas.
Contempla luego en Balaxa,
La qual, miéntras la contempla,

Olas de imaginacion
O se la traen ó la llevan.
Y ella se está merendando
Duraznitos en su huerta,
Y tirándole los cuescos
Al que tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias
Al vivo se le presentan,
Lanzando rayos los ojos,
Y flechas de amor las cejas.
El moro contemplativo
A los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho
Cernícalos de uñas prietas.
¡Ay bella Mora, le dice,
No ménos dulce que bella!
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia.
¡Ay Moro mas gemidor
Que el exe de una carreta!
Pues no soy tu Mora yo,
No me quiebres la cabeza.
Recibe allá este suspiro,
Y este llanto desta tierra,
Donde el Rey me ha desterrado,
Y mis cuidados me entierran.
Llore alto, Moro amigo,
Suspire recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiro

Mas de noventa y seis leguas.
En esto ya salteado
De una juvenil vergüenza
A lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.

IV.

Castillo de San Cervantes,
Tú que estás junto á Toledo;
Fundóte el Rey Don Alonso
Sobre las aguas de Tejo.
Robusto, sino galan,
Mal fuerte, peor dispuesto,
Pues que tienes mas parientes
Que un hijo de racionero;
Lampiño debes de ser
Castillo, si no estoy ciego,
Pues siendo de tantos años,
Sin barba cana te veo.
Contra ballestas de palo,
Dicen, que fuiste de hierro,
Y que anduviste muy hombre
Con dos Morillos honderos.
Tiempo fué, (papeles hablen)
Que te respetaba el reyno
Por juez de apelaciones,
De mil católicos miedos:
Ya menospreciado ocupas
La aspereza de este cerro

Mohoso, como en Deciembre
El lanzon del viñadero.
Las que ya fuéron corona
Son alcándara de cuervos,
Almenas, que como dientes
Dicen la edad de los viejos.
Quando mas mal de ti diga,
Dexar de decir no puedo,
Si no tienes fortaleza,
Que tienes prudencia alménos.
Tú que á la ciudad mil veces,
Viendo los Moros de léjos,
Sin ser espíritu santo,
Hablaste en lenguas de fuego;
Entre todas las mugeres
Serás bendito, pues siendo
En el mirar atalaya,
Eres piedra en el silencio.
Mira, castillo de bien,
Que hagas lo que te ruego,
Aunque te he obligado poco
Con dos dozenas de versos.
Quando la bella terrible,
Hermosa como los cielos,
Y por decillo mejor,
Aspera como su pueblo;
Alguna tarde saliere
A desfrutár los almendros,
Verdes primicias del año,

Y dulcísimo alimento;
Si de las aguas del Tajo
Hace á su beldad espejo,
Ofrécele tus ruinas
A su altivez por exemplo.
Háblale mudo mil cosas,
Que bien sabrás, pues sabemos
Que á palabras de edificios,
Orejas los ojos fuéron.
Dirásle que con tus años
Regule sus pensamientos,
Que es verdugo de murallas,
Y de bellezas el tiempo:
Que no crean á las aguas
Sus bellos ojos serenos
Pues no la han lisongeado
Quando la murmuran luego:
Que no fie de los años
Ni aun un *mínimo cabello*,
Ni le perdone los suyos,
A la ocasion, que es gran yerro:
Que no se duerma entre flores,
Que recordará del sueño
Mordida del desengaño
Y del arrepentimiento;
Y abrirá entónces la pobre
Los ojos, (ya no tan bellos)
Para baylar con su sombra,
Pues no quiso con su cuerpo.

¡O qué dixera de tí,
Si tú le dixeses esto,
Antigualla venerable,
Si no quieres ser trofeo!
Mi Musa te antepondrá,
A San Angel y Santelmo,
Aunque no quisiere Roma,
Y Malta quisiese ménos.
Que aunque te han desmantelado,
Y no con tantos pertrechos;
A tullidiras de grajos,
Te defenderás mas presto.

V.

Dexad los libros ahora,
Señor licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras.
Que á fe que son para oir.
Yo soy aquel gentilhombre,
Digo aquel hombre gentil
Que por su Dios adoró
A un cieguezuelo ruin.
Sacrifíquele mi gusto
No una vez, sino cien mil,
En las aras de una moza,
Tal qual os la pinto aquí.
El cabello es de un color,
Que ni es quarto ni es florin,
Y la revelada frente

Ni azabache, ni marfil.
La ceja entre parda y negra,
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos
Que son los de quisvelquí:
Entre cuyos bellos rayos
Se derribe la nariz,
Terminando las dos rosas
Frescas señas de su Abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Y cada diente el aljófar
Que el alba suele vertir.
El aliento de su boca,
Todo lo que no es pedir,
Mal haya yo si no excede
Al mas suave jazmin.
Con su garganta y su pecho,
No tiene que competir
El nácar del mar del Sur,
La plata del Potosí.
La blanca y hermosa mano,
Hermoso y blanco alguacil
De libertad y de bolsas,
Es de nieve y de neblí
Lo demas, Letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fe que me ha rogado
Que lo calle el faldellin:

Aunque por brúxula quiero,
Si estamos solos aquí,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntas calza estrechos
Este señor hasta al fin;
Si hay serafines trigueños,
La moza es un serafin.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la ví
Entre mas de cien mil blancas,
Ella fué el maravedí
Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta,
Y dexa el blanco alhelí.
Dos años fué mi cuidado,
Lo que llaman por allí,
Los jacarandos respeto,
Los modernos tahelí.
En cuyos alegres años
Desde el ave al peregil,
Por esta negra odisea
La bucólica le dí.
Sus piezas en el invierno
Vistió flamenco tapiz,
Y en el verano sus piezas
Andaluz guadamecí;
Hoy desechaba lo blanco,

Mañana lo carmesí,
Hasta que en la peña pobre
Quedó ermitaño Amadís.
Preguntadlo á mí vestido,
Que riéndose de mí
Si no habla por la boca,
Habla por el bocací.
Ya iba quedándome en cueros
A la lumbre de un candil,
Casi pasando el estrecho,
De no tener y pedir;
Quando Dios en hora buena,
Me fué forzado el partir
A la ciudad de la corte,
A la villa de Madrid.
Comenzó á mentir congojas,
A suspirar y gemir
Mas que viuda en el sermon
De su padre fray Martin.
Dixo que acero seria,
En esperar y sufrir:
Fué despues cera, y si acero,
Ella se tomó de orin.
Ternísima me pidió,
Que ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor,
No la dexé sin mastin.
Y así le dexe un mulato
Por espía y adalid,

Que á mí me esperó en saliendo
Y se lo vino á decir.
Dexéla en su antiguo lustre,
Y luego que me partí
Echó la carnaza afuera:
¡O Maldito borceguí!
Púsome el cuerno un traydor
Mercadante corchapin,
Que tiene bolsa en Oran
E ingenio en Mazalquivir.
Rico es y mazacote
De los mas lindos que ví,
Precioso pero pesado,
Como palo de Brasil.
¡O interes, y como eres,
O por fuerza ó por ardid,
Para los diamantes sangre,
Para los bronces buril!
Déme Dios tiempo, en que pueda
Tus proezas escribir,
Y quítemelo en buen hora,
Para los hechos del Cid
Y vos tronco, á quien abraza
La mas luxuriosa vid,
Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir;
Vivid en sabrosos nudos,
En dulces trepas vivid,
Siempre juntos á pesar
De algun loco paladin.

VI.

Labrando estaba Artemisa
Aquel famoso sepulcro
Que fué milagro de Grecia,
Y maravilla del mundo.
Llorando la noche y dia
El malogrado difunto,
Sus impertinentes ojos
Parecen arroyos turbios.
Consolábala una dama
Mas elegante que julio,
Boquifruncida de labios,
Nariz corva, y rostro enxuto.
Dexa ese llanto, le dice,
Porque ya está puesto en uso
Que no llegue el sentimiento
Mas que á cumplir con el vulgo.
Si el estado que te queda
Supieses bien, yo presumo
Que estarias mas contenta,
Que con su renta el gran turco.
Si es muerte la esclavitud,
Y la libertad bien sumo,
Si quedas libre, hoy comienzas
A tener vida de gusto.
Compañía de varon
Ni la aprecio ni la culpo,
Que voluntaria es suave,

Y pesada si es con yugo.
Bien parece un hombre en casa,
Pero si continuo es uno
Es muerte cruel, y mas
Si acierta á ser calvo ó zurdo.
El primer mes de marido
Puede sufrirse á lo sumo,
Y es suma felicidad
Quando se enviuda al segundo.
El mas afable es zeloso,
El mas dicreto importuno,
Si es mozo, es desperdiciado;
Y avariento si es caduco.
El estado de casada
Solo ha de servir de punto,
O escala para subir
Al de viuda mas seguro.
Ser de una cama y de un lecho
La muger dueño absoluto,
Dicen algunos Doctores,
Que engorda y alegra mucho.
¡Comer siempre de un manjar,
A quien no causa disgusto,
Y mas quando acierta á ser
Algo desabrido ó sucio?
Un marido es vaca eterna;
Mejor es hoy que á tu gusto
Des un sazonado pavo,
Mañana un lego besugo.

Si te da pena este trage,
A que te obliga el difunto,
Viste el tronco de colores
Y la corteza de luto.
Con esto templó Artemisa
Su pensamiento confuso,
Medio arrepentida ya
De haber labrado el sepulcro.

VII.

¡Que necio que era yo antaño!
Aunque ogaño soy un bobo:
Mucho puede la razon,
Y el tiempo no puede poco:
A fe que digo muy bien,
Quien dixo que eran de corcho
Cascos de caballo viejo,
Y cascos de galan mozo.
Serví al amor quatro años,
Que sirviera mejor ocho
En las galeras de un turco,
O en las mazmorras de un Moro.
Lisonjas majaba y zelos,
Que es el espanto de todos
Los majaderos cautivos,
Que se vencen de unos ojos.
De esta dura esclavitud,
(Hace un año por Agosto)
Me redimió la merced

De un tabardillo dichoso.
A este mal debo los bienes
Que en *dulce libertad gozo*,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.
Heme subido á Tarpeya
A *ver qual se queman otros*
En tan vergonzosas llamas
Que su honor volverá en polvo;
Y he de ser tan inhumano,
Que á quien otra vez piadoso
Ayudara con un grito,
Acudiré con un soplo.
Háganse tontos cenizas,
Que con cenizas de tontos
Discretos cuelan sus paños
Manchados, pero no rotos.
Quince meses ha que duermo,
Porque ha tantos que reposo
Sobre piedras como piedra,
Sobre plumas como plomo.
No rompen mi sueño zelos,
Ni pesadumbres mi ocio,
Ni serenos mi salud,
Ni mi hacienda mal cobro.
Tengo amigos los que bastan
Para andarme siempre solo,
Y vame tanto mejor
Quanto va de cuerdo á loco.

Con doblados libros hago
Los dias de Mayo cortos,
Las noches de Enero breves,
Por lo lascio y por lo tosco.
A devocion de un ausente,
A quien ausente y devoto
Con tiernos ojos escribo,
Y con dulce pluma lloro;
Discreciones leo á ratos,
Y necedades respondo
A tres ninfas que en el Tajo
Dan al ayre trenzas de oro,
Y á la que ya vió Pisuerga,
La aljaba pendiente al hombro,
Seguir la casta Diana,
Y eclipsar su hermano roxo.
En mi aposento otras vezes
Una guitarrilla tomo,
Que como barbero templo,
Y como bárbaro toco.
Con esto engaño las horas
De los dias perezosos,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.
Pagaba al tiempo dos deudas
Que tenia tras de un torno,
Mas ya ha dias que á la Iglesia
Del desengaño me acojo,
En cuyo lugar sagrado

Me ha comunicado Astolfo
Todo el licor de su vidrio,
Y la razon sus antojos.
Con que veo á la fortuna
De la fábrica de un trono
Levantar un cadahalso
Para la estatua de un monstruo,
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros,
A quien de carro triunfal
Se apeó en el capitolio.
Veo pasar como humo
Afirmado el tiempo cojo
Sobre un cetro imperial
Y sobre un cayado corvo.
Despues que me conocí
Estas verdades conozco,
Y vame tanto mejor,
Quanto va de cuerdo á loco.

NOTICIAS DE DON LUIS DE GÓNGORA.

Nació en Córdoba á 11 de Junio de 1561. Pasó á la Universidad de Salamanca á estudiar Derecho en edad de quince años. Parece que allí compuso la mayor parte de sus Poesías amatorias, Romances y Letrillas satíricas, y que esta ocupacion agradable le distraxo de los estudios que habian de proporcionarle una colocacion correspondiente á su clase, que era distinguida. A los quarenta y cinco años de su edad se hizo eclesiástico, y

obtuvo una racion en la Catedral de Córdoba, y por el favor del Duque de Lérma, y del Marques de Siete Iglesias fué nombrado Capellan de honor del Rey Felipe III. Vino con este motivo á la Corte; pero su edad ya avanzada no le dexó adelantar en el favor que habia sabido grangearse. Una enfermedad que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde agravándose el mal falleció á poco tiempo despues de su llegada, en 24 de Mayo de 1627.

Fin del Tomo Tercero.

ÍNDICE

DE LOS POETAS

Cuyas composiciones escogidas se contienen en este Tomo tercero.

Lope de Vega..... p. 3
D. Juan de Jauregui..... 181
D. Luis de Góngora..... 337